



**Pilar  
Portocarrero**



**Contrato Prenupcial**



Círculo de palabras

**Pilar  
Portocarrero**



**Con t rat o p ren u p ci al**

**Pi l ar Por t oc ar re ro**

Contrato prenupcial

Pilar Portocarrero

©D.R., 2015, Ediciones Felou, S.A. de C.V.

Oaxaca # 72, despachos 201 y 202

Colonia Roma, Delegación Cuauhtémoc,

C.P. 06700 México, D.F. Tel. 5256 0561

[sabermas@felou.com](mailto:sabermas@felou.com)

[www.felou.com](http://www.felou.com)

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni total ni parcialmente, ni registrada o transmitida por un sistema de recuperación de información en ninguna forma ni por ningún medio, mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

## **Capítulo 1**

Amanda salió del baño y tomó la bata que colgaba de un perchero. Ya le enseñaría al idiota que estaba en la puerta que esa no era manera de tocar el timbre.

Abrió la puerta con tanta fuerza que la bata se descolgó por uno de sus hombros sin que se diera cuenta. Su mirada y todos sus sentidos se paralizaron ante ese hombre al otro lado del umbral.

Sus ojos parecían azotarla mientras recorrían su cuerpo sin prisa, deteniéndose en sus senos que subían y bajaban al ritmo de su respiración.

Amanda se acomodó la bata con manos temblorosas, evidenciando su estado emocional. Era imposible no alterarse cuando el extraño que tenía enfrente la había desnudado con la mirada.

Trató de cerrar la puerta, pero el hombre lo evitó atravesando el marco con su bastón de madera.

—¡Váyase o llamaré a la policía! —gritó Amanda.

—No tienes por qué ponerte histérica —expresó Raymundo, sonriendo burlonamente—, solo vine a hablar contigo.

—No lo conozco —replicó sin dejar de hacer fuerza para cerrar la puerta—, así que lárguese.

—Soy Raymundo León —dijo con sequedad.

Amanda escuchó el nombre y dejó de forcejear, entonces reparó en el bastón y recordó lo que César le había contado sobre su mejor amigo, y no tuvo otra opción que estar de acuerdo con él. A pesar de la cojera, Raymundo

León proyectaba tanta seguridad hasta el punto de hacerla sentir insignificante.

No le gustaba cómo la miraba, y tampoco que hubiese entrado a su departamento sin su permiso, manifestando tácitamente que lo último que le importaba era su opinión.

—César no está —anunció con agresividad.

—Ya lo sé —respondió Raymundo observándola descaradamente—, por eso estoy aquí, es urgente que tú y yo tengamos una conversación.

—No tengo nada que hablar con usted —y abriendo la puerta, agregó—:  
Adiós, señor León.

Amanda pensó que Raymundo entendería que no era bienvenido, pero él no captó el mensaje y se acomodó en un sillón sin dejar de mirarla. Ella trató de tranquilizarse. No era usual que alguien del sexo opuesto la pusiera nerviosa, siempre tenía el control, pero ese hombre empezaba a sacarla de sus casillas.

—¿No se da cuenta que quiero que se marche? —dijo, acercándose a él.

—¿Y tú no te das cuenta de que no me moveré de aquí hasta que hablemos?

Amanda enfureció, el tono que empleaba le recordaba el que usaba la directora del orfanato donde pasó toda su vida hasta la mayoría de edad. Sin una pizca de emoción y dejando en claro quién daba las órdenes. En aquella época no le quedaba más remedio que obedecer, pero ahora las cosas habían cambiado, era dueña de su vida y nadie, ni siquiera Raymundo León, gobernaba en ella.

—Creo que además de cojo eres sordo —exclamó con acidez, dejando a un lado el formulismo con el que lo había tratado—. Estoy ocupada y no tengo tiempo para hablar con un engreído que cree que el mundo gira al son de sus palabras.

Raymundo sonrió mientras se ponía en pie con ayuda de su bastón. Sus ojos tenían un toque macabro que logró estremecer el interior de Amanda, que no había reparado en su estatura que empezaba a actuar como un efecto secundario sobre su psiquis. No estaban en igualdad de condiciones. Mientras él bajaba la mirada ella tenía que levantar la suya, y mientras él vestía un fino pantalón de lanilla inglesa, ella traía encima una pequeña bata que le cubría lo indispensable.

Ya había notado que Raymundo no perdía de vista sus extremidades,

molestándole el brillo lujurioso que alcanzó a ver en sus ojos cuando recorrió sus muslos expuestos. César no se había equivocado al describirlo como un hombre atrevido que toma lo que le provoca, pero había olvidado comentarle que su presencia era dinamita pura que alteraba la tranquilidad.

—Me gusta tu lengua viperina —comentó Raymundo mientras caminaba hacia ella—, sale de lo común; por lo general las mujeres se cuidan al hablar conmigo.

Amanda no pudo mover las piernas para huir de su presencia, tampoco podía pensar; él acaparaba el aire que respiraba, dándole la impresión de que en cualquier momento moriría de asfixia. No le gustaba Raymundo León, la hacía sentir poca cosa: una mosca a la que podía pisar si le fastidiaba su presencia; por eso se apresuró en demostrarle que ella era más que un insecto insignificante.

—¡Ya basta! —exclamó, sorprendiendo a Raymundo con un rápido movimiento al apoderarse del bastón que él tenía en la mano—. No puedes llegar a mi departamento y hacer tu voluntad. ¿No entiendes que quiero que te marches?

Y para dar más crédito a sus palabras aventó el bastón hacia la puerta, quedando en el aire el eco que produjo el choque de la madera contra el piso de mármol.

Raymundo no se inquietó por el inesperado arranque de Amanda. Era evidente que no le cayó bien a la amante de su amigo, pero no fue a buscarla para caerle en gracia, sino para darle una penosa noticia.

—¿Por qué no vas a cambiarte? —sugirió Raymundo con una voz que infundía autoridad—. Puedes estar segura que ya aprecié tus... atributos.

—¡Imbécil! —exclamó Amanda, levantando la mano para abofetearlo, pero esta vez Raymundo no se dejó sorprender y detuvo su mano antes que le tocara el rostro.

—Ninguna mujer me ha puesto la mano encima —declaró sin dejar de apretar su muñeca—, y tú no serás la primera.

Había tormenta en su mirada, y Amanda se estremeció ante la amenaza que leyó en sus ojos.

—Tienes cinco minutos para quitarte la bata y ponerte algo presentable —dijo alejándose de ella—, no quiero que nada distraiga mi atención del objetivo de mi visita.

—¿Y por qué crees que debo obedecerte?

—Porque si no te cambias seré yo quien tenga el placer de desnudarte. Y créeme que estoy tentado a hacerlo.

Amanda luchaba por controlarse; habría querido clavarle las uñas y borrar su sonrisa de sarcasmo. No le gustaba sentirse forzada a una conversación que no deseaba. Pero debía obedecer aunque solo fuera para librarse de su presencia. Ya hablaría con César sobre el atropello del que había sido víctima, y no descansaría hasta lograr que Raymundo León le ofreciera una disculpa.

—Iré a cambiarme —dijo en un tono que revelaba la batalla librada por tener que someterse a su voluntad.

Cuando salió del orfanato había jurado que nunca más aceptaría una

prepotencia, y de alguna manera estaba recordando una etapa de su vida que prefería olvidar.

Entró a su habitación y tomó el teléfono para hablar con su amigo. César se encontraba en viaje de negocios, y desde que se fue no tenía noticias de él. No era normal que tuviera el celular apagado, y empezaba a sospechar que la presencia de Raymundo tenía que ver con el mutismo de César.

—Es inútil que lo llames —dijo Raymundo, apareciendo de pronto en la habitación.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Amanda cerrando su bata con exageración.

—Ya pasaron los cinco minutos —afirmó, acercándose al clóset para abrir la puerta—, creo que tendré que hacer el papel de nana.

Amanda no daba crédito a lo que veía; después de buscar entre su ropa, Raymundo sacó una blusa rosa y un pantalón crema que aventó sobre la cama.

Quería detenerlo, pero estaba paralizada por algo más que una sensación de miedo que cubrió su corazón de pura adrenalina. Ahora Raymundo se acercaba a ella con un brillo amenazante en su mirada. Instintivamente empezó a retroceder, el borde de la cama impidió que escapara de su cercanía, cayendo sobre el lecho. La bata dejó al descubierto sus piernas torneadas,

convirtiéndose en la viva imagen de su sensualidad. De repente no pudo apartar los ojos de Raymundo.

Estaba como hechizada, atrapada por un deseo que se avivaba al calor de su mirada. Quería ser acariciada por ese hombre, sentir el roce de sus dedos; la sensación de su boca sobre la suya invitándola a saborear el calor que guardaba dentro. Necesitaba experimentar el placer de sentirse entre sus



brazos humedeciéndose con su sudor, entibiándose con su aliento, disfrutando de la fiesta que inventaría para ella. Era un disparate anhelar una intimidad con ese sujeto, pero nada podía hacer ante la fuerza de sus emociones.

Raymundo se recostó junto a ella mientras sus manos deshacían el nudo de

la bata. Amanda respiraba con dificultad, no tenía voluntad; simplemente se dejaba llevar por el deseo que se había afianzado en su interior. Raymundo abrió la bata dejando al descubierto su cuerpo desnudo, envolviendo a Amanda

en un intenso calor a medida que sus dedos recorrían su vientre.

—¡Detente! —suplicó ella sin mucho convencimiento.

—No es lo que me dice tu cuerpo —respondió Raymundo con la voz enronquecida de pasión.

Lo que había empezado como una lección de poder se fue convirtiendo en una dulce tortura a la que Raymundo no quería renunciar. Solo deseaba fundirse en el cuerpo de Amanda hasta apoderarse de su alma. Sin dejar un espacio en sus pensamientos que no fueran para él.

Ella se había convertido en una obsesión desde la primera vez que la vio.

Hermosa, como una Venus consciente de su atractivo, luciendo su cabello platinado que realzaba la elegancia de sus facciones. Sonreía con coquetería al único amigo que tuvo; desde la mesa de aquel restaurante pudo observarlos sin que ellos se dieran cuenta, envidiando a César por la forma en que ella lo miraba.

Tantas veces la imaginó así, desnuda frente a él; ansiosa de ser amada sin límites ni tiempo que cercenara el deseo que había entre los dos.

De repente bajó la cabeza y sintió una embriagante turgencia bajo sus labios.

Sin poder controlarse se perdió en el valle de sus senos, libando con delicadeza cada una de sus cumbres que enarbolaba sus primitivos deseos, que

lo guiaron hacia un pequeño triángulo que protegía su intimidad.

Amanda separó las piernas en un acto involuntario, enajenada por el placer que la dominaba y sin fuerzas para librarse de esa prisión. No podía pensar; estaba flotando en el mar de los sentidos, donde era nada frente a esa embestida que avivaron sus ganas de ser poseída más allá de la razón.

—¡Vístete! —ordenó Raymundo, apartándose de ella.

Amanda tenía los ojos cerrados, pero sintió que él la atravesaba con la mirada dejándole sentir su desprecio. Con movimientos torpes anudó la bata avergonzada por su flaqueza. Nunca se atrevería a confesarlo, pero Raymundo

había logrado que todo su mundo se redujera a ese momento, borrando de su mente cualquier pensamiento que la alejara de ese instante de gloria y sumisión total.

—No puedo hacerte mi mujer donde te revolcabas con César —aseveró

Raymundo, reflejando en sus palabras la rabia que lo dominaba.

Amanda abrió los ojos y enfrentó su mirada.

—¿Qué dices? —preguntó, levantándose de la cama para evitar que la tentación volviera a nublar sus pensamientos, ya que había experimentado el poder que Raymundo tenía sobre ella.

Era más peligroso de lo que había imaginado y más hombre que cualquiera que hubiese conocido.

—Puedo tomar lo que él dejó, pero no en el mismo lecho —afirmó con la mirada en las sábanas desordenadas.

—¿Lo que él dejó? —repitió sin entender el fondo de sus palabras.

—Se acabó tu mina de oro —sentenció, parándose en el umbral de la puerta

—, pero sobre eso hablaremos cuando estés apropiadamente vestida. Te espero

en la sala —agregó mientras salía de la habitación.

Amanda cerró con llave antes de meterse al baño. Se enjabonó varias veces intentando limpiar su recuerdo, pero las sensaciones seguían vivas en su interior, así como el íntimo deseo de entregarse a él, a pesar de ser el hombre que empezaba a odiar con todas sus fuerzas.

Raymundo tiró el bastón sobre uno de los sillones queriendo desahogar su rabia. Nunca debió tocarla, lo único que había logrado era aumentar el deseo que sintió por ella desde la primera vez que la vio; pero fue imposible no dejarse seducir por la geografía de su cuerpo sensualmente extendido sobre las sábanas, pidiendo sin palabras que la hiciera suya.

Había sentido su humedad, la excitante viscosidad adhiriéndose a sus dedos mientras acariciaba su interior. Toda ella rendida a sus deseos como en la mejor de sus fantasías, pero lejos de halagarlo le torturaba la respuesta que encontró dentro de su cuerpo. ¿Y César? Lo que ocurrió en la habitación solo confirmaba su sospecha: Amanda Heredia no albergaba ningún sentimiento hacia su amigo, salvo el interés por su cuenta bancaria.

—No tengo todo el día. Te escucho —dijo Amanda, apareciendo con otra muda de ropa en un pequeño acto de rebeldía.

No se había maquillado y llevaba el cabello recogido, reflejando una imagen opuesta a la que exhibía en las revistas de modas.

—¿Por qué no te sientas? —dijo Raymundo, señalando un sillón.

Amanda obedeció solo por el deseo de acabar con esa situación. Quería que

Raymundo se marchara para olvidar lo que había ocurrido entre los dos, aunque sabía que sería difícil borrar de su memoria los recodos de una sumisión que la había tomado por sorpresa. Fingía indiferencia para mirarlo a los ojos como si nada hubiese pasado. Era una experta ocultando sus sentimientos, lo había hecho en su adolescencia cuando repetía que no le importaba que la hubiesen abandonado, cuando aún no aceptaba el hecho de que su madre la hubiese rechazado y esa verdad seguía lastimando su corazón.

—Tienes una semana para abandonar este departamento —manifestó

Raymundo, sentándose al frente de Amanda—. Es el tiempo suficiente para que

encuentres otro lugar donde vivir o... a otro que te mantenga mientras tengas éxito modelando.

—No soy una de tus amiguitas a la que puedes insultar a tu antojo ¡Vete! — exclamó, poniéndose en pie—. Este departamento es de César y no creo...

—Estás equivocada —la interrumpió Raymundo, feliz de apuntarse otra victoria—. Este departamento, incluyendo la cama donde tenías sexo con mi amigo, me pertenece.

No tenía caso replicar, algo le decía que era cierto. Cuando César le ofreció un lugar donde vivir no preguntó si el departamento era suyo. Aunque debió sacarla de su error, le habría ahorrado la vergüenza de que Raymundo la corriera de forma tan humillante.

—Me iré de tu departamento —afirmó con aspereza—, y no tendrás que esperar una semana.

—Me gusta que entiendas la situación —puntualizó Raymundo, levantándose con la ayuda de su bastón—, me evitas un mal rato teniendo que recurrir a mis abogados.

—¿Por qué no regresas por la noche? —sugirió Amanda, queriendo alejarse cuanto antes de ese lugar—, dejaré las llaves con el portero del edificio. Ahora, si me disculpas, tengo que recoger algunas cosas.

Por unos instantes Raymundo se perdió en su mirada, lamentando que las cosas hubiesen llegado hasta ese extremo, sobre todo cuando sus intenciones habían sido todo lo opuesto. Pensó en cederle el departamento por un tiempo

indefinido en recuerdo a la amistad que lo había unido a César, pero ella lo obligó a cambiar de parecer. No quería que bajo su techo siguiera

entregándose al mejor postor mientras él observaba en platea sus interludios amorosos.

—¿No quieres saber dónde está César? —preguntó, observando la rabia que había en los ojos de Amanda, lo que le indicaba que era una mujer de emociones fuertes capaz de enloquecer al más ecuánime de los hombres; y él había caído como un corderito bajo su hechizo.

—Ya me comunicaré con él, debe estar ocupado atendiendo tus negocios para que sigas enriqueciéndote —respondió en tono agrio.

Raymundo bajó la mirada y por algunos segundos su imagen de hombre fuerte se desvaneció entre el silencio y la postura de sus hombros caídos, situándolo como un simple mortal ante los ojos de Amanda.

—No podrás hablar con él —expresó con cierto temblor en la voz—. César

murió, y esta mañana fue enterrado.

## Capítulo 2

Amanda palideció y por un instante sintió que todo oscurecía a su alrededor.

—¿Te sientes mal? —preguntó Raymundo, sujetándola por el brazo.

Amanda rechazó el contacto, alejándose bruscamente de él.

—Esto es una broma de mal gusto —lanzó, sintiendo que Raymundo se burlaba de ella—. César vendrá en cualquier momento y...

—Es difícil de creer, por eso traje esto... —dijo, entregándole un recorte de periódico donde comunicaban el fallecimiento.

César había sido el único hombre que buscó en ella una sincera amistad. Lo

conoció a la salida de una fiesta a la que se coló con la intención de que alguien la descubriera e impulsara su carrera de modelo. Sabía que asistiría gente importante del mundo de la pasarela, y se esmeró en hacer sentir su presencia. Eligió cuidadosamente el vestido que había usado esa noche, el maquillaje que realzara cada línea de su rostro, convirtiéndose en una perfecta representante de la belleza. Gracias a su atrevimiento, un fotógrafo la invitó a un casting donde elegirían al nuevo rostro de una marca top de cosméticos.

Hacía seis meses que sus fotos lucían en todos los catálogos de belleza y, como representante de esa marca de productos, estaba invitada a cuanto desfile o evento social se organizaba. No podía quejarse de su suerte, pero aún quería más. El dinero era su principal objetivo, y no descansaría hasta tener una cuantiosa cuenta bancaria que le permitiera vivir como siempre deseó.

Aquella noche mientras esperaba un taxi vio a César luchando por entrar a su automóvil. Había bebido más de la cuenta y apenas lograba estar en pie.

Se acercó para persuadirlo de que no manejara, y terminó conduciendo ella rumbo a la dirección que pudo sonsacarle antes de que cayera profundamente dormido.

Con la ayuda del portero lo acomodó sobre la cama. No sabía quién era, pero no quiso irse sin saber que estaba bien. Se acomodó en el sofá a esperar.

De ahí despertó con el agradable aroma del café recién pasado. César estaba junto a ella mirándola con curiosidad, y ansioso por saber qué hacía durmiendo en su sala.

Desde ese momento nació entre ellos una amistad que se consolidó cuando aceptó compartir el departamento, dando inicio a una serie de confesiones de una y otra parte respecto a la vida que habían llevado. Fue así que se enteró de que César había dejado a su esposa sin decirle que ya sabía de su infidelidad, quedando frente a los demás como un hombre que faltó a su hogar, cuando solo huía de una verdad que no podía soportar. Tenía en su poder las fotos que confirmaban el engaño; César le pidió que guardara el material que le proporcionó el detective. Era una prueba de la verdad, que desbarataba el papel de víctima que su mujer adoptó después de la separación.

Ahora Amanda leía su nombre en un pedazo de papel y le costaba aceptar la realidad. Las lágrimas caían lentamente. Nunca había llorado por alguien después de salir del orfanato. César había sido su amigo, el único a quien le confesó el dolor que aún sentía frente al abandono de su madre.

—Me niego a creer esto —expresó ella incrédula al tiempo que arrugaba el periódico—, la semana pasada estábamos haciendo planes, salimos a cenar y...

—Y terminaron en la cama —señaló Raymundo en tono irónico.

Amanda lo miró entristecida mientras se acomodaba en el sillón. No tenía caso aclarar ciertas cosas. Si él pensaba que había sido la amante de César, no

iba a sacarlo de su error.

—Se le veía tan bien... —continuó con voz llorosa.

—César padecía del corazón —le informó Raymundo sin creer en su tristeza—. Debía cuidarse, pero desde que abandonó a su esposa hizo todo lo contrario.

En sus palabras había una clara acusación que Amanda no pudo ignorar. Ella no era responsable de las borracheras de César, lo único que hizo era escucharlo cada vez que se deprimía. Raymundo desconocía esa situación, y seguiría sin conocerla aunque la reputación de ella estuviera en entredicho.

—Qué curioso... con César hablábamos de tantas cosas y nunca tocamos el tema de la salud —comentó con pesar.

—Me imagino que no tenían tiempo —replicó Raymundo con voz ácida—. Tenías que hacer lo tuyo.

—¡Basta! ¡Ya estuvo bueno! —exclamó Amanda, poniéndose en pie—. No voy a permitir una ofensa más, ¿está claro? —agregó con el índice muy cerca de la cara de Raymundo, donde podía ver con claridad la frialdad de sus ojos azules.

No había duda de que quería acabar con ella, bastaba ver cómo la miraba para darse cuenta de sus intenciones. Raymundo sonrió al verla tan ofendida, como si sus palabras realmente la afectaran. Más hermosa que nunca con el rostro limpio de maquillaje mostrando su belleza al natural. Tenía que aceptar que como mujer lo traía loco, aunque como persona no valiera nada. Por ella su mejor amigo había roto un matrimonio de diez años sin importarle el



sufrimiento de su esposa, a quien tuvo que consolar mientras el otro disfrutaba la frescura de un nuevo amor.

—Ya me diste la noticia, ahora vete... —gritó Amanda encolerizada—.

Necesito privacidad para recoger mis cosas. Esta tarde dejo tu departamento.

—No es necesario que...

—No quiero estar un minuto más bajo tu techo —aseveró, pensando que Raymundo diría alguna estupidez. Sin embargo, lo vio alejarse hacia la puerta sin decir más.

Al verse sola dio rienda suelta a su dolor. Se sintió culpable por no preguntar por el frasco de pastillas que una mañana apareció sobre la consola del baño, indiferente a un detalle que revelaba la enfermedad de César y ahora no podía con los remordimientos. Si hubiese sabido de su padecimiento habría

estado pendiente de su salud, siendo más enérgica cuando trataba de apartarlo de la bebida.

Sacó la ropa del clóset y recogió sus objetos personales. No quería quedarse

más tiempo del necesario y verse obligada a soportar las impertinencias de un hombre que se creía superior. Tenía dinero ahorrado y podría alquilar un departamento, aunque nada comparado a ese lugar, donde llegó a

acostumbrarse al lujo y la comodidad.

—¡Dios mío! —exclamó de pronto al recordar el compromiso que tenía esa mañana.

Su presencia era necesaria en la gala por la inauguración del exclusivo centro comercial Bond Street para reafirmar las bondades de los cosméticos que representaba. Hacía dos horas que debió estar ahí. No tenía tiempo para la rutina del salón de belleza y recoger el vestido de la casa de modas. Tenía que improvisar si quería conservar su trabajo.

Se vistió con lo primero que encontró, se maquilló y salió rumbo al centro comercial, rogando que no fuera demasiado tarde. Pero cuando llegó supo que

estaba en problemas. Otra modelo ocupaba el lugar que le correspondía, y algo le decía que sería para siempre.

Se acercó al gerente de publicidad con el propósito de justificar su retraso, pero él no la dejó abrir la boca.

—Tu contrato queda cancelado —dijo en voz baja—. Pasamos por alto tus supuestas enfermedades, esas que te impidieron cumplir con tus obligaciones más de una vez, pero esto se acabó, Amanda. Según la cláusula octava, faltar a una gala es razón suficiente para cortar el vínculo laboral.

—Pero, estoy aquí...

—Después de tres horas —aclaró el gerente sin ocultar su malhumor—. Por tu causa tuvimos que retrasar el lanzamiento de la nueva línea y hacer esperar a nuestros invitados.

—Tienes que reconsiderar —suplicó Amanda al ver que su futuro dependía de su respuesta—. Esta mañana me informaron de la muerte de un amigo y...

—Ya no hay nada de qué hablar. Por favor, retírate.

Amanda estuvo deambulando por los pasillos del centro comercial

intentando reorganizar su vida. Tenía que mudarse, encontrar otro trabajo y aguantar el dolor por la muerte de su amigo. Ahora debía regresar al departamento para terminar de empacar, ya resolvería el problema de su desempleo.

Por un momento olvidó el sufrimiento que le producía pensar en César para

recordar episodios de su pasado. Desde siempre sintió que vivía en un lugar prestado y que además odiaba. Nada era suyo, ni la ropa que usaba ni las muñecas con las que jugaba. Creció resentida al darse cuenta de que fue abandonada, y empezó a odiar la Navidad, esa época de amor que retrataba a las familias alrededor de una mesa con un pavo recién horneado, luces de colores y el árbol repleto de regalos. ¿Por qué ella no tuvo la oportunidad de disfrutar de esas cosas? En el orfanato se preparaba una fiesta donde las grandes empresas llegaban con regalos que ella no quería. Había soñado con un par de

patines que nadie le regaló, luego se ilusionó con un vestido elegante, aunque supiera que no tendría dónde usarlo, igual suspiraba imaginándose diferente.

Se miraba al espejo ensayando peinados que combinaran con el vestido de sus sueños, pero siempre alguien se reía de ella y entonces volvía a la realidad: a su vestido de popelina que le quedaba grande por ser heredado de alguna compañera, a sus zapatos negros y calcetines blancos, que aprendió a zurcir para no andar con los talones al aire. Pero su dolor se convirtió en su más grande fortaleza: nadie podría con ella, ni siquiera Raymundo León.

Llegó al departamento donde había vivido el último año decidida a seguir adelante. No tenía trabajo, se encontraba deprimida, pero si había podido sobrevivir al abandono podía resistir cualquier situación.

Colocó sus maletas a un lado de la puerta para limpiar. Quería que todo estuviera impecable cuando Raymundo volviera a tomar posesión de lo que era suyo.

Pensar en él hacía que su corazón se acelerara. Era un hombre guapo y sumamente interesante. La barba al ras que cubría su rostro lo hacía lucir salvaje, con un aire de misterio que alentaba a hurgar en su interior respuestas apasionadas. Había experimentado algo de su osadía cuando sus dedos la acariciaron con premeditación, logrando que permaneciera inmóvil al

delicioso asalto. No entendía cómo pudo rendirse ante él; por qué dejó que la

invadiera a su antojo dejándolo en libertad de hacer con ella lo que quisiera. Si Raymundo no se hubiese detenido la habría hecho suya sin haber puesto resistencia, y habría disfrutado cada una de sus caricias sin el menor reparo.

Guardó los implementos de limpieza y se dio un tiempo para analizar sus inquietudes. No había vivido como una monja; tuvo una relación con un muchacho que conoció cuando salió del orfanato y con quien tuvo su primera

experiencia sexual, pero jamás sintió que enloquecía por sus caricias. Fueron dos jóvenes jugando al amor, experimentando sensaciones nuevas que jamás lograron complacerla del todo. Luego disfrutó de pequeños y grandes besos, pero nunca quiso terminar en la cama; solo Raymundo León había despertado en ella el lado apasionado que desconocía.

Tenía que olvidar lo que había ocurrido entre los dos, dejar el departamento y huir en sentido contrario para que su magnetismo no la alcanzara. Cerró la puerta tras de sí, y partió con rumbo desconocido.

Cuando el conserje le dio las llaves a Raymundo acabó con la esperanza de encontrarla y encender el fuego de su mirada. Entró al departamento sintiéndose desarmado. Quería olvidarla, pero Amanda estaba dentro de su alma como un veneno que poco a poco le quitaba el aire. Su ambición debió arrastrarla a la condición de amante, a vivir bajo las sombras cuando toda ella brillaba con luz propia.

Había conocido a muchas mujeres, pero nunca perdió la cabeza por alguna de ellas. Amanda era como pocas; tenía una mezcla de ingenuidad y sensualidad que despertaba pasiones con cada forma de su cuerpo. No era difícil imaginarla derrochando caricias y regocijándose en su poder. Seguro era una

*femme fatale*, capaz de llevarte al infierno por un momento de amor que durara una eternidad. Prendió una lámpara antes de perderse en el interior del

departamento. Todo el día había pensado en lo que ocurrió en esa habitación, ahora vacía, sin un objeto personal que la recordara. No pudo concentrarse en el trabajo. Su mirada cargada de deseo, su cuerpo moviéndose suavemente mientras la acariciaba entre los muslos, y la terrible agonía de haber renunciado a su pasión cuando pudo tomarla.

Pasó la mano por su cabello mientras sus ojos se detenían en la enorme cama donde la tuvo a su merced. No tenía perdón; César acababa de morir y él

solo pensaba en la mujer que fue su amante. Salió de la habitación pero se detuvo en la siguiente, donde había una cama así como las pertenencias de César que iban desde una foto familiar hasta un informe financiero olvidado sobre el escritorio abarrotado de papeles. Todo parecía indicar que era el sitio de trabajo además del lugar donde César dormía. Su pijama seguía doblado

sobre la almohada, una costumbre que adquirió de su madre y que nunca pudo olvidar.

Se sentó sobre la cama tratando de encontrar una respuesta a esa extraña situación. ¿Por qué su amigo dormía solo si había renunciado a todo por Amanda? No merecía, por lo menos, compartir su lecho y amanecer con el aroma de su piel impregnado en su cuerpo. ¿Y si estaba equivocado? Solo así

tenía sentido esa habitación y el hecho de que César nunca le confesara que estuviera enamorado.

Un día le comentó que vivía con una modelo, y él sacó sus conclusiones.

Nunca le habló de ella ni buscó la ocasión para presentarlos. La casualidad jugó un papel importante la noche que la conoció, desde ese momento empezó

su tormento. No hacía más que imaginarla en brazos de César disfrutando de lo que él se moría por entregarle.

Raymundo parecía un adolescente encaprichado por la atención de una

mujer, y no un hombre de treinta y seis años que había experimentado desde muy joven las delicias de la pasión. Tenía que controlar su obsesión por poseerla, Amanda Heredia no podía dirigir sus emociones. Ya había perdido mucho tiempo hipnotizado por su encanto, era el momento de voltear la página y continuar con su vida.

Salió del departamento con la idea de deshacerse de ese lugar. Sería un comienzo para acabar con esa historia y borrar de su memoria a la única mujer que lo volvió loco. Ese sería su secreto; la delirante pasión que sentía por ella, la que debía enfriar recordando que fue la amante de su mejor amigo.

Una mujer sin corazón, empechinada en disfrutar los placeres de la vida a costa de lo que sea.

Amanda se arrodilló frente a una lápida mientras lloraba en silencio la pérdida de su amigo. Habían pasado dos semanas desde su fallecimiento y aún

no asimilaba la idea de que no volvería a verlo.

César había sido el único que se preocupó por ella, él creía que nunca haría nada indebido para llegar a la cima. Había estado equivocado, ella era capaz de cualquier cosa para alcanzar el éxito y conseguir el dinero que siempre le hizo falta, por lo menos ayudaría a que la gente la tratara con más respeto.

Empezaría de nuevo, pero esta vez con más fuerza. Ahora sabía hacia dónde dirigir su artillería, y no descansaría hasta que Renzo Diminiccí la incluyera en su staff de modelos exclusivas.

Era el diseñador más importante de la ciudad, así como un conquistador que iba detrás de una mujer que supiera mover las caderas. Estaba dispuesta a bailar para él, y lo usaría como un trampolín para impulsar su carrera.

—César... —murmuró con voz ahogada—, no sabes cuánta falta me haces.

¡Te extraño!, ojalá estuvieras aquí para escucharme. Las cosas no andan bien, pero no voy a rendirme. Sabes que estoy dispuesta a todo por mi carrera, aunque con eso defraude la confianza que tenías en mí. Lo siento, pero no tengo otra alternativa. Te quiero, y nunca te olvidaré.

Raymundo la vio alejarse sintiendo en el pecho una extraña agitación que le impedía respirar con normalidad. Había escuchado cada una de sus palabras, y

entendió con claridad el mensaje que ocultaban. Amanda usaría su cuerpo para

escalar posiciones. Le dolía, lo enfurecía, pero nada podía hacer ante su decisión, solo olvidarla.

### **Capítulo 3**

La cama tenía un cerro de vestidos que Amanda había desechado por encontrarles algún defecto. Esa noche debía brillar más que nunca, cenaría con Renzo Dominicci en el exclusivo restaurante del acantilado, donde sería el centro de atención de la *socialité*.

Renzo era un hombre que no pasaba desapercibido, y ella estaría orgullosa de ir de su brazo y ser la envidia de todas las mujeres que tenían que resignarse a mirarlo de lejos.

Ella había insistido en que la recibiera en su atelier, pero el destino jugó a su favor cuando coincidieron en la exclusiva boutique de Giuliano, un amigo común. No fue difícil que Renzo se fijara en ella después de la mirada que le lanzó mientras conversaba con el estilista sobre el vestido que se estaba probando, en la primera oportunidad la invitó a tomar un trago, donde pasaron un rato agradable antes que se despidiera con la promesa de incluirla en su staff de modelos.

Ya había desfilado luciendo sus creaciones y esa noche festejarían el éxito logrado en las presentaciones. Su plan iba de maravillas; estaba a punto de

firmar un contrato que le permitiría mudarse a una zona más elegante, acorde con su nueva condición, ya que una modelo debía proyectar brillo y elegancia: la utopía de una vida que muchas querían llevar y que pocas lograban alcanzar.

Renzo abrió la puerta del auto y Amanda bajó despacio, consciente de su mirada. Había escogido un vestido con un escote que dejaba ver su

sensualidad. La escasa tela que cubría su espalda exhibía una piel tersa y suave como la de durazno. Toda ella reluciendo como una estrella, con su cabello platinado sujeto en un moño que realzaba la forma de su rostro, delicadamente maquillado.

Amanda disfrutaba sintiendo que su belleza era un arma para manipular al sexo opuesto, y Renzo Dominicci no era la excepción. Desde la mañana que se

conocieron no dejó de llamarla, siempre con alguna excusa, que nunca creyó, pero que ayudó a que su plan siguiera en marcha.

Después de esta noche su camino al éxito estaría asegurado. Se acostaría con él, aunque tuviera que fingir un deseo que no sentía. Tendría su contrato y una vida mejor, justo lo que había soñado.

De repente Amanda empezó a temblar. Renzo la observaba con pasión, era la misma mirada que descubrió en Raymundo León, pero en aquella ocasión no experimentó la repulsión que ahora sentía. No era a Renzo a quien quería entregarse, sino a... Por poco se ahoga con el vino. ¿Por qué recordaba a ese hombre? Cerró los ojos y regresó al momento en que fue acariciada por sus manos. Había reaccionado intensamente a un desconocido, tal vez corría con



suerte y le sucedería lo mismo con Renzo. Él también era un hombre interesante que respondía a los sueños de cualquier mujer. No podía dudar ni dar marcha atrás, estaba en juego su futuro. Solo tenía que relajarse y ahuyentar los pensamientos que intentaban sabotear su decisión de llegar hasta al final.

Un discreto mozo les sirvió la cena, pero Amanda no disfrutó la deliciosa y refinada comida. Estaba nerviosa y lo único que quería era salir corriendo del restaurante, mandar al diablo a Renzo Dominicci y a su estúpido juego de seducción.

—Qué te parece si el café lo tomamos en mi departamento —sugirió Renzo una vez que terminaron el delicado postre.

—Me parece bien —respondió Amanda, sintiendo que estaba a un paso de la prueba de fuego.

—Entonces... ¿nos vamos?

Amanda subió al auto sintiendo que le pesaba el cuerpo. Tenía que inventar algo para evitar lo que había prometido en silencio. De repente la idea de saltar del auto era una peligrosa tentación que no llegó a realizar por faltarle valor.

Estaba dentro de una situación que había provocado y no sabía cómo huir de su propia trampa.

Renzo se detuvo frente a su lujoso edificio, donde Amanda debía cerrar el trato que cambiaría su vida, y con pasos temblorosos lo siguió al ascensor sabiendo que ya no había retroceso. De pronto la besó apasionadamente y ella puso de su parte para responder a su caricia, aunque el rechazo empezaba a dominarla.

Temblorosa entró al departamento de su brazo, temiendo desbaratar lo que empezaba a conseguir. A raíz de los desfiles, una marca de lentes la había contratado para promocionar sus diseños de temporada, y su fotografía se encontraba nuevamente en las revistas femeninas y en los paneles de prestigiosas ópticas. Dentro de poco, su rostro estaría en la mente de los top de la moda y entonces nadie la detendría.

—El café... —logró decir Amanda en un instante en que su boca quedó en libertad.

—Sabías que no era café lo que veníamos a buscar —dijo Renzo mientras intentaba despojarla de su vestido.

—¿Por qué no vamos despacio? —sugirió Amanda, visiblemente nerviosa.

Renzo se apartó y caminó hacia el bar donde se sirvió un trago de whisky.

—No me gusta tu juego —expresó, después de apurar el contenido del vaso

—. Los últimos días no has hecho otra cosa que coquetear conmigo. ¿A qué viene ahora esta repentina timidez?

Amanda respiró hondamente consciente de que debía transformarse en una gata en celo. Había muchas cosas en juego y no quería despedirse de la oportunidad que Renzo representaba.

—No tienes que ponerte así —dijo, pasando la mano por encima de su camisa—, recuerda que la noche es larga... —y se esmeró en regalarle un beso que no llegó más allá de su boca.

La mano de Renzo se perdió en el interior de su vestido en busca de las apetitosas redondeces que lo habían tentado toda la noche.

Amanda no aguantó sus caricias y se alejó abruptamente, segura de que había desbaratado sus planes. Quiso llorar, pero el miedo ante la situación que había provocado la tenía en alerta.

Renzo la miró acalorado intentando calmar la rabia que sentía. Amanda no era diferente a las demás, ella también buscaba un atajo al éxito utilizando su cuerpo para lograrlo. Cayó en su juego desde el primer momento, enloqueciendo ante la posibilidad de hacerla suya. Ya le había dado varias oportunidades de que luciera sus diseños, y pensaba cobrarse, así tuviera que emplear la fuerza para tomar lo que quería.

—Nadie se burla de mí sin recibir su merecido —afirmó, sacudiéndola del brazo.

—No me burlé de ti —dijo, consciente de lo que podía ocurrir si él no entraba en razón—. ¿Por qué no te tranquilizas y tratas de escucharme? —suplicó llorosa.

—La hora de hablar ya pasó —respondió, apretándola contra su cuerpo—, ahora quiero otra cosa.

Y de inmediato trató de apoderarse de su boca, pero Amanda se resistió, originándose una lucha de voluntades donde ella llevaba las de perder, se vio contra la pared sometida a la humillación de ser manoseada por encima de la ligera tela de su vestido.

—¡Por favor! —suplicó, tratando de escapar de sus manos, pero Renzo estaba decidido a obtener lo que deseaba.

Amanda trató de apartarse y Renzo la golpeó en la cara enfurecido por su rechazo, pero la agresión solo sirvió para que Amanda respondiera de la misma manera sin miedo a las consecuencias.

—Si vuelves a tocarme juro que acabaré con tu reputación —amenazó con la mano levantada—. Yo no tengo nada que perder, en cambio tú...

Amanda salió del edificio sintiéndose responsable por lo ocurrido. Había coqueteado con Renzo, incluso se vistió con la intención de provocarlo, pero

jamás imaginó que le faltarían agallas para meterse a su cama. Entonces recordó a Raymundo y se estremeció. ¿Por qué con él había sido diferente?

De repente sintió que la seguían. Apuró el paso, pero la persona que venía detrás también apresuró la marcha.

—¡Amanda, espera! —exclamó Raymundo, tratando de alcanzarla antes que echara a correr.

Amanda se detuvo sorprendida de verlo. Raymundo caminaba hacia ella apoyándose en su bastón. A pesar de su cojera se veía fuerte y varonil, un hombre que despertaba emociones y que estaba en el esplendor de su vida. Su corazón reaccionó violentamente y como una autómatas fue a su encuentro.

Cuando estuvieron frente a frente no pronunciaron palabra. Se comían con los ojos; había pasado un mes desde el primer encuentro, pero jamás olvidaron la intimidad que compartieron. Los segundos corrían, pero ninguno parecía notarlos; era más importante mirarse a que el filo de una palabra acabara con la magia de ese momento.

Raymundo sentía impotencia frente a sus sentimientos. Quería odiarla por destruir el matrimonio de su amigo y por dejarse seducir por el imbécil de Renzo Dominicci.

Conocía la reputación de ese hombre y en dónde empezaba la carrera de sus modelos. Por eso, cuando la vio en el restaurante del brazo del diseñador, supo que esa noche Amanda se jugaría su futuro dentro de las paredes de una habitación. Se disculpó con las personas que había invitado a cenar y decidió seguirlos, a pesar de ser consciente de esa locura.

En algún momento quiso detenerla, estuvo a punto de bajar del auto para impedir que subiera al departamento, pero la lucidez lo rescató del ridículo que habría hecho. Amanda sabía lo que hacía y él no tenía derecho a interferir en su vida.

—¿Tan rápido dejaste a tu amigo? —preguntó con sarcasmo—. ¿O será que

Renzo Dominicci no estuvo a tu altura? —añadió con el deseo de herirla por el infierno que pasó mientras esperaba fuera del edificio, imaginando escenas que por poco lo vuelven loco—. ¿Será que solo utilizas a los hombres sin importarte el daño que haces con tu frivolidad? —la increpó, sujetándola del brazo.

Amanda sabía que se refería a César, le dolía su comentario y el desprecio de su mirada, pero no era el momento de aclarar las cosas. Empezaba a sentir sus dedos presionando su piel y eso le dio fuerzas para hablar.

—¡Quita tus groseras manos de mi brazo! —ordenó embravecida—. No creo que seas la persona indicada para darme un sermón de valores y moralidad.

—Imagino que tus palabras tienen relación con alguna historia que César te contó —manifestó Raymundo, abriendo la mano para liberarla de sus dedos—.

Estamos en desventaja, ya que César nunca me habló de ti, y sería interesante descubrir los oscuros pasajes de tu pasado.

Amanda bajó la mirada, deseaba ser otra persona que él no pudiera criticar, pero se encontraba en medio de una situación que la comprometía y que la hundía ante sus ojos.

—¿Qué te pasó en la cara?

La pregunta la tomó por sorpresa, y no pudo evitar que Raymundo

observara la huella del golpe que Renzo le propinó.

—Ese maldito se atrevió a pegarte —exclamó lleno de rabia—. Ahora verá lo que es meterse con alguien de su tamaño.

—¡Espera! —dijo mientras lo sujetaba por la chaqueta—. Es mejor dejar las cosas como están. Lo que pasó fue culpa mía.

—Nada justifica una agresión —gritó Raymundo, caminando hacia el edificio—. Le daré su merecido.

—¡Por favor! —suplicó Amanda—, por esta noche ya tuve suficiente.

¿Podrías llevarme a mi departamento? No me siento bien.

Raymundo se conmovió al sentirla desvalida. No podía odiarla, tenía motivos para dar la vuelta y dejarla con su vida, pero estaba inquieto por la sombra que oscurecía su mirada.

Sin perder tiempo la guió hasta su auto tratando de calmar su furia, ya arreglaría cuentas con Renzo Dominicci. Ahora lo más importante era reanimar a Amanda para que olvidara el mal rato que había vivido. ¿Es que estaba loco? ¿Qué podía hacer para consolarla? ¿Decirle que la deseaba como un desesperado? ¿Qué no dormía pensando y suspirando por ella?  
¡Maldición!

Estaba en un callejón sin salida y no le gustaba sentirse prisionero, aunque su carcelera fuese la mujer más sensual que hubiera conocido.

La miró de reojo y le entraron ganas de detener el auto para secar sus lágrimas, pero prefirió mantener su distancia para no caer en el hechizo de su cercanía.

—Vivo en el centro, tienes que voltear a la izquierda —dijo Amanda, haciendo señas con la mano.

—Iremos a mi casa, creo que ambos necesitamos una copa —respondió, apretando el acelerador.

Amanda estuvo a punto de negarse y hasta pensó en escapar aprovechando un semáforo en rojo, pero decidió quedarse a pesar del peligro que corría junto a él.

Estaba jugando al borde de un precipicio con todas las emociones a cuestas, teniendo solo dos alternativas: o salía ilesa de la experiencia de estar al lado de Raymundo León, o terminaba en el fondo del abismo con el alma hecha pedazos.

## **Capítulo 4**

Raymundo estacionó su auto y bajó para abrirle la puerta. Amanda alzó la mirada, solo tenía ojos para esa casa de estructura moderna situada en la colina de cara al lago, donde las luces de los edificios se reflejaban en el agua.

Raymundo se hizo a un lado y ella cruzó el umbral mirando con

detenimiento el techo a dos aguas, y la chimenea de ladrillos rojos que le daba un aire de calidez. Quedaba en una zona exclusiva de Lima, donde el dinero no era problema para nadie. Bastaba observar alrededor para darse cuenta de la espléndida vida que llevaban. Autos de lujo y un agradable ambiente con olor a plantas y flores. Nada perturbaba la tranquilidad, esa gente no sabía lo que era despertar con el sonido de los claxon ni con la bulla del vecino que poco le interesa tu tranquilidad.

Raymundo había escogido un buen lugar para vivir, su casa dominaba el panorama. Un castillo para un rey sin corona, pensó ella mientras miraba fascinada el jardín que circundaba la propiedad, un bello preámbulo para un recibidor de mosaicos negros iluminado por una lámpara de cristal que

colgaba de una cadena de bronce.

Caminó tratando de no perderse de nada. El salón principal era una muestra de sobriedad y buen gusto. Quien se había encargado de la decoración supo jugar con la imaginación mezclando dos épocas y resaltando lo mejor de cada una, con muebles o pequeñas piezas que por su simpleza contribuían a la elegancia.

Desde que Amanda tuvo conciencia de lo que significaba ser huérfana, había deseado salir del orfanato para conquistar un lugar que fuera suyo. Soñaba con una casa como en la que estaba. Aunque después de lo ocurrido con Renzo su

futuro no era alentador, y tendría que seguir conformándose con el mini apartamento que alquilaba, hasta que la riqueza y el éxito le sonrieran.

Raymundo abrió una puerta corrediza y la invitó a pasar a un pequeño salón decorado con muebles modernos, donde había un enorme 3D empotrado en la pared. Amanda se dejó caer en los suaves cojines encantada por el lujo. Sabía que Raymundo era rico, productor y comercializador de productos lácteos.

César le había comentado que gracias a su astucia supo multiplicar la fortuna que heredó de su padre, y sus productos estaban entre los tres más vendidos del país. Había respondido al reto de seguir el camino de sus antepasados, quienes empezaron con una pequeña empresa de quesos que se comercializaba desde una hacienda ganadera en la cordillera sur del país.

Amanda lo observó caminar hacia un anaquel repleto de botellas de todas las formas y colores. Tenía el ceño fruncido como si estuviera pensando en algo desagradable, reflejándose en sus ojos la tensión que lo dominaba.

Raymundo había logrado que su corazón enloqueciera, bastaba recordar lo que pasó en el primer encuentro para que el deseo asaltara su cuerpo



calentando su interior.

Ella lo vio acercarse con dos copas en las manos y sintió que se le erizaba la piel. Estaba en su terreno, expuesta al escrutinio de sus ojos que en ese momento descansaban en su profundo escote. Le habría gustado tener una manta para cubrir su cuerpo, pero no había nada que pudiera utilizar para evitar que él siguiera observándola con descaro.

Raymundo se sentó junto a ella entregándole la copa de vino que Amanda utilizó como una distracción. No quería que él se diera cuenta de su necesidad, de la terrible ansiedad que la dominaba.

—Creo que tendrás que ponerte un bistec en el rostro —comentó

Raymundo, observando la hinchazón de su mejilla—. Ese tipo te pegó fuerte.

Sus ojos despedían fuego, seguía furioso por el atrevimiento de Dominicci de levantarle la mano a la mujer que deseaba. Ese era un asunto pendiente que pensaba arreglar al día siguiente.

—¡Me las pagará! —sentenció, alargando la mano para acariciarla cerca de la zona afectada—, esto no puede quedar impune.

Sus dedos quemaban, atizando el deseo en Amanda. Era una simple caricia que empezaba a descontrolarla, a pesar de estar consciente de que Raymundo no era un hombre de fiar, que detrás de ese gesto había un gran resentimiento por creerla una mujerzuela capaz de desbaratar un matrimonio.

—Te puedes meter en problemas —dijo Amanda, poniéndose de pie para evitar que siguiera acariciándola—, ya te dije que lo que pasó fue culpa mía.

—Es cierto que te vi coqueteando con él —declaró, sorprendiendo a Amanda con su comentario—, yo también estaba en el restaurante y observé

las tretas que utilizabas para seducirlo, pero aun así le daré su merecido.

—¿Por qué?

Raymundo dejó su copa sobre la mesa para acercarse a ella.

—Porque me enfurece que ese imbécil se haya atrevido a ponerte un dedo encima —puntualizó lleno de coraje—, eres una mujer y no debió tocarte.

Amanda se estremeció, no le gustó lo que vio en su mirada. Raymundo podía meterse en problemas y no era justo que cargara con una responsabilidad que no le pertenecía.

—Cuando acepté ir a cenar sabía lo que pasaría después —afirmó, decidida a asumir las consecuencias—. Además, tú mismo fuiste testigo de que en todo

momento lo provoqué. Quería que me deseara, que se volviera loco por mí.

—Me imagino lo que sintió cuando le negaste tus favores —comentó Raymundo, fulminándola con la mirada—. ¿Qué pasó? ¿No estuviste de acuerdo con la suma que te ofrecía?

Amanda respiraba con dificultad. Ante ella estaba nuevamente el hombre que conoció en el departamento: agresivo, hiriente, buscando cómo lastimarla.

Le dolió su comentario y también lo que no decía. La consideraba una mujer sin escrúpulos, y hasta hace poco ella también pensaba que no tendría reparo en conseguir sus objetivos, pero estaba equivocada. No era la mujer fría y calculadora que siempre creyó, y el único que se dio cuenta fue César, quien se había mostrado confiado en que nunca haría nada incorrecto.

—¿Por qué te quedas callada? ¿Ese imbécil pensó que valías poco?

Amanda no pudo evitar que sus ojos reflejaran su debilidad, hubiese querido que Raymundo no se diera cuenta de lo afectada que estaba, pero ya no podía con tanta presión.

—Pierdes el tiempo conmigo —aseguró Raymundo mientras le secaba las lágrimas—. No creo en el llanto de una mujer, y menos tratándose de alguien a quien no le importó el sufrimiento de unos niños.

—Si piensas que soy despreciable, ¿por qué me trajiste a tu casa?

—No podía dejarte, sabiendo que no te encontrabas bien.

—Bajo el concepto que me tienes, solo estaría recibiendo un poco de la medicina que le di a la esposa de César.

Amanda sintió sus dedos sobre la piel, fríos y duros como el acero, pero parecía que a él no le importaba o no era consciente de la fuerza que ejercía sobre ella.

—No vuelvas a nombrar a César —expresó, apretando las palabras—.

Quiero que te olvides de él, por lo menos esta noche lo borrarás de tu mente

—aseveró, acercándola para deslizar los labios por su otra mejilla.

Luego acarició su boca sembrando en Amanda el deseo, las ganas de sentirlo en un beso que no se cristalizó porque Raymundo siguió hasta su cuello incendiándola con su aliento.

Ella se contagió con su calor y deslizó las manos por debajo de su camisa estremeciéndose al sentir su piel. Estaba perdiendo la razón pero no le importó, solo quería llegar hasta el final y que la fundiera en su cuerpo,

demostrándole algo que ya sospechaba, que solo él podía hacerla feliz.

Raymundo con premura la despojó del vestido hasta dejarla en ropa interior, expuesta a sus ojos que recorrían su figura sin misericordia. Su boca se apoderó lenta y sensualmente de sus senos, adorándolos en cada asalto mientras Amanda se arqueaba de placer. En algún momento quedó

completamente desnuda, libre de barreras para iniciar el viaje que anhelaban.

Entonces se despojó de su timidez y arremetió contra él, abriendo uno a uno los botones de su camisa para seguir con el cinturón. Raymundo la ayudó, llevado por la desesperación de hacerla suya como en sus fantasías, cuando la cubría con su cuerpo para entrar lentamente en ella y poseerla.

Tembló al recordar las imágenes que proyectaba en su mente cuando ya no podía huir de su recuerdo. Amanda se había metido en su sangre alterando su

vida radicalmente. Ahora ya no tenía paz. Su cuerpo la deseaba, su alma la reclamaba, sus noches se habían convertido en pesadillas al imaginarla en brazos de otros hombres. Conoció el infierno cuando la vio entrando al departamento de Dominicci, y pensó que enloquecería de saberla entregándose

a otro. La necesitó desde el primer día, solo teniéndola podría apaciguar el ciclón en su interior. Estaba a punto de salir de control debido a la libertad con que Amanda lo acariciaba.

Era un delicioso martirio que lo tenía a un paso del cielo, así que la guió hacia una puerta en la que Amanda no había reparado, una habitación hecha para desahogar la pasión donde podían expresar sus deseos, la excitación que

navegaba por sus cuerpos y se reflejaba en sus miradas. Se devoraban con los

ojos, disfrutando en silencio la tortura de estar desnudos y a punto de entregarse por completo.

—Me has embrujado —confesó Raymundo, dejando caer las manos sobre sus caderas—, estoy loco por ti.

En respuesta, Amanda levantó la mano para acariciar su rostro. No podía hablar, empezaba a sentir que su felicidad y toda su vida dependían de Raymundo. Él era la fortuna que quería tener, lo demás no importaba.

Raymundo la acostó sobre la cama y se dio un tiempo para observarla.

Amanda tenía el rostro de un ángel y el cuerpo de una diosa pidiendo ser amada. Ni en la mejor de sus fantasías la había visto tan hermosa, tan mujer...

luciendo esplendorosamente sensual, lista para él. Bajó la cabeza para que sus labios lo guiaran por su cuerpo, acariciando cada espacio con manos impregnadas de deseo, desatando en Amanda una pasión desenfrenada que agitaba su alma.

Raymundo León podía ser el más cínico y el más pedante, pero era el único capaz de descontrolarla. Sus manos tenían la habilidad de excitarla, de elevarla a otro universo donde divagaba entre la fantasía y la realidad. No era un sueño

que Raymundo estuviera besando su cuerpo mientras sus dedos jugaban delicadamente entre sus muslos, esclavizándola a su voluntad. Tampoco era una ilusión que su cuerpo cubriera lentamente el suyo sintiendo la prueba irrefutable de su poder. Iba a enloquecer, jamás sintió tanta pasión fluctuando por su sangre, arrebatándole la conciencia hasta creer que él la amaba y que ella correspondía intensamente a sus sentimientos. Era el momento más sublime de su vida y nada podía empañar la felicidad, a un paso de la entrega total. No era amor, solo atracción carnal abriéndose paso entre los sentidos, pero era un comienzo, algo de donde aferrarse para que aquello durara más que un suspiro.

—Dime que no estoy soñando —murmuró Raymundo, entrando en su intimidad—, dime que eres real y que estás entre mis brazos.

—No es un sueño —contestó, perdida en la bruma de la pasión—, soy real y

estoy entre tus brazos.

No había más que decir, la pasión estaba en su apogeo embriagándolos del placer de estar unidos como hombre y mujer. Era un viaje acompañado de gemidos que retumbaban en las paredes mientras sus cuerpos se movían en perfecta armonía. Dos siluetas enredadas en una bella escena de amor, interpretada por dos amantes que, sin saberlo, se habían inspirado en un sentimiento más fuerte que el deseo. El estruendo que agitó sus corazones por poco los ahoga en el incendio de sus cuerpos. Bastó un instante para que sus almas se confundieran y sus fantasías se convirtieran en una realidad que creían inalcanzable.

Raymundo temblaba, la experiencia que acababa de vivir no se igualaba a ninguna. Amanda seguía siendo su obsesión. Creyó que teniéndola calmaría su

necesidad; sin embargo, la deseaba más que antes. Tenía que retenerla, no importaba el precio que tuviera que pagar por sus caricias. Amanda era suya y tenía que serlo por siempre.

Con renuencia se apartó de ella recostándose boca arriba para no mirarla.

No creía poder evitar que sus manos la acariciaran y se perdieran nuevamente por su vientre. Su deseo era más fuerte que la razón y más poderosa que la voluntad, la que hasta hacía poco se jactaba de poseer. No era más que un títere que alguna vez creyó que era dueño de sí, un remedo de hombre que solo le

faltaba suplicar por una caricia que calmara su ansiedad. Lo que sentía por Amanda iba más allá del entendimiento. No había explicación para la angustia

que aprisionaba su corazón al imaginarla lejos de su vida.

Sintió que ella se movía e instintivamente alargó la mano para que no se marchara.

—¿Adonde vas? —preguntó con ansia.

—A recoger mi ropa, tengo que ir a mi departamento —respondió, evitando mirarlo para no arriesgarse a que notara lo sensible que estaba por lo ocurrido.

Era la primera vez que se entregaba en cuerpo y alma y creía saber por qué.

Raymundo la había hechizado con su presencia hasta el punto de forzarla a entregarle su alma.

—No necesitas ir a ninguna parte —dijo Raymundo, atrayéndola hacia él—, quiero que te quedes conmigo.

Amanda tampoco quería marcharse, sentía la necesidad de seguir alargando ese sueño que terminaría en cuanto saliera de su casa.

No podía engañarse ni concebir falsas esperanzas. Raymundo deseaba su cuerpo, lo que había en su corazón poco le importaba.

Se deslizó entre las sábanas hasta acomodarse junto a él. Entonces el deseo

volvió a despertar, amenazando con estallar a la primera caricia, y fue Raymundo quien desató la descarga al deslizar la mano por su cuello sabiendo

la ruta que quería seguir.

Amanda respiraba con fuerza y él disfrutaba del fuego que veía en sus ojos a medida que llegaba a la fuente de su placer.

Ella era su fantasía y la verdad más grande de su vida, aunque adorarla significara su perdición.

## **Capítulo 5**

Amanecía cuando por fin se durmieron, ninguno había reprimido una caricia en ese paraíso que se inventaron.

Las horas pasaron y Raymundo abrió los ojos enternecido por la realidad que lo rodeaba. Amanda dormía plácidamente exhibiendo su cuerpo. Parecía tan frágil que por un instante dudó que se tratase de la misma mujer que rompió el matrimonio de su amigo.

Una maldición escapó de sus labios. El sueño acababa de terminar, no podía inventar un mundo ajeno a la realidad a menos que sufriera de amnesia.

Amanda había sido la amante de César, y también estuvo a punto de entregarse

a Renzo Dominicci a cambio de un lugar en el mundo de la moda. Era doloroso imaginarla negociando su cuerpo cuando la noche anterior creyó haber descubierto su alma. No tuvo en sus brazos a un maniquí de hielo, sino a una mujer de fuego que se había entregado sin reservas.

Era un hombre de experiencia y sabía cuándo una mujer daba todo de sí sin esperar nada a cambio. Y casi podía jurar que Amanda le había entregado su corazón. Estaba enloqueciendo, lo que sintió debió ser una mentira. Amanda tenía el pecho vacío, solo alguien sin sentimientos podía calcular cada paso, cada palabra, y maniobrar las situaciones de acuerdo a su conveniencia como lo hizo con César, a quien engatusó para vivir de su dinero mientras conseguía el éxito, sin importar a quién se llevaba por delante.

Seguramente había envuelto a su amigo de la misma forma como lo hizo con él, y como pensó hacerlo con el diseñador, utilizando su encanto para conseguirlo. Ahora fue él quien satisfizo sus íntimos deseos, pero mañana podía ser otro que disfrutara de la maravillosa vista que tenía ante sus ojos: su completa desnudez extendida sobre su cama, con la paz que solo una noche de

pasión deja en el semblante de una mujer.



Nunca sintió la amargura de los celos encarcelando su alma, ni el

desconsuelo apoderándose de su corazón, la estrella que lo llevó al viaje más extraordinario que experimentara jamás, lo había regresado a tierra. Tenía que vencer la obsesión que sentía por ella y tratar de olvidar lo que ocurrió entre los dos, solo así tenía la esperanza de escapar de su hechizo y seguir con su

vida.

Raymundo se levantó con cuidado evitando despertarla. Tenía todo el

tiempo para observarla y memorizar cada forma de su cuerpo, pero prefirió desviar la mirada en un gesto de voluntad, luchando ferozmente contra la necesidad de llenar su memoria de ese recuerdo. Estaba decidido a olvidarla y a dejar su nombre en el pasado. César había muerto, y con él también debía enterrar a la mujer que fue su amante.

Amanda despertó esperando encontrarse con Raymundo, pero después de

buscarlo en la habitación contigua se dio cuenta de que estaba sola. Tampoco

había rastro de su ropa, Raymundo había escondido su vestido con el propósito de retenerla en el cuarto, pero si pensaba que eso la podía frenar, estaba equivocado. Llevada por la rabia se envolvió en una sábana y fue a buscarlo por la casa.

Con la luz diurna, el lugar cobraba un brillo especial. Parecía más cálido, el hogar perfecto donde empezar un nuevo día. Desde el salón principal pudo apreciar el jardín que la noche anterior había admirado, sorprendiéndose al descubrir una fuente de agua en medio de ese edén multicolor, donde solo se

escuchaba el canto de algunos pajaritos. Siguió buscando hasta que entró a la cocina; un lugar amplio modernizado con piezas de aluminio y acero. El ambiente inspiraba a imaginar preparaciones y sabores para el paladar más exquisito.

Le hubiera gustado prepararle a Raymundo uno de los postres que aprendió

a hornear en el orfanato, pero eso escapaba a la realidad. En cuanto recuperara su ropa saldría de esa casa para siempre.

—Buenos días... ¿La puedo ayudar en algo?

—Yo... —la vergüenza de saberse observada por una muchacha algo más joven que ella la dejó sin palabras.

—Si buscas a Raymundo pierdes tu tiempo —dijo Lourdes, mirándola detenidamente—, salió muy temprano y por la cara que llevaba me temo que no iba de buenas.

—¡Dios mío! —exclamó Amanda, sujetando con fuerza la sábana que la cubría.

Raymundo había ido a enfrentarse con Renzo Dominicci. Era un testarudo que solo hacía su voluntad, desde que lo conoció no hizo otra cosa que salirse con la suya, por eso había dormido en su cama, porque Raymundo León no dejaba nada a medias.

—Me llamo Lourdes. ¿Por qué no te sientas?

Amanda ocupó la silla que Lourdes le señaló sin poner atención en su mirada de curiosidad.

—Te prepararé algo caliente... te ayudará a relajarte —aseguró, extrañada de que Raymundo llevara a la casa a una de las mujeres con las que salía a divertirse, pues generalmente dormía fuera manteniendo en privado ese aspecto de su vida.

—Estoy desesperada —confesó Amanda, doblando una de las puntas de la sábana—. Raymundo puede meterse en problemas por culpa mía.

—No te martirices pensando en él —manifestó Lourdes mientras le servía una manzanilla—, cuando Raymundo toma una decisión no hay quien lo

detenga, y si se mete en problemas sabrá salir sin ensuciarse la ropa.

Amanda necesitaba creer en sus palabras, no podría perdonarse si a

Raymundo le sucedía algo malo por su culpa.

—No quiero parecer entrometida... —continuó Lourdes—, pero si

Raymundo fue a buscar al tipo que te dejó la cara de dos colores, hizo lo correcto. No es hombre el que maltrata a una mujer.

—Tú no entiendes, eres aún muy joven para...

—Tengo veinte años y aquí no hay nada que entender —respondió con firmeza—. Raymundo solo está defendiéndote.

—Es que no merezco que lo haga —aseveró antes que el llanto le oprimiera la garganta—. Tengo la culpa de lo que me pasó.

Enseguida bajó la cabeza para ocultar sus lágrimas. Era la primera vez que

alguien salía a defenderla. En el orfanato pasó parte de su adolescencia en el cuarto de castigos gracias a las mentiras que urdían en su contra. Fue entonces cuando comprendió que estaba sola para vencer los problemas que se

presentaban.

—Deja de culparte... —comentó Lourdes mientras se sentaba junto a ella—,

lo que hiciste no debió ser tan malo.

Amanda levantó la cabeza y se encontró con la mirada más dulce que hubiera visto jamás. Tal vez la mirada que tendría una hermana. No sabía lo que era recibir el consuelo de una madre, la reprimenda de un padre y el cariño de una familia que estuviera pendiente de ella.

Tenía muchas preguntas que hacerle a la vida. No era fácil vivir como si no cargara una cruz, sabiendo que nunca fue querida y consciente de que tal vez moriría sin sentir el abrazo de alguien que la quisiera profundamente y sin condiciones.

—¿Eres la hermana de Raymundo? —preguntó, observándola a través de sus lágrimas.

—No, somos primos. Mi madre murió hace algunos años, y desde entonces vivo aquí. Quiero a Raymundo como si fuera mi hermano mayor, y él se comporta como tal. Se preocupa porque estudie y me sienta feliz a su lado.

—Qué suerte tienes... —comentó Amanda en tono melancólico.

La soledad, la falta de cariño y el anhelo de sentirse amada estaban a flor de piel. No podía controlar las lágrimas, estaba vulnerable no solo por lo ocurrido la noche anterior, sino porque había descubierto que no tenía agallas para actuar con frialdad. De repente se encontraba a la deriva sin un objetivo claro en su vida. ¿Hacia dónde iría?

Alguna vez soñó con un hogar y con niños a quienes entregarles el amor que le faltó. Habría vivido para ellos y se habría esmerado en demostrarles lo importante que eran para ella. ¿Dónde quedaron sus sueños?, en algún rincón de su corazón cuando empezó a hartarse de que la trataran con desprecio. Así empezó a desear una vida de grandeza, a poner el dinero como prioridad con el afán de ganarse el respeto de los demás. Pero su ambición le jugó una mala pasada cuando ya había estado encaminada. No tenía que venderse, el éxito podía llegar en algún momento, solo tenía que ser paciente y rogar para que Renzo Dominicci no usara sus influencias para cerrarle las puertas de la socialité.

Pensar en ese hombre y en lo que estuvo a punto de hacer solo le traía

vergüenza. Raymundo nunca creería en su arrepentimiento y mucho menos en

el amor que empezaba a llenar su corazón. Era él o ninguno. Así de simple y así de complicado.

—Lourdes... ¿podrías abrazarme? —pidió entre sollozos—, imagina por un instante que soy tu hermana.

Lourdes se desconcertó al ver tanto dolor en su mirada, y sin dudarlo la abrazó para calmar el sufrimiento que estremecía el alma de Amanda.

Estuvieron así hasta que Raymundo apareció y quedó sorprendido por la escena. Amanda parecía tan desvalida que por un instante quiso estar en el lugar de Lourdes enjugando sus lágrimas. Su llanto era silencioso como si temiera ser escuchada, como si peleara internamente contra una gran pena que

la atormentaba. Le dolía su sufrimiento y cada lágrima que brotaba de sus ojos.

Quería su felicidad, a pesar de haberla maldecido por mucho tiempo. Ella era su perdición, por eso era necesario apartarla de su camino. Respiró hondo y decidió hacer sentir su presencia.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó con un matiz de indiferencia que logró engañar a Lourdes, quien se acercó para encararlo, aunque antes le plantó un beso cariñoso en la mejilla.

—¿No estás viendo que ella se siente mal? ¿Qué te pasa, Raymundo?

—Lo que veo es que no le importó salir desnuda de la habitación —respondió, caminando hacia Amanda.

—Es culpa tuya... —lo acusó, limpiándose las lágrimas con el dorso de la mano—, escondiste mi ropa, ¿qué querías que hiciera? ¿Qué te esperara tranquilamente viendo televisión?

—Fui a ver a ese malnacido... —le informó lleno de coraje—; te aseguro que no volverá a molestarte.

En ese momento Amanda reparó en la hinchazón que Raymundo tenía en los labios y se asustó.

—¿Qué pasó? —preguntó mientras trató de acariciarle la parte afectada.

Pero Raymundo se apresuró a quitar sus dedos cortando de inmediato cualquier acercamiento entre los dos.

—No te daré detalles, solo puedo decirte que ese sujeto estará fuera de circulación por algunos días.

—¡Por Dios, Raymundo! Renzo no se quedará tranquilo, seguro va a demandarte.

—Me conmueve tu preocupación —comentó con cinismo.

—¡No te conozco, primo! —exclamó Lourdes con un aire de reproche—.

No deberías hablarle en ese tono. ¿Por qué no...?

—Si supieras quién es no tratarías de defenderla —la interrumpió

Raymundo—. ¿Te dice algo el nombre de Amanda?

Lourdes se quedó con la boca abierta. Sabía quién era Amanda, había escuchado a Raymundo blasfemar contra ella cientos de veces. Incluso la había imaginado como la mala de una telenovela. Bella y provocadora, incapaz de un gesto amable, y la mujer a la que acababa de consolar no se

parecía en nada a la bruja que había desbaratado un matrimonio.

—¿Por qué no lo dices? —dijo Amanda al darse cuenta de lo que pasaba—.

Últimamente me han hecho saber lo despreciable que soy. No calles lo que piensas es una buena oportunidad para decirme que soy una mujerzuela —añadió, levantando la voz.

—¡Cállate, Amanda! —ordenó Raymundo, pero ella estaba fuera de sí, queriendo botar la bilis que le quemaba en la garganta.

—¿Sabes por qué Renzo me golpeó? —continuó, mirando a Lourdes con desesperación—, porque me eché para atrás. Iba a acostarme con él para conseguir un contrato y por cosas del destino terminé en la cama de Raymundo —una risa histérica salió de sus labios—. ¿No es para reírse? Me acosté con el hombre que me desprecia porque cree que fui la amante de su amigo.

El silencio siguió a sus palabras. Los ojos de Amanda viajaban de Lourdes a Raymundo sintiendo una punzada que le lastimaba el pecho.

Ambos la condenaban, el hecho de haber vivido en el mismo departamento con César parecía ser razón suficiente para juzgarla. No era la malvada del cuento y tampoco una mujer sin sentimientos.

—¿Me das mi ropa? —dijo, mirando a Raymundo—. Creo que es un buen momento para marcharme.

—Tu ropa está en la habitación —respondió con voz hueca.

—¡Espera! —exclamó Lourdes al ver que Amanda caminaba hacia la puerta—, ¿puedes responderme una pregunta?

Era joven y sin mucha experiencia, pero su instinto le decía que Raymundo siempre estuvo equivocado en su apreciación. En algún momento sintió que algo no cuadraba en esa historia. Desde que conoció a César la conmovió el amor que sentía por su esposa. Siempre atento con ella, cariñoso con palabras y con gestos que hablaban de sus sentimientos, pero Raymundo le repitió hasta el cansancio que él tenía una amante que terminó convenciéndose de algo que

ahora volvía a dudar. Pero no iba a quedarse con la espina guardada si tenía la oportunidad de descubrir la verdad.

—¿Es cierto que fuiste la amante de César? —preguntó, segura de que Amanda no mentiría.

—¡Por favor! —explotó Raymundo, mirándola con burla—, cómo se nota que apenas tienes veinte años, no eres más que una muchacha ingenua que aún

cree en la honestidad de la gente.

—¿Fuiste la amante de César? —volvió a preguntar sin hacer caso a Raymundo.

Amanda tenía ganas de llorar, le hubiese gustado que fuera Raymundo quien le hiciera esa pregunta, pero lejos de investigar la había atropellado con una serie de insultos dando como verdad algo que nunca existió.

—César fue el hombre más maravilloso que conocí y el único amigo que tuve —contestó, sintiendo cada una de sus palabras—. Vivimos juntos como amigos y confidentes, mas no como Raymundo se empeña en creer —las lágrimas volvieron a empañar sus ojos por el recuerdo de esa amistad—.

César creyó en mí cuando estuve cegada por la ambición. Siempre pensó que nunca haría nada malo, y anoche estuve a punto de defraudarlo —Amanda



aspiró hondo antes de agregar—: ¿Contesté tu pregunta?

Lourdes asintió convencida de su inocencia, Amanda había estado en el lugar equivocado sin saber que su nombre se vio envuelto en una historia de

dolor y traición. Siempre pensó que Raymundo ponía mucha pasión cuando hablaba de ese tema, y ahora sabía por qué. En algún momento se enamoró de

ella, quizá cuando la señalaba y la acusaba no hacía otra cosa que respirar por la herida al creerla amante de su amigo.

Era muy testarudo cuando estaba convencido de algo, y no cambiaría de opinión ni daría un paso atrás para ver las cosas de manera diferente, aunque su felicidad dependiera de ello.

## Capítulo 6

Amanda cruzó el vestíbulo sin darse cuenta de que Raymundo iba a su encuentro.

—¿A dónde vas? —preguntó antes que ella abriera la puerta.

—A mi casa —respondió, deteniéndose para mirarlo con insolencia—.

Bueno, para ser más precisa, a la habitación que estoy alquilando. ¿Por qué?

—Necesito hablar contigo —y en tono más suave, agregó—: Por favor...

quédate unos minutos.

—¿Será que estoy soñando? —dijo Amanda en son burla—, es la primera vez que no te escucho ordenar.

—Regresemos a la habitación...

—Lo que tengas que decir lo puedo escuchar aquí. No pienso regresar a ese

lugar —manifestó cruzando los brazos.

—No creo que la hayas pasado mal —expresó Raymundo, mirándola descaradamente—. Anoche estuviste...

—¡Cállate! —exigió a punto de llorar—. No me recuerdes lo que pasó, fue una debilidad que nunca volverá a repetirse —y tomando aire, agregó—: No tengo mucho tiempo. ¿Qué quieres?

Raymundo parecía nervioso y sin saber cómo abordar lo que tenía en mente.

Algo inusual en él, que siempre tenía la palabra adecuada.

—Hablé con Dominicci —dijo, mirándola fijamente—. No volverá a molestarte y tampoco usará sus influencias para perjudicarte.

—Veo que has pensado en todo. ¿Debo agradecerte?

—Deja los sarcasmos a un lado —pidió con suavidad—, esto es una despedida y me gustaría que nos separemos sin rencores —tomó aire antes de agregar—: Quisiera que aceptaras esto... —y de inmediato le entregó un juego

de llaves—. El departamento es tuyo —añadió, bajando la mirada—. El lunes a

primera hora hablaré con mi abogado para hacer la transferencia. También tendrás una cuenta bancaria que te permitirá vivir con holgura hasta que seas famosa.

Amanda tenía un nudo en la garganta, acababa de recibir el pago por una noche de pasión como si fuera una golfa que ponía precio a sus caricias. Era cierto que iba a entregarse a Renzo llevada por su ambición, pero también era

verdad que supo detenerse a tiempo. Merecía una segunda oportunidad que Raymundo no estaba dispuesto a ofrecer.

—Eres muy generoso —comentó, guardando las llaves en su cartera—, según sé sueles regalar una joya o un viaje cuando pones fin a una aventura.

—Esto no es una aventura —aseguró en un tono que reflejaba enfado—, lo hago por César. Él debió quererte mucho y no le hubiera gustado que te dejara desamparada.

Amanda no podía liberar su dolor, tenía que sonreír y aparentar que estaba feliz. Ahora era propietaria de un lujoso departamento y de una espléndida cuenta bancaria, porque estaba segura de que Raymundo haría honor a su reputación de hombre magnánimo, depositando mensualmente una buena suma.

—Tengo que irme —dijo, esforzándose en ocultar su tristeza—, espero que hayas gozado conmigo. Esta madrugada disfrutaste un poco de lo que noche a noche le entregaba a César —expresó con deseo de herirlo por los magníficos regalos que iba a recibir—, espero no haberte desilusionado. Amigos hasta el final, compartiendo todo... hasta la misma mujer —comentó, levantando la voz.

No supo cómo le salieron las palabras si todo su mundo se había desmoronado. Raymundo la despreciaba, era tan baja la opinión que tenía de ella que pensó que podía comprarla. No se merecía ese trato, aunque sus acciones la pintaran como una mujer codiciosa.

—¿Qué pretendes con ese comentario? —preguntó Raymundo, alzando

también la voz.

—¿No te das cuenta? —respondió en el mismo tono—. Desde que nos conocimos estabas ansioso por tenerme, parecías un perro hambriento queriendo comer el pedazo de carne que César dejó.

—¡Cállate! —exclamó, sujetándola por el brazo.

—Te llenas la boca insultándome cuando tú no eres mejor que yo —declaró cargada de rencor—. Ese día en el departamento sentiste deseo por la amante de tu amigo y no te importó que él acabara de morir, estuviste a punto de hacerme el amor.

Raymundo se alejó de Amanda para mirarla con desprecio.

—Recuerdo claramente lo que pasó esa mañana —afirmó con dureza—, y créeme que me avergüenzo, pero también recuerdo con qué facilidad te entregaste, dejando que te acariciara a mi antojo como una...

Raymundo tomó aire para calmarse, no quería arrepentirse de algo más.

Bastante tenía con lo que pasó la noche anterior para añadir otra culpa a su conciencia.

—¡Dilo! —lo desafió con rabia—, aunque no necesito palabras para saber que piensas que soy una mujerzuela, con la que por cierto te metiste en la cama.

—¡Te ordeno que te calles! —gritó Raymundo, tirando el bastón contra la pared.

—¡No voy a callarme! —aseveró Amanda, mirándolo fijamente—. ¿Crees

que tienes derecho a juzgarme porque dejé que me acariciaras? —su pecho subía y bajaba por la emoción—. Es cierto que me despiertas muchas locuras

—afirmó con sentimiento—, y si eso me vale el apelativo de mujerzuela entonces lo asumo. ¡Soy una mujerzuela! —gritó fuera de sí.

Empezó a caminar rogando que Raymundo no la siguiera. Había llegado al límite y ya no podía aparentar, tenía el alma en pedazos.

Salió a la calle sintiendo que temblaba. Estaba segura de que empezaba a sufrir una de las esas crisis que padecía cuando vivía en el orfanato.

Según el médico, eran crisis nerviosas por problemas que no exteriorizaba.

El dolor que escondía se manifestaba en fiebres altísimas que muchas veces la llevaron a un estado de inconsciencia, para luego despertar como si nada hubiese ocurrido. Ahora le sucedía lo mismo: guardaba en el alma la pena de

saberse despreciada por el hombre que había entrado a su corazón, y su cuerpo empezaba a exteriorizar su dolor.

Cerró los ojos tratando de calmarse, tenía que tomar un taxi a su departamento y no sabía dónde quedaba la avenida principal. La noche anterior se dejó llevar por Raymundo y ahora estaba perdida.

—¡Amanda, espera! Yo puedo llevarte. —exclamó Lourdes, corriendo a su encuentro—. ¿Qué tienes? —preguntó al notar que respiraba agitadamente.

Será mejor que regresemos. No te veo bien —le dijo.

—No pienso volver. Además no quiero que Raymundo me vea en este estado.

—No sabrá que estás en la casa. Cuando Raymundo se encierra en su despacho no sale en toda la mañana, ¡vamos! —insistió, conduciéndola de regreso al portón.

Amanda se dejó guiar sin poner atención hacia dónde iba. Tenía mucho frío y apenas podía mantener los ojos abiertos.

—Lourdes... —murmuró, deteniéndose para poner toda su energía en lo que iba a decir—. No te asustes si me desmayo o si tengo mucha fiebre —hizo

una pausa para recuperar el aliento—, y no llames a ningún doctor. Solo es una crisis, ya estoy acostumbrada...

—No hables... —pidió Lourdes, asustada de verla con el rostro encendido.

No tenía que ponerle un termómetro para saber que volaba en fiebre—, descansarás en mi habitación.

Amanda sintió que Lourdes le quitaba la ropa para ponerle un camisón.

Luego la acostó cubriéndola con varias mantas que lograron calmar el temblor de su cuerpo. Era la primera vez que se sentía a salvo. En el orfanato no había personal suficiente para que la atendieran, así que aprendió a cuidarse sola cuando el dolor le apretaba el corazón. Cada vez que despertaba agarraba un paño que alguien dejaba dentro de una batea con agua y se lo colocaba sobre la frente. Ahora se dejaba llevar, sabía que Lourdes la cuidaría.

—¡Gracias! —dijo, cerrando poco a poco los párpados.

—¡Amanda! —exclamó Lourdes zarandeándola para que despertara, pero al ver que no respondía salió a buscar ayuda.

Entró al despacho de Raymundo guiada por la desesperación sin darse cuenta de que no había llamado a la puerta.

—¿Qué pasa? Sabes que no me gusta que entres así —la increpó Raymundo.

—Es Amanda... —dijo, bastante agitada—, tienes que venir a mi cuarto, ella

está muy mal.

Raymundo intentó tranquilizarse mientras caminaban hacia la habitación, pero la expresión de Lourdes aumentó su angustia.

Debía preguntar qué sucedía; sin embargo, no podía abrir los labios, tal vez porque se trataba de Amanda, solo con ella perdía la confianza y se convertía en un hombre sin voluntad como nunca hasta ahora.

Cuando entraron a la habitación Raymundo sintió que se le partía el corazón. Amanda estaba sobre la cama respirando con dificultad, ajena al mundo que seguía girando alrededor. Más frágil que nunca, conmovió cada célula de su cuerpo que se estremeció al verla tan desvalida.

—¿Qué pasó? ¡Dime! —inquirió mirando desesperadamente a Lourdes—.

¿Por qué Amanda está así?

—No lo sé, Raymundo, cuando vi que se marchaba la seguí para ofrecerme a llevarla hasta su casa. La encontré en la calle a punto de desmayarse. Tiene mucha fiebre...

—Llama al doctor —ordenó con energía—, el número está en mi agenda.

Dile que es una emergencia.

Raymundo se sentó sobre la cama y tomó su mano. Debía ser indiferente a su sufrimiento; sin embargo, se encontraba junto a ella rogando que volviera en sí.

De repente Amanda se inclinó hacia un lado de la cama moviendo las manos como si buscara algo.

—¡Amanda! —murmuró sujetándola del brazo—. ¿Qué buscas?

Amanda abrió los ojos, pero no lo reconoció.

—La batea —susurró—. No está la batea.

—¿Qué batea?

—La batea con el paño. Tengo que bajar la fiebre. Trae la batea...

—Tranquilízate, mi amor... —susurró, sorprendido de expresar lo que aún le costaba aceptar, pero que era una verdad tan grande como el mundo.

Amanda volvió a moverse, pero esta vez Raymundo fue un observador tratando de descifrar su comportamiento.

—No está la batea... —murmuró en medio de su inconsciencia—. ¿Por qué me dejan sola? ¡Tengo miedo! —un llanto lastimero cerró sus palabras.

Raymundo se ahogaba en su inquietud. No sabía nada de su pasado, pero si analizaba el fondo de sus palabras lo único que veía era soledad y sufrimiento.

—No hay ganglios inflamados y las amígdalas están en perfecto estado — aseguró el doctor después de auscultar a Amanda—. Le daré ibuprofeno para bajar la fiebre.

—Tiene que haber alguna razón para que esté así... —dijo Raymundo, visiblemente afectado.

—Es difícil hacer un diagnóstico en estas circunstancias —expresó el doctor sin dejar de observar a Amanda—. Mañana habrá que hacerle algunos exámenes...



—Ella dijo que perdería el conocimiento y que tendría mucha fiebre —

intervino Lourdes—, me pidió que no me asustara, que era una crisis y que pronto pasaría.

—Tal vez ha estado bajo mucha presión o tuvo alguna discusión que la afectó —comentó el doctor después de meditar por algunos segundos—. Hay

personas que reaccionan así frente a situaciones que no pueden controlar.

Tendremos que esperar a que despierte —agregó, cerrando su maletín—.

Cuando la paciente esté en condiciones de hablar podré dar un diagnóstico.

Los siguientes minutos estuvieron cargados de tensión. Raymundo esperaba

junto a la cama humedeciendo un paño que luego colocaba sobre la frente de

Amanda, como había sugerido el médico.

Cómo pudo pensar que podría vivir sin ella, creer que algún día su recuerdo

se esfumaría de su memoria. Amanda era inolvidable, una combinación de dulce y amargo que cala sin proponérselo, y se había arraigado en él con tanta fuerza que se volvió indispensable.

La amaba con todos sus defectos. No importaba su pasado ni lo condenable

de sus actos, tampoco que el dinero fuese su principal motivación. La quería junto a él, y tenía que pensar en alguna manera de retenerla en su casa, tal vez

con un poco de suerte lograría parecer menos despreciable y enamorarla.

## **Capítulo 7**

Raymundo salió a la terraza y se sentó frente a una mesa sin decir nada. Tenía el rostro desencajado y una expresión de cansancio que era imposible ignorar.

—¿Por qué no vas a descansar? —sugirió Lourdes acercándose—. Amanda

ya está mejor, y el doctor dijo que no volverá a subirle la temperatura.

—Quiero estar a su lado cuando despierte, solo quise tomar un poco de aire.

—Ya es tarde y mañana tienes que trabajar. Yo puedo cuidarla, recuerda que no tengo clases en la universidad hasta la próxima semana. Además, no creo que quiera verte después del altercado que tuvieron.

—No me digas que otra vez estuviste escuchando detrás de la puerta...

—No escuché detrás de la puerta —afirmó ofendida por su comentario—, ustedes gritaban y era imposible no oírlos.

—Entonces ya sabes que te mintió —dijo Raymundo sin saber que su rostro reflejaba tristeza—. Ella fue la amante de César, lo dijo con claridad.

—Estás ciego, Raymundo —enfaticó Lourdes sentándose junto a él—. Lo que oí fue una mujer dolida diciendo las cosas que tú querías escuchar. ¿Es que no entiendes?

—¡Maldición! —explotó, golpeando la mesa—. ¿Es posible que todavía estés de su lado? Recuerda que por su culpa se destrozó un hogar. Amanda es una mujer ambiciosa.

—De quien te enamoraste... —afirmó, esperando que él negara sus palabras, pero Raymundo solo atinó a bajar la cabeza escondiendo los ojos entre las palmas de sus manos—. Vi cómo la mirabas y con qué ternura cambiabas los paños de su frente, pero estás sufriendo por una mentira que tú fabricaste y que sigues empeñado en creer.

—¡Estás loca! —levantó la voz—. ¡Amanda recibió las llaves del departamento! Eso confirma lo ambiciosa que es.

—¿Te refieres a estas llaves? —dijo, enseñándole el manojó que sacó del bolsillo de su pantalón.

—¿De dónde las sacaste? —preguntó, quitándole el llavero.

—Las encontré tiradas en el jardín, me imagino que Amanda las dejó ahí en respuesta a tu generoso ofrecimiento. ¿Sabes lo que habría hecho yo? —dijo molesta—, te las habría aventado a la cara. Fuiste muy grosero, Raymundo. No te conocía en esta faceta.

Raymundo observó las llaves sin prestar atención a las palabras de su prima. Necesitaba creer en ella y aferrarse a cualquier cosa para tener una esperanza. Ya tenía un plan para retenerla a su lado, solo tenía que jugar y esperar a ser el ganador.

—¿Por qué no la escuchas? —sugirió Lourdes con suavidad—. No la has tratado mejor que ese que la golpeó. Deja el resentimiento y escúchala.

—No sé qué hago hablando de estas cosas contigo —dijo poniéndose de pie—, eres muy joven...

—Pues a pesar de mi edad tengo más lucidez que tú, Raymundo. Amanda no fue la amante de César. ¡Abre los ojos de una buena vez!

—Me gustaría creerte, pero su actitud dice lo contrario. No olvides que iba a acostarse con un tipo para obtener un contrato —comentó sin ocultar su desánimo.

—Pero no lo hizo —afirmó Lourdes, tratando de que Raymundo entrara en razón.

Lo conocía tanto que sabía que sería imposible que aceptara sus palabras,

pero aun así no podía darse por vencida. Amanda no era una mala mujer, y ya era hora de que Raymundo admitiera que se había equivocado.

—¡Por Dios, Lourdes! —estalló Raymundo, al recordar a Amanda entrando al departamento de Renzo Dominicci—. ¿Y si fuera así como ha venido manejando su carrera? Ahora no se acostó con ese imbécil, pero tal vez lo haya hecho con otros.

Y enfurecido entró a la casa buscando tranquilizarse, no podía permitir que los celos lo dominaran. La había investigado en cuanto supo quién era la modelo que vivía con César y la información que recibió no hablaba mal de ella. Había participado junto a trescientos modelos en un casting para una marca de productos de belleza, y por lo que le dijo su informante todo había sido legal. No fue justo al acusarla de algo que no había pasado.

Debía hablar con ella y aclarar sus dudas, pero ahora no era el momento ni se encontraba emocionalmente estable para escucharla. Quería conocerla un poco más, y para eso pondría en marcha su plan, así desenredaría el hilo de la madeja y llegaría a la verdad.

Amanda despertó con mucha sed y medio atontada alargó el brazo para buscar la jarra con agua, pero enseguida se dio cuenta de que ya no era la muchachita que jugaba a ser valiente. Era una mujer que aún guardaba temores, pero dueña de sus actos.

Había estado equivocada al pretender que su sueño era ganar dinero, cuando lo que quería era un hogar con niños que la alimentaran con sus risas.

Necesitaba sentirse amada, llegar a la noche sintiendo que su vida valía la pena.

¿Qué había conseguido hasta ahora? Ver su rostro en algunos afiches y revistas aumentaba su ego, pero no llenaba el vacío que sentía en el alma.

Tenía que replantear su vida. Seguir modelando, pero sin la obsesión que por poco la hunde en la miseria de vender su cuerpo a cambio de una oportunidad.

Tal vez en su camino encontraría a un hombre que le diera otro sentido a sus días, una esperanza para encontrar la felicidad. Cerró los ojos al sentir que abrían la puerta. Era preferible que Lourdes creyera que seguía durmiendo. No quería responder preguntas sobre la crisis que tuvo. Podía revelar el origen de sus problemas; el abandono que sufrió cuando apenas era una recién nacida, y que no había podido superar.

Pero no era Lourdes sino Raymundo, a quien vio de reojo mientras se acercaba a la cama. Su corazón respondió con fuerza ante su presencia temida y deseada, porque él era un peligro para su tranquilidad, pero una gran necesidad para su alma, que lo anhelaba intensamente.

—Sé que ya despertaste —dijo Raymundo observando su respiración—. El doctor dice que te pondrás bien. Qué bueno, porque me llevé un gran susto.

Amanda abrió los ojos sorprendida por su comentario. Raymundo era una caja de Pandora. Primero la despreció, luego le demostró cuánto la deseaba, después la humilló con un regalo y ahora la observaba como si entre los dos no existiera un abismo que los separara. Quería refugiarse en el calor de su mirada, pero no podía olvidar sus ofensas y dejarse tentar por sus palabras dulzonas que enternecían su corazón.

—Debes tener hambre, veré que te preparen una sopa...

—No quiero comer, solo quiero tomar agua.

Raymundo le dio de beber, originándose un contacto al que ninguno fue inmune. Tenían necesidad de tocarse, de volver a disfrutar la pasión de la

noche anterior. La atracción seguía entre los dos alterándoles la respiración.

No había escapatoria, ambos eran conscientes del deseo que afloraba en sus miradas.

—Ahora que no tienes fiebre, te llevaré a mi habitación.

—No —objetó Amanda.

Pero Raymundo no le hizo caso y le quitó la sábana que la cubría.

—¿Crees que no puedo cargarte por mi cojera? —habló enfadado.

—No es eso, solo que...

Raymundo no la dejó terminar de hablar. La cargó sin problemas hasta el segundo piso, donde de un puntapié abrió la puerta al final del corredor. La

tendió sobre la cama y la cubrió. Amanda respiraba agitadamente, incapaz de pensar con cordura. No debió permitir que la sacara de la habitación de Lourdes, ahora estaba en sus manos y sin fuerzas para luchar contra él.

—¡Raymundo! —la entrada de Lourdes acabó con un silencio que empezaba a incomodar—. ¿Por qué trajiste a Amanda a tu habitación?

—Porque este es su lugar —respondió, diciéndole con la mirada “atrévete a decir lo contrario”.

Lourdes entendió el mensaje y desvió los ojos hacia Amanda, que estaba igual de sorprendida y con el corazón a punto de explotar, pero no sabía si de rabia o felicidad. No le gustaba que Raymundo se tomara atribuciones dejando

a un lado su opinión, y, por otro lado, algo en el fondo de sus palabras la hacía creer que empezaba a mirarla de manera diferente.

—No has comido en todo el día —comentó Lourdes, cambiando

radicalmente el giro de la conversación—, le diré a Prudencia que te sirva algo ligero. Ya regreso.

Al quedarse solos, el silencio volvió a reinar entre ellos. Amanda bajó la mirada, pero sentía los ojos de Raymundo atravesándola como un rayo. No debía permitir que hiciera su voluntad, tenía que salir de la cama y recordarle que no era de su propiedad.

—¿Qué haces? —preguntó Raymundo al ver que Amanda se ponía en pie—.

Todavía estás débil y debes...

—Agradezco tus cuidados, pero ya es hora de que me marche de aquí.

—No puedes hacer eso, debes quedarte. Además necesito hablar contigo...

—Entre nosotros no hay nada que decir.

Raymundo no estaba dispuesto permitir que Amanda desapareciera de su vida, había llegado el momento de aventarse al ruedo.

—Quiero que te cases conmigo —expresó con un ligero temblor en la voz, que Amanda no percibió.

Toda ella temblaba por la sorpresiva proposición. No se trataba de una broma, notaba que Raymundo esperaba una respuesta que no podía dar, por lo

menos en ese momento. ¿Qué tenía en la cabeza para ofrecerle matrimonio?

Era inconcebible que quisiera casarse con ella si creía que fue la amante de su amigo. El deseo lo había enloquecido. Recordó con qué pasión la acarició estampando su huella por su cuerpo. Había sentido su estremecimiento cada vez que entraba en su intimidad turbándola con su fuerza. No había duda de que la deseaba, pero no era razón para unir sus vidas cuando existían pocas posibilidades de llegar a un entendimiento fuera de la cama.

—No creo que te hayas enamorado de mí —comentó, deseando que fuese

verdad lo que conscientemente no podía aceptar—, así que debe existir otra razón.

—Es cierto... hay otro motivo —afirmó, cortando de raíz la esperanza que empezaba a nacer en el corazón de Amanda—. Necesito que me escuches. ¿Por

qué no te sientas?, no puedo hablar si estás moviéndote de esa manera —dijo al ver que ella empezaba a caminar por la habitación.

Amanda se sentó, esperando lo que tenía que decir. En medio del silencio sus miradas se encontraron electrizando el aire por las emociones que fluctuaban entre los dos: deseo, rabia, dolor y un amor oculto que ansiaba ocupar un lugar en sus vidas.

—Quiero tener un hijo —afirmó Raymundo con una voz fuerte que retumbó en la habitación—, creo que estoy en edad de ser padre.

Amanda se sorprendió con su confesión, nunca hubiera imaginado que

Raymundo saldría con semejante locura. Poner en medio de los dos a un hijo cuando había desprecio y malos entendidos, era como mezclar el aire puro con el humo contaminado, terminarían arruinando la vida de un niño que no tenía culpa del rencor que se tenían.

—No me mires como si estuviera loco —intentó sonreír, pero sus labios no le respondieron—, espera que termine de hablar.

—¿Aún hay más? —preguntó Amanda con sarcasmo.

Se encontraba aturdida y nerviosa, tratando de no dejarse llevar por la tristeza ante el presentimiento de su corazón. Raymundo León era un hombre

de negocios, acostumbrado a comprar y a vender, y ella era la mercancía para



hacer realidad su sueño. Estaba segura de que habría una gran suma de dinero detrás de su proposición.

—Sé que no deseas un hijo y que lo único que te importa es disfrutar de la buena vida —manifestó Raymundo, consciente de que empezaba un juego donde podía perderlo todo—, pero si aceptas mi proposición tendrás tu futuro asegurado. Firmaremos un contrato prenupcial donde se especifique que después del divorcio me cederás la custodia del niño, y tú obtendrás un millón de dólares para vivir como quieras... ¿Qué dices?

Estaba a punto de ahogarse en sus latidos. Necesitaba un sí como respuesta, sería el comienzo para conquistarla y demostrarle que podía hacerla feliz.

—No necesitamos casarnos —dijo Amanda, aparentando tranquilidad, aunque por dentro quería morir para no sentir tanto dolor.

Raymundo había puesto un precio elevado a su vientre, tal vez porque consideraba que su ambición y frivolidad superaban la avaricia de cualquier mujer.

—Claro que sí, no pienso tener un hijo fuera del matrimonio —respondió, mirándola fijamente.

—¿No sería más fácil esperar a que te enamores? Te saldría más barato, porque si acepto no pienso conformarme con la cifra que me has dado —expresó con desenfado.

Estaba loca por decir tanta estupidez, pero necesitaba burlarse de la situación. Raymundo la había encasillado en la condición de golfa y no iba a perder tiempo protestando por calificativos que no merecía.

—Entonces, fija el precio —dijo, perturbado por la frialdad con que trataba el asunto.

Cómo podía amarla desesperadamente si a cada momento le demostraba que no tenía sentimientos. Tal vez nunca podría llegar a ella y ablandar su corazón, pero necesitaba intentarlo. Amanda era lo único que quería en la vida, aunque significara su perdición.

—Digamos que me conformaría con... dos millones —se obligó a decir ocultando la vergüenza por el trato que negociaba.

Después de eso sería difícil que Raymundo creyera en ella, pero tampoco podía salirse del papel que le había puesto. Era más creíble su actitud, a decirle que anhelaba ser la madre de su hijo porque se había enamorado de él, aunque

la despreciara y no tuviera un pensamiento bueno hacia ella.

Confiaba en que el tiempo sería su aliado, para demostrarle que en su interior no era una mujer ambiciosa que ponía al dinero como única prioridad.

—¿Qué dices? —añadió, dispuesta a seguir la farsa, pero con la ilusión de salir vencedora—. ¿Valgo dos millones?

Raymundo dio unos pasos para alejarse de Amanda. Necesitaba darle la espalda para que ella no notara el efecto de sus palabras.

—Cuando nos casemos te daré la mitad, y el resto del dinero el día que nazca nuestro hijo —afirmó mientras volteaba con la seguridad de que había controlado sus emociones.

La miraba fijamente, al verlo nadie notaría el esfuerzo que hacía para controlar su respiración. Sentía rabia, impotencia y amargura al comprobar lo interesada que era. Por eso había sido la amante de César, el ingenuo de su amigo cayó de bruces ante ella con la intención de conquistarla. Él seguía por

el mismo camino, esperanzado y enamorado, y tal vez terminaría como César muriendo sin haber calentado su corazón, aunque cuando la tuvo entre sus brazos fue puro fuego derritiéndose ante sus caricias.

La llegada de Prudencia sirvió para calmar la tensión que había entre los dos. Traía una bandeja con un plato de consomé que en una época fue la fantasía de Amanda. Siempre que salía de una crisis soñaba con tomar algo caliente que la ayudara a recuperar las fuerzas, pero tenía que conformarse con la sopa fría del orfanato que no lograba calentar su estómago.

—Prudencia sí que se esmeró —señaló Lourdes entrando en ese momento, al notar que Amanda no tenía intención de comer—. Prueba la sopa que está riquísima – dijo, agarrando el plato y acercándose a ella.

Prudencia se retiró, saludando discretamente.

—Las dejo solas —expresó Raymundo, suavizando las líneas de su rostro

—. Ya regreso para continuar nuestra conversación.

Amanda sintió el vacío que dejó en la habitación. Era la misma sensación de pérdida que experimentó cuando despertó y no lo encontró a su lado. Luego discutieron y dejó que la emoción que le hacía sentir se confundiera con el dolor de saberse despreciada.

Se acomodó. Lourdes le alcanzó el plato. No tenía hambre, pero en algo tenía que ocuparse para evitar una conversación. Después dijo que estaba cansada.

Cuando Lourdes se marchó volvió a pensar en la proposición de Raymundo.

Debía mandarlo al diablo y regresar a su departamento. Ni en el orfanato la habían humillado tanto. Quería odiarlo por creerla capaz de venderse y vender a su hijo, pero era inútil luchar contra el amor que sentía. La turbaba, lo amaba por encima de todo y a pesar de todo.

Se levantó de la cama limpiándose las lágrimas. No era la mujer que él creía, pero viviendo a su lado podría demostrarle que se había equivocado al

juzgarla. Tomaría anticonceptivos para evitar un embarazo hasta estar segura de su amor. Y si no tenía la dicha de enamorarlo, se marcharía en silencio dejando el dinero y todo cuanto le hubiera entregado, y nunca más sabría de ella.

Raymundo la encontró cerca de la ventana con una expresión de niña buena que lo conmovió. Toda ella envuelta en un manto de vulnerabilidad que la hacía lucir como un ángel.

—Espero que no hayas cambiado de opinión —dijo con voz dura, cuando por dentro rogaba por una oportunidad. Si Amanda se retractaba no tenía otro plan para mantenerla a su lado, entonces no tendría más remedio que decirle adiós al amor de su vida—. ¿No dices nada?

Amanda temblaba, era imposible no sentirse afectada si sus ojos azules parecían fulminarla. No era difícil imaginar lo que pensaba de ella, por eso no entendía su necesidad de querer casarse, aunque no importaban sus motivos, igual pensaba embarcarse en ese matrimonio y luchar para evitar el fracaso.

—No soy mujer que se eche para atrás —dijo, sintiendo que se había lanzado de un avión sin paracaídas y que en cualquier momento se estrellaría contra el suelo.

—Qué bueno —dijo Raymundo, sin saber que su rostro parecía de piedra—, acabas de cerrar el negocio de tu vida.

—Acabo de ponerme la soga al cuello —murmuró Amanda cuando él salió de la habitación.

No iba a ser fácil que él cambiara de opinión. El dinero que había de por medio ensuciaba aún más su reputación. Raymundo era un hombre implacable.

¿Podría lidiar con lo que se venía? Tenía mucho miedo, pero su amor tenía que ser más fuerte que sus temores y que la barrera que él había puesto entre los dos.

No era con palabras con las que tenía que enfrentarse a él, sino con acciones que no dejaran duda de sus sentimientos.

## Capítulo 8

Raymundo cerró la puerta del estudio y caminó de un lado a otro intentando calmar su rabia.

—¡Dos millones! —murmuró, respirando agitadamente—. Tu precio es de dos millones. ¡Maldita sea!

Prendió un cigarrillo que se consumió sin llevárselo a los labios. Miraba hacia el jardín, pero en su mente solo tenía la imagen de Amanda luchando contra la fiebre. Frágil, delicada, distinta de aquella que le dijo sin reparos que quería dos millones de dólares a cambio de engendrar un hijo suyo.

—¿Qué hago? —susurró desesperado, cuando unos toques en la puerta interrumpieron sus pensamientos—. Pasa...

—Prudencia te preparó unos bocadillos. No has probado alimento en todo el día —dijo Lourdes, apareciendo con una bandeja.

—No tengo hambre... —respondió con sequedad.

—Pues vas a tener que comer, primo, no puedes...

—¡Déjame en paz! —exclamó levantando la voz—. No soy un niño y no me gusta que me digan lo que tengo que hacer.

De pronto reparó en su conducta y se acercó a ella para abrazarla.

—Discúlpame, Lourdes... no sé qué me pasa.

—Yo sé lo que tienes y se llama Amanda —dijo sin hacer caso de su malhumor.

Raymundo la miró y luego bajó los ojos, aceptando sus palabras.

—No hagas un drama de esta situación —agregó con suavidad—, dale una oportunidad, Raymundo. No seas tan duro con ella.

—¿Sabes cuánto me cuesta esa oportunidad? —dijo mordiendo las palabras

—. ¡Dos millones de dólares!

—¿De qué estás hablando, Raymundo?

—Del dinero que Amanda quiere a cambio de tener un hijo mío —expresó con dolor.

—¿No era más fácil decirle que la amas?, porque conociéndote fuiste tú quien debió ofrecerle dinero.

Raymundo no supo qué decir, era difícil ocultarse de Lourdes si era como su hermana menor. Los años de convivencia habían servido para conocerse, aceptarse y aprender a quererse con sus defectos.

—Es verdad... —aceptó de mala gana—, yo le ofrecí dinero porque eso es lo que ella busca.

—Eso es lo que tú crees que ella busca —rectificó Lourdes, esperanzada en tocar el corazón de Raymundo—, deja el dinero a un lado y preocúpate por conocerla de verdad. Estás cometiendo otra equivocación.

—No lo creo, eres tú la que está ciega. Amanda no tiene buenos

sentimientos.

—Ella está enamorada de ti —exclamó Lourdes—. Basta ver cómo te mira.

¿Por qué no bajas la guardia? ¿Acaso tienes miedo?

—¿Miedo, yo? ¿A qué habría de temer? —Raymundo empezaba a perder el control.

—Eso dímelo tú, Raymundo, hay respuestas que debes buscar en tu interior

—respondió Lourdes en tono solemne.

—No es momento de que te pongas a filosofar y menos cuando la realidad dista mucho de palabras bonitas. Y si me equivoco yo asumiré las consecuencias —expresó él con decisión.

—Solo que esta vez echarás al agua tu felicidad. Hasta mañana, Raymundo

—se despidió Lourdes saliendo del estudio preocupada.

Raymundo seguía generando resentimientos en Amanda y así nada podría salir como él lo esperaba. Ella actuaría de acuerdo a la situación, y Raymundo seguiría creyendo que era una interesada.

—Este amor es un castigo —murmuró Raymundo al quedar solo—.

—¿Es un castigo? —preguntó en voz alta.

De repente agarró una silla y la aventó por los aires, pero ese arrebato no logró calmar la angustia que generaban sus sentimientos por Amanda. La tenía

cerca, pero estaba más afligido que nunca, torturado por las dudas que no hacían más que agrandar la confusión que había en su corazón.

—¿Quién eres? —volvió a preguntar mientras se llevaba las manos a la cabeza—, tienes el rostro de un ángel, pero el corazón de un demonio. Pero aun así te amo. Te amo, te amo —repitió mientras apoyaba las manos sobre su

escritorio.

Amanda se levantó de la cama sintiéndose angustiada. No podía dormir, era inevitable pensar en Raymundo y en su oferta de matrimonio. Nunca había creído en cuentos de hadas, pero ahora necesitaba de esa magia para hacer realidad su sueño de amor.

Salió del cuarto con la idea de bajar al jardín, cuando vivía en el orfanato se escapaba al patio para no pensar que estaba prisionera. Bastaba que el viento

enfriara sus mejillas para creer que podría tener otra vida fuera de los muros del albergue. En compañía de las estrellas escapaba de la realidad a un mundo donde era feliz, pero sus sueños de amor fueron sustituidos por la ambición que cubrió de hielo su corazón. ¿Por qué tuve que conocerte?, se preguntó mientras se abrazaba añorando las caricias que sintió sobre su piel. ¿Por qué tuve que enamorarme de ti?

—¡Por Dios, Amanda! ¿Qué haces aquí? —exclamó Raymundo entre sorprendido y encolerizado.

Amanda volteó con rapidez y se encontró con la dureza de su mirada. Era imposible pretender que él la amara, solo cuando hicieron el amor alcanzó a

ver un destello en sus ojos que ablandó sus facciones. Pero luego se convirtió en un recuerdo que por momentos la llevaba a pensar que tal vez lo había soñado. Raymundo León era implacable como enemigo, y ella estaba en el bando equivocado recibiendo su furia y sus ofensas. Tenía todo en su contra.

Un pasado que él le atribuía y dos millones de dólares que podían sentenciarla por el resto de su vida.

—Fui a verte y me di con la sorpresa de que no estabas en la habitación —



dijo Raymundo, y le faltó agregar que por poco muere de angustia al creer que se había marchado—. No puedes estar aquí, hay mucha corriente de aire.

—¿Eso te angustia? —preguntó desconfiada.

Raymundo se acercó hasta tomar su mano, y en un gesto de ternura besó su palma aspirando el olor de su piel.

—Solo quiero cuidarte, que estés bien... Hasta hace unas horas estabas inconsciente y volando en fiebre.

—Me conmueve tu preocupación —expresó Amanda con sequedad—, pero no debes darle importancia a lo que me ocurrió. Si vamos a vivir juntos debes saber que solo se trata de una crisis emocional que no deja ninguna secuela.

—¿Y por qué tuviste una crisis emocional? —preguntó, observándola fijamente; queriendo estar pendiente de cada gesto que le permitiera conocerla para luego intuir la anticipándose a sus deseos.

—¿Te dice algo el nombre de Renzo Dominicci? —dijo Amanda, sintiendo que no era justa al nombrarlo, pero no podía hablar sobre el dolor que sintió al saber que era dueña de un departamento por ser considerada una mujer de favores.

—No vuelvas a nombrar a ese sujeto, pertenece a tu pasado —aseveró Raymundo lleno de rabia—. Desde mañana empezarás una nueva vida y no tendrás necesidad de alternar con gente como él.

Empezaba a alejarse cuando Amanda volvió a hablar.

—Mi pasado no es tan oscuro como crees. Apenas se reduce a un hombre...

—dijo con una inusitada fuerza en la voz.

Raymundo se detuvo sin darse cuenta de que había cerrado las manos en un puño. Estaba tenso, esperando que Amanda pronunciara el nombre de César.

Habiendo tantas mujeres, cómo pudo enamorarse de la amante de su amigo.

Había enloquecido, pero solo con ella quería pasar el resto de su vida así viviera en el infierno.

—Pedro fue el único enamorado que tuve —agregó, acercándose a

Raymundo con la esperanza de cerrar la brecha que los separaba—. Con él me

aventuré a la vida. Vivimos juntos por un tiempo, pero no funcionó. Yo quería grandes cosas y él se conformaba con lo poco que había conseguido.

—Lo dejaste porque no tenía dinero.

Más que una pregunta era una afirmación a la que Amanda respondió con un asentimiento de cabeza.

—No me sorprende, eso es lo único que te motiva. Si yo no tuviera dinero jamás habrías volteado a mirarme —expresó Raymundo curvando sus labios en una mueca.

—No te subestimes, Raymundo. Eres un hombre guapo e interesante.

—Pero con una pierna que casi no me sirve —respondió con amargura.

—Créeme que nunca he pensado en eso.

—¿Y en qué piensas? —preguntó con un brillo lujurioso en los ojos.

—Solo siento, Raymundo.

—¿Y qué sientes en este momento? —quiso saber mientras la sujetaba por la cintura.

—Deseos de que me beses. Hasta ahora no sé cómo saben tus labios. ¿Por qué no me besas, Raymundo?

—Porque no puedo —murmuró con voz ahogada—. Creo que es lo único en lo que no podré complacerte.

—¿Por qué? —preguntó Amanda mientras se fundían en el fuego de sus miradas, que no hacía más que alentar la pasión que empezaba a aflorar.

—Porque...

Raymundo no pudo seguir hablando, la devoraba con los ojos. Su pecho evidenciaba la fuerza de sus emociones. Quería estrecharla y apoderarse de sus labios, saborearla despacio hasta arrancarle respuestas que le permitieran conocerla más. Pero si sucumbía a sus deseos corría el riesgo de poner al descubierto sus sentimientos, y hasta el momento los había encubierto bajo la sombra de la pasión. No podía bajar la guardia y dejar en un beso todo el amor que sentía, ella lo descubriría y querría sacar más ventaja de la situación.

Terminaría odiándola porque no podría negarle nada, entonces sería su fin.

—Raymundo, ¿te ocurre algo?

La voz de Amanda lo sacó de sus pensamientos. Ella lo miraba con un brillo especial que lo emocionó. ¿Acaso Lourdes tenía razón? ¿Amanda se había enamorado de él?

De pronto ella levantó la mano y acarició su mentón cubierto por su barba.

Sus dedos temblorosos se deslizaban suavemente y sin querer buscó su mano para responderle con un beso. ¡Cuánto la amaba!, y qué desesperado estaba por su cariño, pero aún no podía creer en lo que Lourdes decía, los dos millones

eran una prueba de que todo seguía igual.

—¿Así acariciabas a César? —preguntó, recordando de pronto a su amigo.

Amanda bajó la mano y se alejó de él.

—Mencionaste a tu noviecito, pero olvidaste hablar de él... —agregó

Raymundo con sequedad—. César era como mi hermano. Crecimos juntos, nuestros padres eran... me imagino que lo sabes, para qué seguir hablando.

—Sí, sé de la amistad que los unía y de la gran familia que eran todos —dijo Amanda, segura de que Raymundo tomaría a mal sus palabras, pero no quiso ocultar lo que César le había comentado en una de las tantas madrugadas que compartieron juntos—. Le gustaba recordar esa época cuando ambos se escapaban a las lomas para practicar motocross.

—Hasta que tuve el accidente... —habló Raymundo mientras se frotaba la pierna afectada.

—Disculpa, olvidé que...

—No tienes que disculparte —la interrumpió Raymundo con algo de agresividad—, me imagino que él te contó al detalle cómo me sentí. Pero eso no es un tema que me interese hablar contigo, quiero saber desde cuándo andabas con César.

Amanda se dio un tiempo antes de contestar. Era el momento de poner todo en su lugar si quería llegar a él. Al principio se quedó callada, pensando que no importaba lo que pensara de ella, pero las cosas habían cambiado y era fundamental que Raymundo supiera que no era la mujer que creía.

—Nunca tuve una relación con César —respondió con firmeza—, él fue mi amigo. Sabía todo de mí, nunca le oculté mi ambición. Me convenció de mudarme a su departamento porque decía que una modelo debía vivir en el mejor lugar para impresionar a todos.

—Ayer dijiste lo contrario —le recordó Raymundo, perdiéndose en sus ojos almendrados.

—Porque cedí al deseo de fastidiarte —confesó, deseando que creyera en sus palabras—. César no dormía conmigo, y los únicos momentos que compartimos fueron las conversaciones que sosteníamos hasta el amanecer, siempre con una taza de café entre los dos.

Raymundo se quedó en silencio recordando lo que vio en el departamento.

Los objetos personales de César estaban en la habitación pequeña, y todo indicaba que la ocupaba a diario. ¿Y si ella decía la verdad?

—César amaba a su esposa y sufría por la ruptura de su matrimonio — agregó Amanda, consciente de la desconfianza que asomaba a los ojos de Raymundo.

—¿Piensas que voy a creerte? —dijo él, sujetándola por los brazos—. Fuiste la amante de César, por eso cambió cuando te mudaste al departamento.

Empezó a faltar a la oficina, estaba ojeroso y cómo no —levantó la voz desesperado—, si amanecían haciendo el amor.

En ese instante lo invadieron los celos olvidando el detalle de la habitación. Podía existir otra explicación para que César no amaneciera con Amanda. Sabía de mujeres que no soportaban dormir acompañadas, y esta podía ser una razón.

—¿Le preguntaste alguna vez por qué faltaba a trabajar? —dijo Amanda sin importarle la presión que Raymundo hacía sobre su brazo.

Raymundo no contestó, después de conocer a Amanda no quiso preguntar ni saber nada de la vida de su amigo. No quería escuchar intimidades que luego servirían como un arma para aumentar su martirio. Ella se volvió su obsesión y la razón de su odio y su pasión.

—César se embriagaba todas las noches —continuó con voz entrecortada—, huía de los recuerdos y del dolor de saberse engañado por su esposa.

—¿Qué disparate estás diciendo? —la increpó zarandeándola con fuerza—. Es el colmo que ahora quieras embarrar a una buena mujer.

—Viviana le fue infiel... —aseguró Amanda, consciente de que caminaba por un terreno peligroso, donde su falta de credibilidad podía jugar en su contra—. César lo descubrió, por eso decidió romper con todo, a pesar de saber que nunca se resignaría a estar sin ella.

Raymundo se apartó de Amanda sintiendo mucho dolor. Era evidente que mentía, conocía a Viviana de muchos años y podía dar fe de su honorabilidad.

En cambio no podía decir lo mismo de ella, a quien había visto en más de una situación comprometedora.

—Yo me quedaba a su lado —continuó Amanda en medio de un sollozo—, no podía ir a trabajar sabiendo que César me necesitaba. Y entonces empecé a faltar a las sesiones de fotos y a los eventos sociales donde habría tenido que ir. Quería entregarle lo que nunca tuve... Compañía, cariño, palabras de aliento que lo ayudaran a soportar la tristeza.

Raymundo se conmovió por la emoción que advirtió en su voz. No parecía la misma que estuvo en el restaurante con Renzo Dominicci. Aquella estaba a la caza utilizando sus atributos. La que estaba junto a él era más simple, más humana, embellecida por una luz que salía de su interior y que sembraba dudas en su corazón.

—Sé que es difícil creerme, pero no te cierres a esa posibilidad —suplicó Amanda, al percibir que ya no la condenaba con la mirada—. Viviana fue la única culpable de lo que ocurrió en su matrimonio. Nunca hubo otra mujer.

César siempre fue leal al amor que le tuvo.

Raymundo bajó la mirada para no terminar confesando que la amaba. Si había enloquecido a pesar de lo que creía de ella, como no terminar rendido ante la mujer que tenía enfrente. No podía tratarse de una actuación, nadie podía fingir de esa manera. La calidez de su voz unida a sus palabras terminó por convencerlo. Ella decía la verdad. ¡Nunca fue la amante de César!

Por unos instantes sintió que se libraba de sus cadenas, pero entonces recordó los dos millones que le daría por el nacimiento de su hijo, y volvió a encerrarse en su calvario.

—Ya está amaneciendo... y si consigo un permiso especial nos casaremos en algunas horas —dijo él en un tono que captó la atención de Amanda.

—Si ya no quieres casarte solo tienes que decirlo.

Raymundo le acarició la mejilla sin darse cuenta de que sus labios se curvaban en una sonrisa.

—No te vas a librar de mí tan fácilmente. Nos casaremos y tendremos un hijo —la besó en la frente antes de agregar—: Debes descansar, la novia no puede lucir con ojeras.

—Estoy ocupando tu habitación y no creo que sea justo...

—No sería justo que tú no estuvieras ahí —contestó, mirándola con ternura

—. Yo me quedaré en el pequeño cuarto de huéspedes donde estuvimos... —dijo con malicia—, la cama es muy cómoda y además huele a ti.

Raymundo nunca dejaría de sorprenderla, cuando pensaba que seguiría atacándola de pronto soltaba frases que la desarmaban, avivando la esperanza de conquistarlo.

Estaba consciente de que sería difícil lograr su confianza, sobre todo ahora

que había aceptado firmar un contrato, pero el tiempo hablaría sobre sus verdaderas intenciones. Mientras tanto, debía tener paciencia y cubrirse con un impermeable para que la lluvia no la mojara.

Lo amaba y no iba a darse por vencida, aunque tuviera el viento en contra y

aunque la razón le gritara que huyera. Iba a seguir cada dictado de su corazón sin esperar nada, pero entregándolo todo.

—¿Qué le dirás a mi hijo cuando pregunte por mí? —quiso saber Amanda, en su afán de conocer el plan que él había elaborado.

Era doloroso tocar un tema donde la vida de un inocente era planificada con



tanta frialdad. Ella sabía que nunca habría un hijo a quien tuviera que abandonar, pero Raymundo lo ignoraba, así como desconocía el sufrimiento que en ese momento desangraba su alma.

—Le diré que moriste en el parto, te aseguro que será suficiente —

respondió sin poner en evidencia sus sentimientos.

Amanda se alejó ocultando sus lágrimas, no podía creer que amara profundamente a un hombre que pretendía borrar su existencia sin ningún remordimiento.

Debía marcharse antes que fuera demasiado tarde, pero su inconsciencia era tan fuerte como sus sentimientos, y decidió seguir con la locura de un matrimonio que podía hundirla en la desolación.

## **Capítulo 9**

Todo había sucedido tan rápido que apenas lo podía creer, estaban en plena ceremonia oficiada por el alcalde en el palacio municipal.

—Me debe muchos favores, así que no pudo negarse —le había dicho

Raymundo.

Ahora, Amanda escuchaba con atención los párrafos que citaba el alcalde sobre los derechos y obligaciones del matrimonio.

Ella solo tenía derecho a dos millones de dólares, según el contrato que había firmado esa mañana en la oficina de Raymundo. Por el momento era dueña de un millón que el abogado de la corporación había depositado en una

cuenta a su nombre. Ahora tenía mucho dinero, pero se encontraba más triste que nunca, con un traje que compró a la volada y sosteniendo un bouquet que

Lourdes había encargado a la florería. Alguna vez había soñado con ese

momento, pero pensó que el hombre con quien se casaría sería el más enamorado y feliz de todos.

Raymundo acababa de ponerle el anillo de matrimonio, pero sus ojos no brillaban, su rostro era un reflejo de sus sentimientos. ¡La odiaba!, ahora veía todo con claridad. Lo del hijo era una excusa, seguía pensando que fue la amante de César, y ahora se creía con derecho de vengar la memoria de su amigo, utilizado por su ambición. Había caído en su trampa creyendo que en

algún momento tendría una oportunidad, pero nadie tenía la posibilidad de salir airoso de una situación que Raymundo ya había juzgado.

—Ahora el novio debe besar a la novia —dijo el alcalde con una sonrisa.

—¿Acaso no has escuchado al alcalde? —dijo Raymundo al ver que

Amanda seguía con la vista en el bouquet que apretaba con las manos.

Lentamente, levantó la mirada dejando al descubierto sus lágrimas. Por un instante Raymundo se desconcertó, pero enseguida controló sus emociones bajo un semblante de indiferencia.

—Veo que lloras de emoción —dijo, limpiándole con el pulgar las gotas saladas.

—Es imposible no emocionarse...

—Sobre todo si hay dos millones de por medio —murmuró cerca de su oído.

Dos millones que ya me pesan en el alma, pensó Amanda arrepentida de haber alentado ese juego donde llevaría las de perder.

—Estamos esperando el beso —interrumpió el alcalde—, Raymundo...

¿Qué esperas? Besa a tu esposa.

El corazón de Amanda estaba a punto de reventar, por fin recibiría el beso

que tanto anhelaba, aunque era consciente de la falta de amor y de ganas.

El alcalde presionaba y Raymundo era un hombre que jamás se pondría en evidencia para ser el centro de habladurías. Cumpliría con lo que se esperaba como parte de una transacción que perseguía la venganza.

—El beso me lo das cuando estemos solos —dijo Amanda en un arranque de impulso, mientras volteaba la cara para que la besara en la mejilla.

Quería llorar y escapar, pero se obligó a sonreír hasta que la ceremonia terminara.

Después vino el brindis, en compañía de Lourdes y una empleada del municipio. Luego el alcalde acaparó la atención de Raymundo con preguntas sobre la exportación, que él respondió con educación. Miraba de reojo a Amanda admirando su elegancia y la manera tan delicada que tenía de mover

las manos mientras hablaba. Nadie al verla podría imaginar que debajo de su piel no tenía un corazón que latiera por amor. ¿Podría enamorarla? Y si eso sucedía, ¿cómo estaría seguro de sus sentimientos? Hasta ese momento no había pensado en ese detalle que encerraba toda su felicidad. ¿Es que nunca podría encontrar la paz?

De pronto Amanda se alejó de Lourdes para entrar en otro ambiente del palacio municipal. Raymundo quiso ir tras ella para abrazarla y sentir que no era un sueño, que era su esposa y que pretendía que lo fuera para siempre, pero siguió mostrando interés en una conversación que no deseaba escuchar.

Amanda dejó su copa sobre una mesa y se recostó sobre una de las paredes, observando los cuadros de los alcaldes que habían gobernado la ciudad. De repente abrió la ventana y elevó la vista hacia el cielo. La noche estaba cerrada y no había una estrella. Quizá es una premonición, pensó mientras sus ojos miraban la negrura del firmamento.

—Quizá mi destino está marcado por la oscuridad —murmuró dejándose

vencer por la tristeza.

Empezaba a creer que nunca lograría su propósito. ¿Cómo luchar contra el odio que Raymundo le tenía? Su cuerpo respondía al deseo, pero un beso solo se da por voluntad, y esa caricia no estaba dentro de sus planes porque él solo quería venganza.

—Raymundo me pidió buscarte —dijo Lourdes, apareciendo de pronto—, creo que está desesperado por empezar la luna de miel.

—O por continuar esta farsa —respondió caminando hacia el salón principal.

—¿Por qué aceptaste el dinero? —preguntó Lourdes queriendo entender lo que había en el fondo de sus acciones.

—Perdona si te defraudé —respondió mientras se detenía para mirarla—, pero por favor no me condenes a pesar de lo que ves. Te juro que no es lo que parece.

—Espero que sea así, Amanda, porque me dolería saber que me equivoqué —agregó pensativa.

Se despidieron del alcalde y enrumbaron hacia la casa en silencio. En cuanto llegaron, Lourdes se marchó a su habitación para dejarlos solos, pero Raymundo apenas miró a Amanda. Sirvió unas copas de champán que bebieron en silencio.

—Creo que estoy demás... —murmuró ella dando un paso atrás para alejarse.

Raymundo la vio subir las escaleras, preguntándose si podría con eso, ante el futuro incierto que veía. Amanda ahora llevaba su apellido y la podría tener todas las noches en su cama, entonces... ¿Por qué diablos seguía sintiendo tanto vacío?

Amanda entró a la habitación de Raymundo haciendo grandes esfuerzos por no llorar. Era su noche de bodas y no quería que él la viera con los ojos inflamados. Fue al cuarto de baño y sin prisa se metió al jacuzzi. El agua tibia actuó como un antídoto contra la tensión y los malos pensamientos. No era momento de sentir lástima por su situación, ya tendría muchos días para lamentar el contrato prenupcial que había firmado esa mañana. Esa noche se entregaría completamente a Raymundo, y le haría sentir que como ella nadie podría amarlo.

Salió del agua y recogió el vestido que había dejado en el suelo.

—Mi vestido de bodas —murmuró con tristeza deslizando los dedos por el traje color marfil, en shantung de seda, cuya elegancia radicaba en la sencillez del diseño.

Había fantaseado tantas veces con un vestido blanco y una enorme cola de raso. El hombre de sus sueños la esperaba frente a un altar lleno de flores blancas, y sonreía mientras ella avanzaba al compás de la marcha nupcial. La

besaba en los labios, entonces aceptaba los votos matrimoniales con la seguridad de que su amor duraría toda la vida.

Qué diferencia con la realidad. No tuvo la boda de sus sueños y tampoco

tenía el amor del hombre que había tomado por esposo. El sonido de la puerta al cerrarse la sacó de sus pensamientos. Raymundo acababa de entrar a la habitación. No había tenido tiempo de ir de compras y adquirir un camisón de

acuerdo a la ocasión, así que se armó de valor y decidió salir del baño sin más vestimenta que su piel.

Se paró bajo el umbral esperando que Raymundo la viera. No tuvo tiempo de arrepentirse porque él volteó quedando deslumbrado por su presencia.

Respiraba agitadamente, a unos metros estaba el amor de su vida

ofreciéndose silenciosamente. Tuvo que controlarse para no acercarse y gozarla de los pies a la cabeza. Quería alargar el momento, guardar en su memoria la silueta de Amanda ostentando su belleza, invitándolo a perderse en los placeres que estaba dispuesta a ofrecer.

Amanda se acercó decidida a que aquel momento fuera inolvidable.

Temblaba por dentro, pero nada impidió que despojara a Raymundo de cada prenda mientras lo besaba con la mirada.

Podía sentir sus labios a la distancia regalándole el placer que anhelaba. Su dulzura, su fuerza y toda su pasión en una caricia que se inventaba.

Raymundo no la amaba, pero ella sentía amor por los dos, y en ese instante se lo demostraba sin pudor cuando sus dedos jugueteaban sobre su cuerpo. Se miraban intensamente mientras el celaje de la pasión encendía sus pupilas.

—¡Por Dios, Amanda!, me estás enloqueciendo —murmuró Raymundo cuando ella se apretó contra él con el propósito de torturarlo.

De repente él tomó parte en la seducción para acariciarla con premura antes

de llevarla a la cama. La pasión danzaba entre los dos como flamas que les calentaban la sangre, y llevados por el deseo se acoplaron a la perfección para calmar la angustia de sus cuerpos.

Pero a medida que transcurrían los segundos la locura arremetió contra ellos devorándolos de placer. Sus alientos se confundieron mientras se ahogaban en pequeños gemidos de felicidad.

El furor había pasado, pero aún navegaba en sus cuerpos la dulce sensación del deseo que se negaba a morir.

—Eres adictiva... —susurró Raymundo buscando sus ojos—, calmas mi deseo, pero aún quiero más.

Sus bocas estaban tan cercas que bastaba un movimiento para que se unieran en un beso que ambos deseaban, y llevado por un impulso Raymundo quiso cerrar el poco espacio que los separaba, pero Amanda volteó la cara regresando a la realidad.

—¿Qué pasa? —preguntó Raymundo, acomodándose a un lado de Amanda—. ¿No quieres que te bese?

—No quiero besos que nazcan del deseo —respondió Amanda saliendo de la cama para cubrir su cuerpo con la camisa de Raymundo—, tampoco quiero besos por formulismo.

—¿Por eso no aceptaste que te besara en la ceremonia? —preguntó Raymundo mientras se ponía de pie.

Amanda asintió desviando la mirada del cuerpo de Raymundo que no tenía vergüenza de mostrar su desnudez.

—¿Qué besos esperas de mí? —murmuró cerca de su oído, pero al no obtener respuesta puso los dedos debajo de su barbilla para obligarla a mirarlo—. ¡Contesta! ¿Qué besos esperas de mí?

—Besos de amor —respondió con firmeza—, y tú me desprecias, Raymundo... Tu cuerpo responde al mío, pero tu corazón se niega a

entregarme lo que te pido.

—¿Me estás pidiendo amor? —exclamó Raymundo sorprendido por el giro de la conversación.

—Sé que no está estipulado en el contrato y...

Amanda no pudo seguir hablando por el nudo que se le hizo en la garganta.

¿Es que había enloquecido?, solo le faltaba confesar sus sentimientos para que Raymundo se riera de ella, entonces volvería a humillarla diciendo que no creía en sus palabras por considerarla una mujer insaciable que ahora iba detrás de toda su fortuna.

—Necesito que me aclares tus palabras —dijo Raymundo esperanzado en llegar al fondo de todo. Tal vez Amanda empezaba a entender que el dinero no

daba la felicidad.

Pero ella caminó hacia la puerta sin aclarar sus dudas y él no hizo nada para evitar que saliera de la habitación. Se quedó soportando el enorme vacío de un lugar que había acogido tanta pasión. Todo hablaba del deseo: las ropas en el suelo, las sábanas desordenadas y ese olor inconfundible que queda en el ambiente después de haber amado con locura. Porque él la había venerado no

solo con su cuerpo, sino con todo el corazón, reprimiendo los besos para no

terminar como un pelele sin voluntad dispuesto a recibir sus migajas.

Aspiraba a algo más, por eso se aventó a ese juego que se salía de control, o que quizá nunca tuvo entre sus manos.

—¡Qué imbécil que fui! —murmuró cayendo sobre la cama dándose cuenta de la verdad.

Amanda se escondió en la habitación de huéspedes donde estuvo con



Raymundo, ya no soportaba que la condenara y la tratara con distancia cuando

estaban fuera de la cama. Aceptaba su culpa en toda la situación en la que se vio envuelta, pero ahora no sabía qué hacer para dar marcha atrás y empezar

de nuevo. Lloró amargamente por todas sus equivocaciones. ¿De qué le servía la cuenta que ahora tenía en el banco? Solo para reafirmar lo que Raymundo

pensaba de ella.

—¿Qué haces aquí? —dijo Raymundo que había entrado en silencio a la habitación—. Te busqué por toda la casa...

—Era imposible que me marchara con esta ropa —contestó Amanda mientras se limpiaba las lágrimas con las yemas de los dedos.

—Te traje esto —agregó, señalando un abrigo de paño—. Hace mucho frío. Y de inmediato la envolvió con el saco para que se calentara.

—Estás helada —comentó, acunándola entre sus brazos.

—No me había dado cuenta... —murmuró Amanda mientras acomodaba la cabeza en su pecho.

—No me gusta que llores —dijo Raymundo apretándola contra él—. Quiero que seas feliz —y con cuidado la alejó un poco para mirarla a los ojos—.

¿Qué te tiene tan triste? Dime qué puedo hacer para verte sonreír.

—Dame una oportunidad —suplicó Amanda con voz temblorosa—, déjame demostrarte que no soy lo que tú crees.

—Entonces por qué me pediste dos millones de dólares para engendrar un hijo mío —expresó con dureza.

—¿Y por qué me ofreciste dinero para que lo hiciera?

Se miraron largo rato tratando de encontrarse en el silencio, pero el rencor se había levantado entre los dos impidiendo que la verdad saliera a relucir.

Ninguno era capaz de ver el amor que se tenían, solo eran conscientes de las palabras que dolían y que dejaban huella en el alma.

Raymundo se alejó de Amanda pensando que por fin veía con claridad. Se había repetido que no le importaba su pasado ni la ambición que la movía, cuando le dolía recordar que estuvo dispuesta a entregarse a Dominicci a cambio de un jugoso contrato de trabajo.

La amaba con todas sus fuerzas, pero de nada servía decirse mentiras. No le perdonaba que quisiera venderse como tampoco que aceptara el dinero para concebir. ¿Dónde quedaba el plan que había elaborado para retenerla a su lado? Otra mentira que se inventó para no hundirse en la desesperación.

Se había enredado en su telaraña y no sabía qué camino seguir. Siempre podía dar marcha atrás y alejarse de Amanda para siempre, pero aún no estaba

preparado para vivir sin ella, y no sabía si algún día lo estaría.

—¿Tanto me desprecias que no merezco una oportunidad? —murmuró

Amanda con voz entrecortada.

—No te desprecio —respondió con voz queda, pero se guardó una verdad que golpeaba su corazón. ¡Te amo!, repetía en su mente. ¡Te amo, mi amor!

—Entonces...

—Dejemos que las cosas fluyan... Luego, veremos. Por ahora regresemos a nuestro dormitorio, mañana saldremos de viaje.

—¿Adonde iremos? —preguntó mientras se dejaba llevar por Raymundo.

—Quiero que conozcas mis raíces —fue lo último que dijo antes de entrar al dormitorio que en adelante compartirían.

Se acostaron en silencio, pero sus cuerpos se buscaron para dejarse envolver por la quietud de la noche. Dos cuerpos abrazados respirando pausado, deseando entre sueños la conquista de un amor que ya tenían, pero que aún no descubrían.

Sus alientos se mezclaban entibiando el aire que se colaba por la ventana, y ellos sumergidos en las sombras sin saber que empezaban a entenderse debajo

del antifaz donde ocultaban sus sentimientos.

—¡Buenos días! —fue al saludo de Raymundo que entraba a la habitación con una rosa que acababa de cortar del jardín.

Amanda se desperezó, pero al tomar consciencia de la realidad saltó de un brinco de la cama.

—¡Dios mío!, me quedé dormida —exclamó desesperada—, dijiste que saldríamos de viaje. ¿Qué hora es?

—Tranquila, tenemos todo el tiempo para desayunar antes de tomar el avión.

—¿El avión? ¿Adonde iremos?

—Nos vamos a Arequipa, pero antes de comenzar el día quiero regalarte la

rosa de la paz, ¿aceptas?

Amanda se derritió ante la sonrisa que iluminó su rostro. Ni un asomo de dureza alteraba sus facciones mientras sus ojos la observaban.

Cogió la rosa pero sus dedos se entrelazaron en un íntimo contacto que ninguno quería romper. La emoción estaba en los dos alterándoles la respiración. Amanda respondía a su mirada sin saber que en sus ojos se agolpaban las lágrimas.

—Hoy no quiero lágrimas —dijo Raymundo mientras secaba sus ojos—, quiero que empecemos el primer día de nuestro matrimonio con una sonrisa, ¿qué dices?

—Es la mejor proposición que me han hecho en años —respondió Amanda dejándose llevar por la alegría.

Era difícil ocultar la felicidad cuando su corazón latía con fuerza. Ante ella veía a un hombre diferente que empezaba a enamorarla de manera sutil, imposible flaquear ante su encanto.

Raymundo besó su mano sin apartar los ojos de su rostro, en una clara invitación que Amanda no quiso ignorar.

Se quitó el abrigo que aún cubría su desnudez, y con engañosa calma ayudó a que Raymundo se preparara para unirse a ella en otro viaje de los sentidos, pero unidos por un sentimiento que se escondía entre caricias suaves y atrevidas; y entre palabras que morían en sus labios para no confesar el loco y profundo amor que se tenían.

Desayunaron en la terraza en compañía de Lourdes que no perdía detalle de los dedos entrelazados, ni de las miradas dulzonas mientras terminaban el café.

Raymundo hablaba de la hacienda a la que llevaría a Amanda y que

perteneció a sus antepasados. Ella lo escuchaba interesada en lo que decía.

Aquí hay amor, pensó Lourdes segura de que las cosas tomarían un nuevo rumbo, y confiada en su instinto que cada vez la sorprendía más.

—¿Puedes decirle al chofer que tenga todo listo? —dijo Raymundo a Prudencia cuando entró a recoger los servicios—, salimos en unos minutos.

—Veré si ya guardó el equipaje —respondió Prudencia antes de alejarse hacia el interior de la casa.

—Me habría gustado estar más preparada para este viaje —comentó Amanda con algo de fastidio—. No tengo ropa adecuada para una hacienda.

—No te preocupes que en la primera oportunidad saldremos de compras —aseguró Raymundo poniéndose en pie—. ¿Lista?

—¡Lista! —respondió Amanda, tomando la mano que él le ofrecía para emprender la aventura de conocerlo lejos de ofensas y malos entendidos.

En el trayecto al aeropuerto Amanda se enteró de que viajarían en el jet privado de Raymundo. Sabía que era un hombre de fortuna, pero nunca imaginó que dentro de sus posesiones además de haciendas y fábricas tenía un

hermoso Hawker 200, que la dejó sin palabras en cuanto lo vio. La nave tenía un distintivo que era la unión de las primeras letras de su nombre, y brillaba bajo el hangar que lo protegía de la llovizna de la mañana.

El piloto saludó a Raymundo y él la presentó como su esposa. Era la primera vez que la llamaban señora León, y no pudo evitar sentirse orgullosa de llevar el apellido del hombre que amaba.

Todo era nuevo y espectacular, pero lo que le encantaba era que él la tuviera de la mano y que cuando la mirara lo hiciera con ternura. ¿Tendré una esperanza? Se preguntó Amanda observándolo conversar con el capitán. El tiempo le daría la respuesta, por el momento pensaba disfrutar cada segundo que la vida le regalaba. La paz que en esos momentos sentía era una bendición que le daba felicidad. Su mano entrelazada en la suya una ilusión de que todo podía cambiar. Así que sonrió y llevada por un impulso lo besó en la mejilla, sorprendiendo a Raymundo que de repente la miró embelesado.

Al ingresar a la nave los recibió una azafata que los saludó con amabilidad.

El lujo la dejó impresionada. Los asientos de cuero eran de color crema y armonizaba con los matices de las alfombras y tapices.

Se acomodó en el asiento junto al de Raymundo, tratando de controlar su respiración. De pronto empezó a transpirar y sintió que se le enfriaban las manos. Quiso aparentar que todo seguía bien, pero la palidez de su rostro la delató.

—¿Te ocurre algo? —preguntó Raymundo con preocupación.

—Nada, es solo que...

El avión empezó a moverse y Amanda cerró los ojos mientras hacía puños con las manos.

Raymundo la abrazó presintiendo el motivo de su palidez, y de alguna manera se sintió responsable por su malestar.

—Me da vergüenza admitirlo, pero nunca había subido a un avión — confesó Amanda sintiendo la calidez de Raymundo.

—Me alegra que lo hicieras conmigo —respondió, y siguiendo un impulso la besó en la frente—. Nada va a pasar, yo estoy contigo.

La última frase entró directamente a su corazón. Era lo único que quería, que

él estuviera con ella hasta el final. Que la ame y que descubra la otra parte de su alma. Estaba segura de que podía hacerlo feliz, solo quería una oportunidad. Ella lo necesitaba para saber que le pertenecía a alguien, y Raymundo, para ser amado como solo ella podría hacerlo.

Durante el vuelo apenas pudo abrir los ojos. La sensación de mareo la tuvo todo el tiempo recostada sobre el pecho de Raymundo, escuchando su respiración y sintiendo cómo sus manos acariciaban sus cabellos en un tierno gesto que la conmovió profundamente.

—Señor León, en algunos minutos vamos a aterrizar —anunció la azafata—, deben colocar el respaldo en posición vertical.

—No se preocupe, deme algunos segundos. Amanda... —murmuró Raymundo buscando su mirada.

—Ya escuché... pero no dejes de abrazarme —dijo, abriendo los ojos.

El avión aterrizaba y ellos seguían en las nubes flotando entre palabras que encerraban tácitas promesas. Qué importaba si el avión tocaba suelo si los dos empezaban a entenderse. No había pasado que resquebrara la emoción que compartían.

Por unos instantes sus corazones latieron respondiendo al amor que ocultaban, y que lentamente se abría paso a la verdad.

## **Capítulo 10**

El piloto les dio la bienvenida a la ciudad, informándoles sobre el clima y las actividades que se realizarían por el aniversario de Arequipa.

Uno de sus autos los esperaba para llevarlos a la otrora hacienda de la

familia, ahora perteneciente a Raymundo, hijo único y heredero de la antigua dinastía de los León de Rivadeneyra.

Transitaron en medio de un valle que a lo lejos parecía rendirle culto al Misti.

—Pensé que en la cima del volcán habría más nieve —comentó Amanda sin dejar de observar la omnipotencia que dominaba el paisaje de Arequipa.

—La nieve desaparece y aparece según la estación, quizá ahora más por el calentamiento global —respondió Raymundo fascinado por la espontaneidad de Amanda, que jugaba con el viento sin importarle que le desordenara el cabello.

—Todo es precioso —expresó sonriendo a Raymundo, que agradecía en silencio tenerla a su lado.

Desde esa mañana las cosas marchaban mejor. Era fácil dejarse envolver por su encanto, disfrutar de su sonrisa lo hacía sentir el hombre más feliz. No estaba solo como otras veces, cuando hacía ese mismo recorrido con la vista en el camino, sin apreciar los campos o el aire puro que entraba por la ventana.

Observaba a su esposa y la veía radiante en un marco de luz que iluminaba su mirada. De repente tomó su mano y se la llevó a los labios queriendo calmar el deseo por sentir su boca junto a la suya, en un beso que anhelaba y temía.

—¿Esa es tu hacienda? —preguntó Amanda, interrumpiendo sus pensamientos.

—Nuestra hacienda —corrigió Raymundo, apretando su mano con ternura.



El auto se había desviado de la vía principal y avanzaba despacio por un camino polvoriento que llevaba a un portón de madera.

—Esto es impresionante —exclamó Amanda al ver los campos que se extendían más allá de sus ojos, con una exquisita vista del ganado pastando dentro de la propiedad.

La casona de estilo colonial era una construcción realizada íntegramente en sillar, rodeada de arcos que reflejaban la opulencia de una época que supo plasmar su autenticidad y belleza en una arquitectura que seguía en pie a lo largo de los años.

El auto se detuvo y Amanda no aguantó las ganas de bajar y levantar los brazos.

—¿Qué te parece? —preguntó Raymundo, mirando orgulloso lo que alguna vez debió ser un campo desierto y el sueño de sus antepasados, que él podía disfrutar gracias al esfuerzo de generaciones.

—No tengo palabras —dijo Amanda, expresando en sus facciones las emociones que la embargaban.

No era un sueño escuchar el silbido del viento mientras el sol calentaba su rostro. Sentir la paz de las montañas que cercaban el horizonte pintado de azul, donde las nubes en forma de copos eran otro atractivo que captaba su interés.

De repente volvió a sentir miedo por los malentendidos que aún estaban en el aire. Raymundo le había regalado una rosa de la paz, pero no significaba que olvidara el contrato prenupcial que había firmado.

Un perro salió a recibirlos y su ladrido fue la distracción que evitó que Amanda se hundiera en la tristeza.

Raymundo, que no la perdía de vista, percibió cada cambio en sus facciones: el ceño fruncido, la tirantez de su rostro y el esfuerzo que hizo por no llorar.

Se obligó a seguir como si nada pasara. Acarició al perro que un día apareció en la hacienda y que habían bautizado como Pulgoso, por los insectos que tenía adherido a su pelaje cuando llegó, pero sin dejar de observar a Amanda que de repente había perdido su alegría.

Entraron a la casona y ella apenas sonrió. Miró con interés las salas abovedadas y en silencio caminó hacia una de las ventanas.

Raymundo se acercó a ella agarrando con fuerza su bastón. No podía construir otra vida dejando a un lado el pasado o pretendiendo ignorar los problemas que tenían. Fue hermoso mientras duró, pero la realidad acababa de

aplantar el sueño que había empezado esa mañana. Amanda era su esposa, pero

no debía olvidar el contrato que tarde o temprano pondría fin a esa historia donde había pasión, deseo y una ambición que enlutaba el amor que sentía por

ella.

—Es el paisaje más hermoso que he visto en mi vida —murmuró Amanda, abrazándose para calmar el frío que empezaba a sentir—. Gracias, Raymundo.

—¿Y por qué las gracias? —preguntó mientras la giraba hacia él.

—Porque nunca olvidaré este día. Mi primer viaje en avión, las miradas que

me regalaste y las palabras tan dulces que me dijiste.

—Suenas a una despedida...

—Eso va a depender de ti —respondió Amanda con cierto temblor en la voz —, de la oportunidad que me quieras dar.

—¿Oportunidad para qué?

—Para amarte. Deja que te ame, Raymundo —suplicó.

—Si no tuviera en qué caerme muerto, ¿también querrías amarme? —dijo llevado por un impulso.

Amanda quedó como atontada ante las palabras que velaron la ilusión que hacía unas horas había sentido. Estaba de más cualquier esfuerzo por cambiar la situación. Aguantó la mirada de Raymundo haciendo un esfuerzo por no llorar. Volvía a tener frente a ella al hombre implacable que juzga y mata con la mirada. El que se cree dueño de la verdad y de la vida de todos.

—¿Por qué no respondes? —preguntó Raymundo mientras presionaba los dedos en la cintura de Amanda.

—¿Creerías en mi respuesta? —dijo ella retándolo con los ojos.

—Prueba... Puede que me convenzas.

La llegada del ama de llaves puso fin al juego de miradas donde encerraban sus rencores.

El amor había vuelto a ocultarse para dar cabida a la rabia que les nublaba el pensamiento. Ahora eran dos extraños comportándose con amabilidad frente a

una persona que era ajena a las batallas que mantenían por razones

equivocadas, disimulando el dolor y el desencanto que sentían.

—Buenos días, Teresa. Teresa te enseñará tu dormitorio —dijo Raymundo mientras jugaba con su bastón.

—¿Mi dormitorio? —repitió Amanda sin entender el fondo de sus palabras.

—Luego te alcanzo, tengo que encontrarme con el administrador —agregó, caminando hacia la puerta.

Amanda siguió a Teresa hasta unas escaleras talladas, cuya elegancia estaba a la altura de los vitrales que cubrían el ancho de la pared. Era una casona con mucha riqueza; las lámparas de fierro forjado que colgaban del techo eran auténticas piezas virreinales, así como el mobiliario y los marcos de pan de oro que adornaban las paredes.

La habitación que Teresa le enseñó eran dos piezas juntas con enormes ventanales. El armario de madera hacía juego con cada mueble que se distinguía por la armonía en sus tallados.

Amanda fijó la vista en la caja que estaba sobre la cama, pero esperó a que Teresa se marchara para saciar su curiosidad. Con sorpresa vio que era un vestido de fiesta de falda amplia y detalles de strass en la parte delantera, tan elegante como los que modelaba en Lima. En otro momento le habría dado el justo valor a la prenda, pero en ese instante la inquietaba el futuro inmediato de su relación.

Raymundo volvía a colocarla en una pendiente con las emociones a flor de piel, sintiendo culpa y arrepentimiento, y ya no le gustaba sentirse prisionera por un pecado que estaba purgando con creces.

De repente se abrió la puerta y Raymundo apareció con un aire de dueño y señor que la molestó.

—¿No te enseñaron a tocar antes de entrar? —exclamó Amanda iracunda, mirándolo con las manos en la cintura en espera de una respuesta violenta.

Pero Raymundo avanzó despacio mirando de reojo el vestido que Amanda había arrojado sobre la cama.

—Espero que el traje sea de tu talla —comentó indiferente al ánimo de Amanda—. Mañana tenemos una fiesta en el Jockey Club para recibir el aniversario de la Ciudad Blanca, y la esposa de mi administrador tuvo la gentileza de ayudarme con este detalle. ¿Te gusta?, porque si no es así estamos a tiempo de...

—Es increíble cómo te metes en todo y decides a voluntad —lo interrumpió malhumorada—. El vestido está precioso y sí... parece de mi medida, y me imagino que los zapatos que están en la bolsa también me vendrán perfectos.

Pero todo lo haces por vanidad, ¿no? Tu esposa debe lucir sensacional, una digna representante de la fortuna que hay detrás de ti.

—Veo que no estás de humor para...

—¿Y cómo quieres que me sienta? ¡Maldita sea! —volvió a interrumpirlo con rabia—, si me haces bailar de acuerdo a tu estado de ánimo. Me ofreces una rosa de la paz, luego compartimos momentos inolvidables, y cuando creo que todo irá mejor vuelves a humillarme.

—Qué fácil olvidas el contrato que firmaste —dijo Raymundo sin ocultar su molestia por ese detalle que lo cambiaba todo.

—Créeme que no lo olvido ni un instante —afirmó con energía—, y qué bueno que lo mencionas porque he decidido mandarte al diablo junto al dinero

que me diste.

—¿Crees que no reconozco tu juego? —expresó Raymundo, acercándose a ella con un brillo peligroso en los ojos—. Estás desesperada porque ahora quieres más, y como crees que estoy loco por ti pretendes utilizarme. Pero óyelo bien, Amanda... de mí no obtendrás ni un centavo más. ¿Lo entendiste?

Raymundo salió de la habitación cerrando de un golpe la puerta. Ella aprovechó para encerrarse con llave y llorar sin reparos por otra equivocación que la tenía sumida en la tristeza.

Estaba a tiempo de darle un giro a su vida. Ya había sufrido demasiadas humillaciones para seguir soportando maltratos que no merecía. Había tomado

una decisión y la llevaría a cabo cuanto antes. Se alejaría de él aunque nunca lo pudiera olvidar, era mejor rescatar su corazón a que terminara hecho pedazos.

Raymundo se encerró en su habitación, que antes perteneció a sus padres y a otros antepasados, sintiendo que ya no podía con tanta presión. Su matrimonio había llegado a su final sin haber tenido la oportunidad de luchar contra sus dudas y temores. Pudo más la presencia de un contrato que sus fuerzas para reflotar una relación que no tuvo un buen comienzo.

Los sueños de verla a su lado quedarían a merced de sus noches, así como los besos que nunca le dio por no delatar su amor. No pudo conquistarla y tampoco podía afrontar su fracaso. Le diría adiós y se marcharía por un tiempo del país, tal vez se resignaba a vivir sin ella o moriría poco a poco en el intento.

Amanda no respondió al llamado de Teresa para que fuera a almorzar, y tampoco contestó a la orden de Raymundo que más de una vez amenazó con romper la puerta si no la abría. Se mantuvo firme en su decisión de no volver a aceptar ningún tipo de imposición, como en sus épocas de adolescencia,

cuando consideraba injusta alguna orden de las hermanas y se resistía a obedecer. El cuarto de castigo era la consecuencia de sus actos, y no descartaba la posibilidad de que Raymundo la sorprendiera con algún tipo de sanción si

seguía dejándolo en ridículo frente a sus empleados.

Llegó la tarde y el paisaje se volvió melancólico bajo un cielo que empezaba a oscurecer. De repente, las montañas fueron una amenaza para su libertad y no quiso sentirse prisionera, no podría soportar la esclavitud de una vida donde su presencia no fuera importante. Salió de la habitación creyendo

que se ahogaba. Bajó deprisa sin percatarse de que Raymundo fumaba un cigarrillo cerca de una ventana. Solo era consciente de su necesidad de escapar, aunque estuviese cautiva de sus sentimientos, quería correr hasta cansarse y olvidar el camino que la llevaría de vuelta a la casona.

Se alejó sin mirar atrás envuelta en una nube de lágrimas que empañaban sus ojos. Corría como si escapara del mismo demonio, y solo huía del destino que la llevó junto a Raymundo para que siguiera pagando por sus errores.

De repente tropezó y cayó de bruces sobre la tierra. No hizo el intento por levantarse, ocultó su rostro bajo sus manos y siguió llorando. En algún momento sintió que no estaba sola, pero aun así no le importó que Raymundo la observara débil y expuesta a recibir agravios sin fuerzas para defenderse.

Qué le interesaba otra ofensa si sería la última que recibiría de su parte.

La noche llegó de golpe y la luz de una linterna alumbró el pequeño espacio que ocupaba. Entonces fue consciente del frío que quemaba su piel y que le impedía mover las piernas.

—Apóyate en mi mano —dijo Raymundo ofreciéndole ayuda para levantarse.

—Siempre he podido sola —respondió, y con mucho esfuerzo se puso de pie. Caminó con dificultad y rechazó el abrigo que Raymundo quiso poner sobre sus hombros. Todo había terminado y nunca más se dejaría engañar por pequeños gestos que no encerraban sentimientos.

Él la guió hasta la casona sin hacer otro intento por acercarse. Caminaron en silencio escuchando a lo lejos el aullido de un perro que les recordaba que no estaban solos. Pulgoso salió a recibirlos, pero ninguno hizo caso a la bienvenida cariñosa entre ladridos y movimientos de cola que se esmeraba en entregar. Raymundo abrió la puerta y Amanda siguió de largo hasta las escaleras.

—Daré la orden de que te suban la cena —dijo Raymundo en un tono suave que sorprendió a Amanda.

—No es necesario —respondió, deteniéndose en el primer escalón—, cuando quiera comer buscaré la cocina.

—¡Eres mi esposa! —afirmó Raymundo, volviendo a su posición de amo y señor—, y debes darte tu lugar. Aquí hay empleados a tu disposición. Solo tienes que pedir y ellos te atenderán.

Amanda volvió sus pasos hacia él para darse el gusto de expresar lo que había decidido. Después de mucho tiempo sentía que hacía lo correcto, y que era su deber hablarlo de frente para que Raymundo supiera a qué atenerse.

—Es cierto que ahora soy tu esposa, porque así lo dice un papel, pero eso no será por mucho tiempo.

—¿A qué te refieres? —preguntó, poniéndose en guardia.



No le gustaba la luz que brillaba en sus ojos. Amanda se veía diferente; la había gozado en muchas facetas: de mujer pasional, voluntariosa, frágil y tierna, pero la que tenía enfrente lo sorprendía tal vez porque no sabía cómo tratarla. Había seguridad en el tono de su voz, y una postura que infundía respeto y que no podía ignorar.

—Sé por qué te casaste conmigo —dijo Amanda sin ocultar el dolor que invadía su alma—. Lo del hijo ha sido una excusa, querías vengar la memoria de César haciéndome sufrir por lo que crees que le hice. Lo lograste, Raymundo, estoy sufriendo como nunca, pero también estoy decidida a dejar de hacerlo.

—¿Y qué piensas hacer? ¿Huir con el dinero que ya tienes en tu cuenta bancaria? —expresó con cinismo.

—No acostumbro huir, y tampoco soy una ladrona. Me divorciaré de ti y te devolveré hasta el último centavo, y podrás romper el contrato que firmé.

—¿Y realmente piensas que voy a creerte? —dijo con media sonrisa, aunque por dentro hervía de dolor.

—Si llegamos a este punto es precisamente porque nunca has creído en mí.

—¿Y por qué habría de hacerlo? —exclamó, aventando su bastón—, aceptaste dinero a cambio de abandonar a tu hijo. ¿Qué madre hace eso? ¡Por Dios!

—A mí me abandonaron en un basurero, como si no valiera nada —respondió Amanda antes de dar la vuelta y subir las escaleras.

Raymundo se quedó en el aire con semejante confesión, sintiéndose culpable

de no haber preguntado por su vida. Solo le interesó la relación que creyó que tuvo con su amigo y, al darse cuenta de que nunca existió, se concentró en su ambición olvidando la parte humana que tal vez dio origen a su comportamiento.

De repente volvió a recordar su fragilidad la mañana que se enfermó, y el miedo que transmitía aun estando inconsciente. Pero por centrarse en sus propios temores había olvidado los sufrimientos y soledad de la mujer que amaba.

Recogió su bastón y subió las escaleras dispuesto a conocer su pasado, esa parte de su vida que era verdad y que la había marcado para siempre. No iba a terminar su matrimonio sin conocerla un poco más, iba a darse la oportunidad

de mirarla a través de su historia.

La encontró sentada en el alféizar de la ventana llorando en silencio y con la mirada más triste que hubiera visto jamás. Al verlo, se limpió las lágrimas y bajó la mirada tratando de esconder su dolor.

Raymundo se sentó en uno de los sillones sin quitarle la vista de encima. No sabía qué decir ni cómo empezar una conversación que deseaba más que nada,

que tendría los visos de dolor que ella no había superado.

De repente escuchó la voz de Amanda y puso toda su atención en cada una de sus palabras.

—Crecí en un orfanato —dijo temblorosa, trayendo a la memoria momentos de su infancia que creía haber superado.

Las horas frente a una ventana viendo pasar el tiempo y observando el mar a través de barrotes, deseando estar del otro lado sin escuchar los gritos de las hermanas que las cuidaban. Los bulliciosos almuerzos donde no faltaba una discusión por un pan que alguien escondía, y las clases de religión con una hermana que siempre hablaba de amor, pero que nunca tuvo un gesto cariñoso con nadie.

Amanda abrió su alma para dejar que el dolor acumulado brotara a través de pasajes desafortunados, donde los castigos y la falta de cariño fueron cincelandos su corazón. Un día descubrió cómo había llegado a ese lugar, y el saber la verdad la volvió más rebelde e intolerable. En su ficha de ingreso figuraban los detalles de esa noche, cuando una patrulla recibió la llamada de un desconocido que denunciaba el llanto de un bebé dentro de un basural.

No traía más que una ropita de lana que encontró dentro de una bolsa de plástico, como único recuerdo de lo que probablemente su madre le había dejado. Desde ese momento se juró que se forjaría otro destino, y que cuando saliera del orfanato se preocuparía por triunfar a costa de lo que sea. Dejó de soñar con las cosas bonitas que salían en la tele para mirar hacia un futuro donde el dinero era lo único que importaba.

Raymundo la había escuchado haciendo un esfuerzo para no estrecharla entre sus brazos y calmar su llanto. La amaba más que nunca por todo el sufrimiento y la falta de amor que padeció, pero se mantuvo firme con las manos en el bastón apretando el mango de marfil.

—Jamás habría abandonado a un hijo mío —agregó Amanda con voz entrecortada—, y si acepté firmar ese contrato fue porque estaba segura de que jamás habría un niño que tuviera que olvidar, como hicieron conmigo.

—¿Qué dices? —preguntó Raymundo mientras se ponía en pie—. ¿De qué hablas, Amanda?

—De la verdad, Raymundo, planeaba tomar anticonceptivos para evitar embarazarme —le explicó, mirándolo fijamente.

—¿Por qué?

—Porque el dinero dejó de importarme, quería que te enamoraras de mí.

Raymundo levantó una ceja en un gesto inconsciente ante aquellas palabras inesperadas. Eran muchas sorpresas que no le daban tiempo de asimilar lo que

Amanda decía de manera natural, sin saber el efecto tan grande que ocasionaba dentro de su corazón. ¿Y si era verdad lo que ella decía? De repente, se asustó por las consecuencias del juego empezado sin saber la magnitud que

alcanzaría, y que comenzaba a tambalear sus pensamientos que lo mantuvieron

fuerte en su afán de controlar la situación.

—Tú solo quieres alimentar tu vanidad, tenerme en tus manos para hacer de mí lo que quieras —expresó sin mucho convencimiento—, pero no lo has logrado, Amanda. ¡No te amo!, y nunca lo haré.

Raymundo salió de la habitación deseando escapar de sí mismo. Por donde miraba encontraba dudas y palabras que no encajaban. Amanda le había abierto

el corazón al hablarle de su vida en el orfanato. Sintió su dolor, sus miedos y desengaños, y hasta entendió sus motivos para querer saltar a otro mundo bajo una idea equivocada. Entonces, ¿por qué le costaba creer que aceptó firmar el contrato para tener la oportunidad de enamorarlo?

Él también había tenido un motivo oculto para casarse con ella. ¿Por qué no

creer en sus palabras? ¿Por qué no pensar que lo amaba? De repente se inquietó, deseaba más que nada que fuera verdad, dejarse llevar por su mirada tierna, los pequeños gestos de cariño que tuvo hacia él, rendirse a su pedido de amor, pero la desconfianza que minaba su alma había contaminado sus sentimientos.

Caminó por la casona sin dejar de pensar en ella, por su torpeza puso fin a la armonía que disfrutaron. La necesitaba con desesperación, y ya no podía imaginar su vida sin ella. Amanda ya lo había dicho, pediría el divorcio y él no pondría ninguna objeción, tal vez con el tiempo podría ver las cosas con tranquilidad, pero en ese momento era imposible dejarse llevar por el corazón cuando por su culpa vivía sufriendo.

De repente vio que Amanda bajaba las escaleras y se perdía hacia una de las puertas. Sabía que buscaba la cocina, no había comido desde el desayuno y volvió a sentirse culpable. No esperó mucho para verla de vuelta con un pedazo de bizcocho que nunca faltaba en la cocina. Al verlo se detuvo, y por instinto escondió el dulce que llevaba en la mano.

—Me asustaste —dijo con temor.

—No fue mi intención...

—Solo bajé para comer algo —agregó, enseñándole el bizcocho—, me dio un poco de náuseas.

—Debe ser la altura, seguro que hay algo en la refrigeradora, regresemos a la cocina, no has almorzado y tampoco quisiste cenar.

—No tengo hambre y ya me siento bien. Hasta mañana.

—¡No te vayas! —dijo Raymundo al ver que subía las escaleras.

Amanda esperó a que él la alcanzara. Su corazón latía con fuerza y sin

esperanza. No podía controlar el temblor de su cuerpo, pero haría lo imposible para que él no lo notara.

—Quiero que sepas que no me casé por venganza —expresó Raymundo con voz suave, queriendo acabar con los malos entendidos.

—¿Y por qué lo hiciste? ¿Acaso porque querías tener un hijo de la mujer que desprecias? ¿O por demostrarme que era una ambiciosa que haría

cualquier cosa por dinero?

Amanda lo dejó en las escaleras luchando contra sus demonios.

Qué fácil era decirle que la amaba y que se había casado para conquistarla,

pero las palabras no salieron de sus labios. Escuchó que cerraba la puerta de su habitación y cayó sobre el peldaño, deseando estar a su lado. Necesitaba su calor, sentir sus manos por su cuerpo, emborracharse con sus besos para recordarla cuando ya no la tuviera entre sus brazos. Se levantó de golpe y a paso apurado llegó hasta el cuarto. Abrió la puerta y la vio a punto de quitarse la ropa. Amanda lo miró y siguió desvistiéndose sin prisa, con la vista en sus ojos, tentándolo a disfrutarla.

Raymundo se acercó agitado y deseando fundirse en ella. Levantó la mano y

con dedos palpitantes acarició sus senos dibujando el contorno. Sabía que Amanda lo deseaba, su cuerpo se lo decía en cada respiro que ella quería ahogar, igual que la primera vez, cuando se dejaron llevar por el deseo. La acarició sin prisa, pensando que tenía el poder cuando solo se torturaba por su abandono, esa muestra de sumisión que encendió su pasión y avivó sus ganas

de poseerla en cuerpo y alma.

Ahora la tenía para él, mostrando la plenitud de su hermosura. Ya no podía

con tanto deseo, así que la atrajo hacia él buscando el calor que anhelaba.

—Tienes mi cuerpo —murmuró Amanda en un tono triste que lo inquietó—,

puedo saciar tu deseo y calmar tu pasión. Puedo olvidar por un instante el rencor que nos tenemos, pero luego volveré a sufrir.

—¿Y qué es lo que quieres? —preguntó él a punto de capitular.

—Me habría gustado entregarte mi corazón, pero de nada sirve si no me amas, y nunca lo harás.

Amanda dio un paso atrás resistiendo su mirada. En algún momento

Raymundo agarró una bata y la cubrió. La vida le había ofrecido la oportunidad de recuperarla, pero no pudo con sus temores y volvió a negarse a la posibilidad de ser feliz.

—Trata de dormir... —dijo, y salió de la habitación cerrando con fuerza la puerta.

## **Capítulo 11**

Amanda contemplaba el amanecer en medio de la incertidumbre de no saber qué pasaría con su vida. Una vez que regresara a Lima tendría que buscar dónde vivir y no tenía para el anticipo de un alquiler. Podía buscar a Francisco, el estilista de Renzo Dominicci, con quien había mantenido una buena amistad

en el tiempo que trabajó para su staff de modelos. Él, alguna vez, se había ofrecido en caso de que necesitara su ayuda, y ahora era el momento.

Trabajaría como anfitriona, tenía buenos contactos que la ayudarían a salir

de su crisis financiera, luego visitaría a los diseñadores y con algo de suerte volvería a las pasarelas para retomar la carrera que empezó por casualidad cuando se inscribió en un concurso de belleza. Ese verano ganó el título de Miss Playas del Sur, luego la contrataron para promocionar una marca de cerveza y fue ascendiendo hasta que un diseñador le dio su primera oportunidad en la pasarela.

Se alejó de la ventana para recostarse en la cama, el cansancio empezaba a aflorar y se le hacía pesado mantener los ojos abiertos. Se abrigó hasta el cuello y en medio del sopor se fue perdiendo en la oscuridad. Escuchó que tocaban a la puerta, pero no se preocupó por saber quién era, solo quería dormir y escapar de sus pensamientos.

Raymundo entró a la habitación llevando una bandeja con el desayuno.

Desde afuera la había observado en la ventana con la cabeza sobre el cristal, ocultando sus ojos bajo su cabello platinado que ahora cubría la almohada.

Nunca debió ofrecerle dinero, el contrato se volvió en su contra matando toda posibilidad de entendimiento. ¿Por qué no le confesó que la quería?

La noche anterior le habría gustado aceptar su corazón, y olvidar la pesadilla que vivió desde que creyó que era la amante de su amigo. Quizá Amanda siempre dijo la verdad, no era la mujer que él pensaba.

La noche anterior había recordado ciertos momentos en los que César estuvo a punto de hablarle de Viviana, pero él jamás le dio la oportunidad, por creer que buscaba excusas para llevar otra relación. Tal vez quiso confiarle su dolor, y hablarle de cómo se sentía frente a la infidelidad de su esposa. Ahora se encontraba con una verdad que empezaba a brillar con luz propia. Amanda

era una mujer excepcional que se perdió en medio del dolor, pero que supo detenerse antes de atentar contra sí misma. Ya no podía tildarla de ambiciosa cuando se enfrentó a Dominicci para acabar con su equivocación. Tampoco podía culparla de haber firmado un contrato que ni ella ni él habrían llevado a cabo. Su matrimonio había terminado gracias a su torpeza y terquedad, y no tenía más remedio que ocultar su dolor bajo las cenizas de los recuerdos de ella bajo su cuerpo, respondiendo intensamente a sus caricias.

Trató de despertarla, pero Amanda no respondió a su llamado. Seguía dormida sin saber de su agonía, envuelta entre sueños que le permitían escapar de una realidad insoportable, donde la separación era la única alternativa para curar las heridas.



Amanda abrió los ojos y quedó sorprendida de ver a Raymundo durmiendo en el sofá. Dio una mirada a la bandeja con el desayuno, pero no la tentaron las delicias que habían preparado para ella. Se vistió en el baño y con cuidado salió de la habitación.

Ya era medio día y el sol calentaba, a pesar de la brisa helada que le pegaba en la cara. Caminó junto a Pulgoso, que parecía disfrutar de su presencia, recorrió parte de los campos y se entretuvo observando a los peones que transportaban grandes cantidades de leche a unos camiones refrigerados, pero

el ladrido del perro desvió su atención hacia Raymundo que se acercaba apoyado en su bastón.

—Por fin te encuentro, quería invitarte a almorzar —dijo en un tono amable.

Amanda no respondió, pero Pulgoso ladró con fuerza como si aceptara la invitación.

—No puedes estar sin comer —agregó Raymundo preocupado—, ayer te acostaste sin probar alimento y hoy no has desayunado.

—No tengo hambre, pero gracias por la invitación.

—Amanda, tenemos que hablar...

—Ya no hay nada qué decir, Raymundo. Te devolveré el dinero y me imagino que tus abogados se encargarán del resto. Y, como no hay nada que nos ate, cada quien seguirá su camino.

—¿Eso es lo que quieres? —preguntó Raymundo con la esperanza de que Amanda quisiera luchar por su matrimonio.

—Es la única salida para vivir en paz —respondió antes de dar la vuelta para regresar a la casona.

Raymundo fue tras ella decidido a una reconciliación, si no habían podido vivir como pareja podía intentar disfrutar las últimas horas en armonía. El avión iría a recogerlos al día siguiente, y quería pasar junto a ella cada segundo antes de dejarla en su pasado.

—Amanda, espera...

Ella se detuvo sintiendo que las fuerzas la abandonaban. Le costaba mostrarse indiferente, lo amaba profundamente.

—¿Qué quieres? —preguntó algo agresiva.

—No hemos ido a la ciudad y me gustaría invitarte a almorzar. Hay muchas picanterías donde se come rico y podemos elegir una. ¿Qué dices? ¿Nos damos una tregua antes de despedirnos para siempre?

Se miraron intensamente con el dolor reflejado en sus pupilas. Amanda por poco se deshace en lágrimas, y Raymundo se esforzó para controlar su respiración. Eran conscientes de que ya no podían arreglar las cosas, y que tal vez era mejor remendar las pocas horas que les quedaban antes de la separación.

Amanda aceptó la tregua, manteniendo su distancia. El chofer los llevó a la ciudad donde el alboroto por las fiestas tenía a todos contentos. Arequipa cumplía otro aniversario de su fundación, y se construía un enorme escenario en la plaza de Armas, para un concierto con cantantes y bandas que habían llegado exclusivamente para la celebración.

El auto siguió de largo y se detuvo en una avenida repleta de picanterías, que anunciaban sus menús en pizarras acrílicas.

El chofer les abrió la puerta y Raymundo le dio la mano, ella bajó observando todo con interés.

—Si no te gusta, podemos buscar otro restaurante —dijo Raymundo al verla indecisa.

—No, está bien... Estoy encantada por el olor, ha despertado mi apetito.

—Entonces, no se diga más... —sonrió Raymundo, guiándola hacia un restaurante donde lo saludaron con cariño.

El dueño les preparó una mesa y pronto el personal les ofreció una variedad de entradas con los platos regionales: el solterito, la ocopa, el rocoto relleno y una sopa de carne que el mozo presentó como chairo.

Comieron en medio de una conversación ligera que puso en segundo plano sus emociones, disfrutaban del momento y el bullicio del lugar.

—No pensé que pudiera comer tanto —dijo Amanda, dejando los cubiertos.

—Pero aún no has probado este picante de camarones. Toma... —exclamó Raymundo, mientras le acercaba el tenedor con un bocado.

Amanda se dejó llevar y se vio envuelta en la intimidad de compartir lo que quedaba del exquisito picante.

A la salida del restaurante caminaron por los alrededores, conversando sobre la ciudad y su sabrosa gastronomía.

Pasando por una calle, Amanda reparó en un local en alquiler, y pensó que sería un buen lugar para una pastelería. Cuando era adolescente se soñaba preparando los dulces y el pan, que había aprendido en la repostería del orfanato. Hacía años que no entraba a una cocina, pero los conocimientos estaban en su mente, así como las ganas de empezar una nueva vida. Las dudas

golpeaban su corazón. Si regresaba a Lima, siempre estaría expuesta y a la mano de Raymundo. ¿Y si se quedaba en Arequipa? Él jamás pensaría en buscarla en esa ciudad.

Regresaron a la hacienda, donde Pulgoso los recibió entre ladridos que Raymundo correspondió con gestos de cariño.

—Gracias, disfruté el almuerzo —dijo Amanda mientras caminaba hacia la puerta.

—No te vayas —suplicó Raymundo, olvidándose de Pulgoso que pedía más atención—. Esta noche estamos invitados a una fiesta, ¿recuerdas?

—No pensé que desearías ir...

—Nos haría bien compartir con otra gente, pero no podré pedirte que bailes conmigo porque esta pierna es un desastre —dijo, señalando la parte afectada.

—Está bien, ¿a qué hora quieres que esté lista?

—¿Te parece a las ocho? Podremos tomar un aperitivo antes de salir.

Amanda asintió antes de ir hacia las escaleras. Sería su última noche con Raymundo y le dieron ganas de que la viera radiante antes de que el glamour formara parte de su pasado, así como los vestidos entallados y llenos de brillo.

Arreglaría su cabello y escogería un maquillaje que pasara desapercibido.

Ahora sí sabía qué pasaría con su vida, y en medio de su tristeza se sintió complacida de haber encontrado por fin su verdadero camino.

A las siete ya se encontraba lista para bajar al salón, pero prefirió guardar su equipaje para que todo estuviera en orden por la mañana. Volvió a mirarse

en el espejo y quedó complacida con su apariencia. Raymundo no tendría objeción con los suaves tonos de sus sombras y el poco rubor que aplicó en sus mejillas. Giró suavemente y los pliegues de su falda se levantaron al vuelo.

El vestido parecía hecho a su medida, caía perfecto a lo largo de su cuerpo acomodándose a sus curvas en los lugares exactos.

No podía negar que la esposa del administrador tenía buen gusto, supo escoger una prenda que combinaba sobriedad y elegancia en un azul que completaba la fusión.

Bajó las escaleras y Raymundo salió a su encuentro con un traje de etiqueta que lo hacía lucir más formal. El bastón que llevaba tenía el mango de plata y armonizaba con su atuendo, que bajo las sombras de las lámparas le daba un aire señorial.

—Estás preciosa —murmuró Raymundo mirándola fijamente—, aunque eso ya lo sabes...

—Me gusta que me lo digas.

—¿En serio? —preguntó titubeante.

—Siempre quise gustarte, desde la primera vez, y aunque me repetía que te odiaba no dejaba de preguntarme si me encontrabas atractiva —confesó Amanda, queriendo cerrar esa noche en medio de verdades que ya no tenía caso seguir ocultando.

—Siempre pensé que eras única —respondió Raymundo, perdiéndose en la atmósfera de complicidad que se respiraba.

De repente eran dos extraños seduciéndose con las palabras, conscientes de que el reloj había empezado la cuenta regresiva para terminar con todo. Pero,

lejos de rendirse, jugaban el tiempo suplementario de un encuentro que solo los hizo sufrir. No importaban los rencores y las espinas que había en sus almas, deseaban esa noche para inventarse un sueño que no tuviera final.

Raymundo la guió hasta el salón y le sirvió un aperitivo que Amanda recibió con dedos trémulos.

—Quiero brindar por ti —dijo Raymundo, mirándola por encima de su copa—, porque la vida te cuide y te depare siempre lo mejor.

Amanda se perdió en su mirada, desconcertada por la sinceridad de sus palabras. Entre ellos jamás hubo una esperanza, pero en ese momento la luz del entendimiento flotaba como una suave melodía que entristecía el corazón.

—Me habría gustado ser yo el que te cuide —agregó Raymundo como en un murmullo—, pero por culpa de mi torpeza lo arruiné todo.

—No eres el único culpable —dijo Amanda dejando la copa sobre una mesa—, yo ayudé a que tus dudas se profundizaran.

—¿Y si aún estamos a tiempo de salvar nuestro matrimonio? —exclamó Raymundo esperanzado. No se resignaba a decirle adiós.

—No me amas —afirmó Amanda, retrocediendo para alejarse de él—, y de ahora en adelante solo me guiaré por los sentimientos.

—¿Y si te dijera que...

—Disculpe, señor... —dijo el chofer, interrumpiendo sin querer la conversación—, el auto está a su disposición.

—Gracias, Eugenio, salimos en un momento —expresó Raymundo, sin

desviar la mirada de Amanda, que había caminado hacia la ventana. Tenía muchas cosas que decir, pero ahora no era el momento. Después de la fiesta hablaría con ella y le confesaría la verdad, la única que existía desde que la vio por primera vez.

—Eugenio nos espera —comentó, caminando hacia ella.

Amanda se dejó llevar dispuesta a disfrutar de la noche. Raymundo ya no la condenaba y sentía calidez en su voz cuando se dirigía a ella. Sabía que habrían tenido una oportunidad si hubiesen sido otras las circunstancias que los rodearon.

Llegaron a la casona del Jockey Club. Una suave melodía recibía a los invitados, las risas se confundían con palabras sueltas que expresaban alegría, otros se preparaban para celebrar con una copa en la mano. El presidente del club se acercó a saludarlos, y Raymundo la presentó como su esposa.

Con el transcurso de los minutos Amanda se vio envuelta en una conversación intrascendente con la esposa del administrador de la hacienda, a quien aprovechó para agradecerle por el vestido que le escogió.

De repente todo fluía con normalidad. La cena se sirvió con elegancia mientras se escuchaban las notas suaves de un piano amenizando la charla, pero la repentina inquietud de Raymundo llamó la atención de Amanda.

—¿Te ocurre algo? —preguntó ella en un momento que lo vio pensativo.

—Nada, tal vez sea el momento de retirarnos —dijo, poniéndose en pie—, mañana partimos temprano.

—Como digas —respondió Amanda, lista para despedirse, pero el repentino alboroto hizo que volteara hacia una de las puertas.

Un grupo de modelos hacía su aparición provocando los aplausos de los presentes. El corazón de Amanda latió con fuerza al reconocer a cada una con

las que había desfilado para Renzo Dominicci, entonces supo que él aparecería en cualquier momento. Y no se equivocó, Renzo apareció de entre sus modelos

con poses de divo, aceptando los aplausos que el público le rendía de pie.

—Hace dos días fue el desfile. ¡Es un divino! El vestido que llevas es de su colección —le informó la esposa del administrador aplaudiendo.

Amanda se agarró de una silla para no caer. Cómo no se había fijado en la etiqueta si Renzo acostumbraba bordar sus iniciales. Miró a Raymundo y no tuvo duda de que él sabía que llegaría a la fiesta, por eso su inquietud y las miradas de soslayo hacia la puerta.

En un arranque de rabia caminó hasta la salida, dejando a Raymundo que no pudo alcanzarla debido a que un amigo lo retuvo. Ya en la calle no supo hacia dónde ir, y no encontró por ningún lado a Eugenio, el chofer que los había llevado al club.

—Esta sí que es una sorpresa —dijo Renzo, apareciendo de pronto junto a ella—. Jamás imaginé que ese vestido sería para ti, pero veo que no hay nadie que luzca mejor mis creaciones que tú. ¡Estás espléndida, *mia caral*

—¡Apártate de mi camino! —exclamó Amanda al ver que Renzo se le acercaba.

—No creas que he olvidado lo ocurrido entre nosotros, siempre podemos retomar lo que quedó pendiente —expresó, dejando en el aire su aliento a alcohol.

—¡Déjame! —exigió Amanda al sentir que tocaba sus mejillas.

—Nunca me quedo con las ganas —murmuró con rabia mientras trataba de



robarle un beso.

Pero Raymundo apareció y de un puñetazo lo aventó al suelo.

—No vuelvas a acercarte a mi esposa —amenazó iracundo, sujetándolo por el cuello de su camisa—. Si lo haces no voy a tener compasión, y sabes de lo que estoy hablando —agregó, propinándole otro golpe antes de recuperar su compostura.

—¿Llamo a la policía? —preguntó Eugenio, que de repente apareció ante ellos.

—No es necesario, Eugenio... el señor Dominicci ya entendió el mensaje.

¡Llévanos a la hacienda!

Amanda entró al auto rechazando la ayuda de Raymundo. Entre la rabia y el dolor lloró en silencio. Volvía a convencerse de que jamás podría vivir en paz a su lado. Su partida era inminente, había vuelto a la realidad y jamás volvería a salir de ella.

Bajó del auto y corrió dentro la casa. Raymundo la llamaba, pero ella siguió de largo sin escucharlo. Cerró la puerta de su habitación, pero antes de que pusiera cerrojo Raymundo la abrió con fuerza.

—¡Vete! —exclamó entre lágrimas—, no quiero volverte a ver.

—Lo sé, pero antes tienes que escucharme —exigió, dando un paso hacia ella.

Desde un inicio se habían enfrentado y ahora se preparaban para la batalla final. Estaba claro que no habría un ganador, ambos se despedirían con el mismo dolor y sin saber cómo sobrevivir a la soledad, pero era necesario confesar ciertas cosas, y Raymundo estaba decidido a hablar.

## Capítulo 12

Raymundo dejó a un lado su bastón y caminó hacia ella. Amanda lo retaba con

la mirada dispuesta a defenderse de sus ataques, pero Raymundo se perdió en sus ojos, calmando de a poco su ira.

—¡Perdóname! —dijo, y en su voz se notaba su arrepentimiento.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó Amanda mientras se limpiaba las

lágrimas con los dedos—. ¿Qué querías probar al tenerme frente a Renzo?

—No lo sé, y realmente nunca lo supe —murmuró cerca de su rostro—. Me

enteré lo del desfile y encargué un vestido para ti. Sabía que la esposa de mi administrador asistiría a ese evento, pero fue una sorpresa que no te opusieras a usar una de sus creaciones.

—No me di cuenta —dijo ella, apartándose de él—, apenas me enteré hace unos minutos cuando ella me lo dijo.

Raymundo volvió a acortar la distancia para tomar su mano.

—Mañana nos despediremos, pero antes quiero que sepas...

No pudo seguir hablando, la fuerza de sus sentimientos se agolpaban en su pecho quitándole la respiración. No era con palabras con las que tenía que confesar su amor, sino con hechos que revelaran lo que sentía.

Tomó su rostro con las manos, llevado por un impulso se apoderó de sus labios, dejando en la caricia sus anhelos, sus miedos y todo el amor que le llenaba el corazón.

Sus manos se unieron a los deseos para quitarle el vestido que llevaba. Ella

se amoldaba a sus brazos respondiendo al furor de sus labios que no dejaban de saborearla. En algún momento sus cuerpos se reconocieron y guiados por la pasión emprendieron la ruta del placer, acariciándose con premura bajo el aliento de sus bocas que se bebían con ansiedad.

—Raymundo... —murmuró Amanda, pero al instante olvidó lo que iba a decir.

Él volvió a atraparla con los labios mientras sus manos se entrelazan buscando aferrarse a esa verdad, donde sus cuerpos y sus almas se unían a través del amor.

—Amanda... —murmuró Raymundo, abrazándola contra él—, mi bello y explosivo amor.

Ella se dejó tentar por su calor para acurrucarse entre sus brazos. Lo que había pasado estaba fuera de toda lógica. Raymundo le había asegurado que no

la amaba y que nunca lo haría; sin embargo, la había besado con amor, y sus labios estaban hinchados por sus besos. La amó con todo su cuerpo, regalándole los latidos de su corazón que palpité junto al suyo mientras flotaban por el cielo.

Lo amaba profundamente, pero no podía insistir con ese sueño, a pesar de que la ilusión volvía a brotar dentro de su alma. La desconfianza se encargaría de enterrar esa quimera cada vez que su pasado se interpusiera entre los dos.

Renzo Dominicci era la prueba de que Raymundo nunca estaría seguro de su amor; quiso descubrirla tendiéndole una trampa para observar su reacción, tal vez con el afán de llegar a la conclusión de que nunca había estado

equivocado, y que ella podría saludarlo sin rencores, en aras de un futuro que Renzo le podía ofrecer ahora que recuperaba su libertad. Nunca dejaría de pensar que ella era una mujer ambiciosa y que utilizaba a los hombres a su antojo. Esa era la razón por la que debía marcharse, Raymundo siempre sería un hombre de fortuna y su dinero era el principal obstáculo entre los dos.

La luz que se filtraba a través de las cortinas la despertó. Raymundo estaba a su lado, mirándola embelesado mientras ella se desperezaba.

—¿Qué hora es? —preguntó solo por decir algo.

—Qué importa la hora si estamos juntos —respondió Raymundo, y con ternura la besó en los labios.

Amanda levantó la mano y la dejó caer sobre su rostro. Respondía a sus besos sabiendo que serían sus últimas caricias. Era una agonía tener que despedirse cuando el amor empezaba a iluminar sus vidas. Ahora lo sabía, Raymundo la amaba tal vez a pesar de sí mismo, pero sentía por ella el mismo

sentimiento que la ataba para siempre a él.

—Amanda... es necesario que hablemos —dijo agitado—, pero si seguimos en la cama va a ser imposible que eso suceda.

—Lo sé... —respondió entre besos—, pero en estos momentos no quiero hablar. Ámame —suplicó—, ámame por última vez.

Raymundo descubrió en sus ojos una verdad que no podía asimilar. Nada había cambiado, la despedida era inminente y con ello el sufrimiento que tendría que soportar.

No habría palabras ni promesas que la detuvieran junto a él. El daño era tan grande que solo con la distancia podría haber una esperanza. Le entregó su corazón en cada movimiento, así como ella le dio el suyo en los besos que

dejó sobre su boca. Fueron fuego, deseo y pasión mientras sus cuerpos se despedían sin promesas.

Se vistieron en silencio, evitando las miradas que solo les causarían más sufrimiento. Después del desayuno esperaron a que Eugenio apareciera con el auto. Entonces Raymundo la miró y sintió que debía volver a luchar por ella.

—No debemos separarnos —dijo desesperado, sujetándola por la cintura—.

Yo te amo, Amanda... siempre te amé, por eso me casé contigo, para tratar de

conquistarte.

—Y yo acepté por los mismos motivos, mi amor... —respondió con voz temblorosa, sintiendo que no había mejor momento para decir la verdad—. Te

amo y ojalá que algún día lo aceptes de corazón, sin dudas y sin miedos.

—Sé que me amas, Amanda... No es necesario que nos digamos adiós.

Podemos comenzar de nuevo. Siempre estuve equivocado con respecto a ti, y ahora lo sé, como sé que no puedo vivir sin ti. ¡Acepta, por nuestro amor!

—Por eso es mejor separarnos, nuestro amor merece una oportunidad, lejos de los malos recuerdos —dijo con dolor, sabiendo que era el único camino para alejar la bruma—. Tal vez algún día nos encontremos y entonces me verás como una mujer diferente... y yo lucharé para que sea así. Estarás orgulloso de mí, Raymundo.

—Ya lo estoy, Amanda... No cualquiera logra vencer el infortunio para salir adelante. Te equivocaste y te volviste a levantar con la mirada en alto, así que no tienes que demostrarme nada —añadió con la fuerza del amor que le corría por las venas.

Pero las palabras no bastaron para que Amanda siguiera fielmente con sus planes.

—No viajaré contigo —anunció, sorprendiendo a Raymundo que aún guardaba la esperanza de convencerla durante el vuelo de regreso a Lima—, necesito estar sola para pensar. ¿Puedo quedarme unos días en la hacienda?

—¡Por Dios, Amanda!, si esta hacienda es tuya, puedes quedarte el tiempo que quieras, y yo puedo hacerlo en la casa de huéspedes que está cerca del río, prometo que no te molestaré y que no me acercaré por acá, pero déjame estar

a tu lado.

—Por favor, Raymundo. ¿Es que aún no entiendes que nos estamos jugando la vida?

Lo que Raymundo entendió fue que le esperaba un largo camino hacia cualquier parte, sin Amanda no tenía hogar ni un rincón donde abrigar su corazón.

—Quiero entregarte esto... —dijo Amanda alcanzándole un sobre manila.

—¿Qué es? —preguntó Raymundo con el ceño fruncido.

—Las fotos que César me dio a guardar y que confirman la infidelidad de Viviana.

Raymundo rompió el sobre antes de volver a mirarla.

—No tienes que demostrarme nada. Ahora me doy cuenta de que siempre debí confiar en ti.

Se despidió de ella con un beso que guardó en el alma y que no sabía si le duraría toda la vida. Entendía sus razones para la separación, era el culpable

de sus miedos y de que quisiera demostrarle que ya no había ambición en su corazón. Él sabía que no era necesario, ahora confiaba en su amor y en su entrega desinteresada, pero entendía que era importante para ella ganarse su respeto y credibilidad con hechos que hablaran de su cambio.

Raymundo se alejó de la hacienda. Amanda lo despidió con el corazón desangrado, sin saber si podría demostrarle que era una mujer diferente. Le esperaban momentos difíciles, pero confiaba en la fuerza de su amor para no amilanarse y resistir el dolor de vivir lejos de su único amor.

### **Capítulo 13**

Amanda dio una última mirada a las empanadas en el horno. Tenía que controlar sus nervios si no quería enloquecer. El colegio de los mellizos había organizado un paseo a la hacienda de Raymundo y, aunque él ya no vivía en el

país, le producía temor que sus hijos entraran a la hacienda de su padre. Pero nada pudo hacer para luchar contra el entusiasmo de Ray y de Milagros, sobre

todo si tenían el apoyo de Hermelinda, su amiga y socia en el negocio de la pastelería. Ella la convenció de que no había razón para alterarse, un paseo no revelaría el secreto que guardaba hacía seis años, cuando descubrió que llevaba en el vientre dos vidas que debía proteger y amar por sobre todas las cosas.

De repente su pasado había vuelto con fuerza avivando viejos recuerdos que

aprendió a esconder. La soledad en la que se encontró después de la despedida; el haber renunciado a su amor para conquistar un lugar sin dobleces y a base

de esfuerzo.

Aquella mañana había regresado a la ciudad buscando el local que ofrecían en alquiler. El dinero que tenía no era suficiente para el enganche, pero Dios

puso en su camino a Hermelinda cuando regresaba de hablar con la propietaria

del local.

Tropezó con ella que venía cabizbaja sin saber qué hacer con su vida, su esposo había muerto y no encontraba consuelo para su dolor. Al verla llorosa, Amanda le preguntó si podía ayudarla. Continuaron la conversación en una pastelería mientras tomaban un jugo y hablaban sobre un futuro incierto, que

se fue aclarando con el transcurrir de los minutos.

Hermelinda, al saber de los planes de Amanda, decidió proponerse como soda capitalista, y desde entonces ambas se comprometieron en sacar adelante

un negocio que había crecido en esos seis años. Había adquirido prestigio no

solo con la gente de los alrededores, sino con turistas que luego de visitar las picanterías se daban un tiempo para refrescarse con el delicioso queso helado que Samuel preparaba, un trabajador que no tuvo reparo en compartir la receta de su madre para llevar más clientela al local.

Ahora el negocio contaba con personal que la ayudaba en la preparación de los panes y los pasteles, pero Amanda siempre se daba un tiempo para hacer las empanadas, que eran su especialidad.

—¿Preocupada? —preguntó Hermelinda que había entrado en silencio a la cocina—. Nada va a pasar, te aseguro que en este momento tus hijos están felices corriendo por esa hacienda.

—No me tranquiliza tu comentario —dijo Amanda, jugando con la taza

entre las manos—. Milagros y Ray son dos niños muy inquietos y en un descuido pueden acercarse a los animales y...

—No te atormentes —la interrumpió Hermelinda—, esos niños saben dónde está el peligro, así que cambia de cara y prepárate para la noticia.



—¿No me digas que dijeron que sí? —dijo Amanda, abriendo los ojos emocionada.

—Ganamos la licitación, y desde ahora tendremos la concesión de la cafetería de la mina, ¿qué dices?

Era otra entrada que les permitiría vivir sin problemas mientras terminaban de pagar la deuda con el banco. Habían empezado a construir un segundo piso para dar más comodidad a los clientes.

La vida le había ofrecido la oportunidad de reivindicarse, pero Raymundo no supo esperar. Cuando se enteró de que estaba embarazada lo buscó en su oficina, pero su secretaria le informó que no se encontraba en el país y que tardaría mucho en regresar. Quiso hablar con Lourdes para que ella le informara de que sería papá, pero Prudencia le comentó que se había ido a estudiar una maestría en el extranjero.

Vivió pendiente del regreso de Raymundo, hasta que las páginas de una revista publicaron unas fotos donde se le veía muy contento con una bella mujer "... en romántica compañía de la empresaria alemana...", era la leyenda del retrato.

Tuvo dudas y terminó pensando que era mejor no estropear su felicidad con una noticia que tal vez no sería bien recibida, pero no había día en que la conciencia no la torturara. Milagros y Ray tenían derecho a saber su origen y él a decidir si los quería en su vida. Y no como ella que no sabía de dónde venía. Su historia comenzaba en un orfanato, sin nombres y sin recuerdos que la aten a un pasado que habría querido tener.

Desde el pórtico de la casona, Raymundo observaba a dos niños que no dejaban de correr por los campos, poniendo en apuros a una profesora que hacía notables esfuerzos por controlarlos.

Nunca debió regresar a la hacienda, pero Lourdes lo había convencido.

Desde que entró a sus tierras los recuerdos estaban a flor de piel, doliendo y profundizando una herida que nunca sanaría. En ese lugar vivió los momentos

más felices de su vida, y los más dolorosos. Estaba decidido a deshacerse de todo, ya no quería nada que la recordara. Por eso estaba de vuelta, debía firmar los papeles de la venta. Cerraría el trato y pondría punto final a esa parte de su vida que debía olvidar, aunque era consciente de que tal vez nunca lo lograría.

Se había marchado del país para no correr tras Amanda, le dio un espacio para que buscara sus respuestas y se sintiera confiada en el amor que se tenían, pero cuando regresó no hubo manera de dar con su paradero. No había vuelto

a modelar y nadie sabía de ella, lo último que supo fue que le devolvió el millón de dólares y que en alguna ocasión había tratado de ubicarlo. Se angustió al imaginar que quizá necesitaba su ayuda, pero no regresó a su oficina ni hubo una llamada de su parte.

Habían pasado ya seis años, y había perdido la esperanza de encontrarla. Tal vez vivía en otro país, con otro, mientras él seguía recordándola con la misma intensidad. Amanda seguía siendo su esposa, la que no tenía en su lecho, la mujer a quien no podía abrazar ni acariciar, su dulce recuerdo y la pasión que nunca más volvió a sentir. Era su agonía y su despertar.

Hizo a un lado sus pensamientos para mirar a los dos niños que seguían haciendo de las suyas. De repente se alejaron del grupo y empezaron una carrera directamente hacia él, entonces se puso en guardia, presintiendo que algo malo pasaría.

—¡Ray! ¡Milagros! —gritó una mujer que trataba de alcanzarlos luchando contra el peso de su cuerpo—. Tienen que obedecer. ¡Regresen con los demás!

Pero Milagros siguió corriendo a toda velocidad y de repente cayó sobre el jardín. Su llanto estremeció a Raymundo, que en un segundo llegó hasta ella para ayudarla.

—No pasa nada —dijo, moviendo sus piernas para comprobar que no tenía fractura.

Pero Milagros siguió llorando alterando la tranquilidad de la mañana.

—Solo fue un susto —agregó Raymundo, ayudándola a levantarse—, y los sustos se curan con un vaso de yogurt. ¿Qué dices? ¿Te gusta el yogurt?

—Sí le gusta —respondió Ray, plantándose frente a él—: Pero, ¿a mí también me puedes invitar?

Raymundo reparó en el niño y por un instante pensó que lo había visto en alguna parte.

—Ella es una llorona... —afirmó, y dirigiéndose a Milagros, agregó—, espera a que le cuente a mi mami. Se va a enojar contigo.

—A mi mami, nooo... —respondió Milagros, limpiándose la cara con las manitas sucias—, después no me va a dejar ir al otro paseo.

—¿Qué te parece si olvidamos todo y les invito un bizcocho? —dijo

Raymundo, dirigiéndose a Ray que parecía ser el portavoz de los dos.

—Yo quiero —respondió entusiasmado, pero Raymundo no lo escuchó, había vuelto al pasado a través de la mirada de Milagros.

Los mismos ojos almendrados de Amanda, la forma de su nariz y hasta los

pequeños hoyuelos que se formaban en sus mejillas. No estaba fantaseando, ¡esa niña era una réplica de su esposa! Su corazón latió embravecido. ¿Se había vuelto loco? ¿Cuántos años tenía esa niña? ¿Quizá cinco? ¿O seis? Su desesperación lo llevaba a imaginar locuras. Esos niños eran hermanos y se veía que ella era la menor, y eso anulaba cualquier posibilidad.

—¡Milagros!, ¿estás bien? —preguntó la profesora que acababa de llegar toda agitada.

—Me duele un poco la pierna, pero con el bizcocho me voy a curar — respondió con inocencia.

—Y también con el yogurt, ¿no es cierto? —agregó Ray, mirando a Raymundo que de repente volvía a pensar si Amanda había quedado embarazada.

En alguna ocasión se torturó con ese pensamiento, pero luego lo desechó porque Amanda jamás le negaría el derecho de conocer a sus hijos. Ella más que nadie conocía el sufrimiento de crecer sin padres, y no condenaría a sus hijos a ese dolor.

De repente se fijó en el niño y pensó que le recordaba a él cuando tenía pocos años. El cabello castaño, los ojazos azules, y si se arriesgaba a ser más preciso diría que hasta sus labios eran contorneados como los suyos.

—Disculpe, señor... —dijo la profesora interrumpiendo sus pensamientos

—, soy la encargada del paseo, y le había prometido al administrador que los niños se portarían bien, no quería...

—Tranquilícese, no ha pasado nada —la interrumpió Raymundo, queriendo calmarla—. Soy Raymundo León, el dueño —se presentó, extendiendo la

mano para saludarla.

—Yo también me llamo Raymundo León —afirmó Ray con orgullo—, y mi papá también tiene una hacienda.

Por algunos segundos se quedó en el aire sin saber qué pensar, solo sus ojos viajaban de un lado a otro analizando a esos pequeños que se parecían a él y a la mujer que amaba.

—¡Dios mío! —murmuró al recordar que provenía de una familia donde más de uno tuvo mellizos.

Tenía que calmarse, podía ser una coincidencia, aunque sentía que la verdad estaba frente a sus ojos.

Todo el tiempo buscó a Amanda en los lugares equivocados cuando ella nunca se marchó de Arequipa. Lourdes siempre tuvo razón, pero no era novedad que no le hiciera caso y que desperdiciara los años en una búsqueda

que nunca daría resultados. Alguna vez se preguntó cómo habrían sido sus hijos, y la respuesta la tenía en sus narices. La fuerza de la sangre empezaba a clamar dentro de su corazón. ¡Esos niños eran sus hijos!, bastaba mirarlos para saber que llevaban su sangre. Esos días inolvidables de pasión y locura habían dejado un hermoso recuerdo que era vida y felicidad, pero también la posibilidad de un reencuentro con Amanda.

—Escuché un llanto... —dijo Lourdes, apareciendo de repente—. ¿Qué pasó, Raymundo?

La palidez de su rostro llamó su atención y entonces miró a los niños que la miraban con curiosidad.

—¿A que no sabes cómo se llama el niño? —dijo Raymundo agitado.

—Tengo que regresar con el grupo... —interrumpió la profesora, ajena a la tensión que se respiraba.

—Vaya tranquila... —respondió Raymundo sin quitar la mirada de los niños —, yo me encargo de ellos.

La profesora se alejó aliviada de tener unos minutos para descansar. Desde que habían salido de la ciudad no hizo otra cosa que cuidarlos, y quería recuperarse antes que regresaran con ella.

—Dile a Lourdes cómo te llamas —le pidió Raymundo al niño.

—Soy Raymundo León, pero mi mamá me llama Ray, y esta llorona es mi hermana.

—Somos mellizos y tenemos seis años —dijo Milagros.

—Así que ustedes son hermanos —dijo Raymundo llevado por la ilusión.

—Tranquilo, Raymundo —intervino Lourdes en su afán de que tomara las cosas con calma.

—... Pero yo soy el mayor porque nací primero, por eso soy más alto que ella.

—No es verdad... —se quejó Milagros, olvidando el dolor de la pierna—, los dos somos iguales, mamá siempre lo dice.

—¿Y cómo se llama tu mamá? —preguntó Raymundo, esperando que el niño confirmara lo que su corazón ya había concebido como verdad.

—Amanda —respondió sin saber que estaba en medio de un interrogatorio,

donde el presente podía reconciliarse con el pasado—, y mi papá Raymundo, pero él no vive con nosotros.

—¡Dios mío! —exclamó Lourdes, mientras se llevaba la mano a la boca.

—Ni siquiera lo conocemos —agregó Milagros sin imaginar que Raymundo tenía el corazón encogido.

—Pero mi mamá dice que está de viaje y que algún día va a regresar. Y tiene una hacienda bien grande... —comentó Ray entusiasmado.

—Con muchas vacas y un perro que se llama Pulgoso... —agregó Milagros uniéndose al entusiasmo de Ray.

—Pulgoso ya murió —respondió Raymundo con una voz lejana.

—¿Y cómo lo sabes? —preguntó Ray, mirándolo con curiosidad.

—Ellos son... —dijo Lourdes, pero no pudo seguir hablando por la emoción.

—Sí, Lourdes... no hay duda. Ellos son mis hijos —murmuró Raymundo con voz temblorosa, sin que ellos escucharan—. ¡Mis hijos!

Las emociones fluctuaban en su interior llevándolo de la tristeza a la alegría.

En los últimos años vivió con la esperanza de encontrarse con Amanda. Le angustiaba pensar que pasara necesidades cuando él podía ofrecerle todo cuanto tenía, y entonces se revelaba contra Amanda y su necedad de querer abrirse un camino para que estuviese orgulloso de ella.

Miró a sus hijos y tuvo que controlarse para no abrazarlos, se moría de ganas de decirles que era su papá y que por fin había regresado de viaje, pero sabía que no era el momento. Primero tenía que hablar con Amanda para que

le explicara su decisión de ocultarle su paternidad, nunca más la juzgaría sin escucharla y tratar de entenderla. Amanda le había hecho el regalo más grande de la vida, y solo podía agradecerle con todo el amor que seguía sintiendo por ella.

—¿Estás llorando? —preguntó Milagros al tiempo que le jalaba la camisa.

Raymundo se puso en cuclillas para estar a su altura y mirarla a los ojos. De repente levantó las manos y le acarició el cabello rindiéndose a sus lágrimas.

¡Era su hija! Al diablo con los formulismos si moría de ganas por estrecharla entre sus brazos.

—Raymundo... no vayas a asustar a la niña —dijo Lourdes, anticipándose a sus deseos.

—Tienes razón... —respondió, recuperando el control mientras se ponía en pie—. Ahora es momento de saborear un delicioso yogurt de fresa con un bizcocho recién horneado. ¿Qué dicen? —preguntó, mirando a los niños.

—Yo me muero de hambre —contestó Ray entusiasmado.

—Y yo también... —agregó Milagros que de manera natural cogió la mano de Raymundo para que la llevara a la casona.

Lourdes iba con ellos tratando de ocultar sus lágrimas. Había sufrido la soledad de Raymundo, su tristeza al no encontrar a Amanda, la angustia en la que a veces se encerraba al imaginarla en situaciones extremas luchando por salir adelante. No entendía el silencio de Amanda, pero tenía la seguridad de que todo cambiaría cuando volvieran a encontrarse.

Amanda miraba angustiada el segundo bus del colegio que llegaba sin sus hijos. Apenas había almorzado por la preocupación de saberlos dentro la propiedad de Raymundo. No importaba que él no estuviera en la hacienda, igual estaba nerviosa por la verdad que callaba y que la condenaba.



—Miss Patty... —dijo, dirigiéndose a una profesora que batallaba con unos niños—, no veo a mis hijos.

—Los niños hicieron buenas migas con el dueño de la hacienda y él los está trayendo en su auto —respondió sin reparar en la súbita palidez de Amanda.

Ella empezó a caminar ajena al alboroto de los niños. No le preocupó el hecho de que Raymundo estuviera con sus hijos, sino de que hubiese regresado

a Arequipa. ¿Estaría acompañado por esa mujer?

Se sentó sobre una banca escuchando los latidos de su corazón. Hacía años que la emoción no la alteraba hasta el punto de creer que podía desmayarse, pero era cierto que todos sus sentidos estaban en alerta esperando el momento de volver a verlo.

—Ahí están... —dijo la profesora, señalando hacia un auto Jaguar color plata que acababa de estacionarse frente al colegio.

Un fuerte temblor sacudió su cuerpo, mientras se ponía en pie para enfrentar con valentía al hombre que seguía amando.

—¡Mami, mami! —gritaron los niños al verla.

Amanda sonrió por reflejo, pero sus ojos no perdían de vista al hombre vestido de negro que caminaba directamente hacia ella. Seguía usando su bastón, y aún tenía en la mirada esa chispa que siempre la encendió y que volvía a calentar su sangre.

—¿A que no sabes lo que le pasó a Milagros? —dijo Ray, decidido a informarle sobre la caída que había tenido su hermana.

Amanda no lo escuchó, toda su atención se encontraba en Raymundo que no

hacía más que amarla con los ojos y el corazón. Le gustaba la mujer que tenía enfrente, ya no llevaba el cabello platinado ni vestía con ropa llamativa, pero se veía más cálida y más hermosa. Ahora sus ojos eran del mismo color de sus

cabellos que el viento despeinaba a su antojo.

—Qué puedo decirte después de tantos años —dijo Raymundo, atrapando un mechón de sus cabellos para envolverlo entre sus dedos—, que te sigo necesitando y te sigo amando como el primer día —agregó con emoción.

—Raymundo...

Pero él puso los dedos sobre sus labios para evitar que siguiera hablando.

—Quería preguntarte muchas cosas, pero todo puede esperar. Lo único que importa es que volví a encontrarte y que me muero por saber si aún me amas.

Los niños hablaban alrededor, pero para ellos no había más paisaje que sus rostros amados y soñados por tanto tiempo.

—Te amo, Raymundo... Nunca dejé de amarte.

—Eso es lo único que quería escuchar —respondió Raymundo, antes de acercarla hacia sus labios para calmar los años que rondaban por su boca.

Los besos que esperaron con ansias ahora se hacían realidad en medio de un

público que los miraba expectantes. Raymundo la atraía hacia su cuerpo acariciando su espalda, y ella se dejaba llevar sin importarles dónde estaba y lo que la gente pudiera pensar. Solo respondía al beso más esperado de toda su vida, entregando su angustia y su dolor por la ausencia de tantos años, pero ofreciendo también todo el amor que le cabía en el corazón.

Cuando volvieron a la realidad les sorprendió escuchar el aplauso

emocionado de los que conocían a Amanda. Para ellos era una mujer ejemplar,

trabajadora y honesta que vivía preocupada por sus hijos. Siempre se preguntaron por el paradero del padre, y ahora por fin tenían la respuesta.

—Gracias por los aplausos —dijo Raymundo un poco avergonzado—, me imagino que conocen a Amanda, pues ahora quiero presentarme. Soy Raymundo León, su esposo y padre de sus hijos.

El inesperado anuncio arrancó más aplausos que opacaron por un momento los gritos de felicidad de Milagros y Ray, quienes exclamaban entusiasmados que por fin su papá había regresado de viaje.

## **Ep í l o g o**

La felicidad no se dejó de sentir mientras Raymundo compartía el baño de los niños. Ayudaba a Amanda en una tarea que le agradaba y que de ahora en adelante sería parte de su vida.

Estaba encantado con la facilidad con que sus hijos lo habían aceptado.

Milagros era más abierta para expresar sus emociones, y cada vez que podía lo abrazaba, diciéndole que lo había extrañado. En cambio Ray era más formal y

no dejaba de mirarlo con curiosidad.

—¿Es verdad que vamos a vivir en tu hacienda? —preguntó Milagros mientras Raymundo la arropaba.

—Es la hacienda de todos, la pensaba vender, pero ahora que los encontré viviremos ahí... Voy a arreglar con tu mamá para que se muden cuanto antes.

—Yo quiero un perro —pidió Ray que se había vuelto a sentar sobre la cama—. Mi mami nunca quiso comprarme uno, dice que el departamento es muy pequeño para una mascota.

—Tu mamá tiene razón —respondió Raymundo al tiempo que lo volvía a meter bajo las frazadas—, pero la hacienda es muy grande y podremos tener todos los perros que quieras.

Fue difícil que los niños dejaran de hablar, cuando el entusiasmo por una nueva vida los tenía despiertos. Raymundo estuvo con ellos hasta que el cansancio los venció y pudo apagar la luz para ir al encuentro de Amanda.

Ella lo esperaba en la pequeña salita de su departamento, nerviosa y anhelante, pero también con la ilusión de que por fin todo se aclararía.

—Son incansables —dijo Raymundo, caminando hacia ella con una sonrisa—, me imagino que todos los días debes quedar agotada.

—Pero feliz —respondió Amanda, sintiéndose culpable de haberlo privado de la dicha de ser padre—. Raymundo... ojalá puedas perdonarme.

—No hay nada que perdonar —respondió con sinceridad y poniendo al amor por delante—. Es cierto que quiero saber los motivos que te llevaron a ocultarme la verdad, pero no hay rencor, Amanda. Te amo, y no perderé tiempo en discusiones cuando solo deseo ser feliz.

Amanda respondió a su mirada cargada de esperanza. Él estaba de vuelta dispuesto a continuar con la vida que dejaron al aire. La amaba y ella correspondía con intensidad a sus sentimientos. Lo demás lo podían aclarar en medio de un ambiente de comprensión y sinceridad.

—Te busqué cuando me enteré de que estaba embarazada —dijo ella,

empezando con un relato que revivía viejos sufrimientos—, pero tu secretaria

me dijo que estabas fuera del país. Quise hablar con Lourdes, pero tampoco la encontré. Entonces nacieron los niños y tú regresaste al país con una alemana que decían que era tu novia y no quise perturbar tu felicidad.

—¡Por Dios, Amanda! —exclamó Raymundo sin ocultar su fastidio—.

¿Cómo pudiste pensar que podría olvidarte? Helen es una empresaria con quien tengo negocios, la única en mi vida eres tú —la sujetó tiernamente por la cintura—. No hubo día en que no pensara en ti, y noche que no te deseara conmigo. Ahora sé que en algún momento me habrías buscado para darme la

noticia, si no, jamás les hubieras hablado de mí. Los niños me quieren y eso es lo que importa.

—Me equivoqué, Raymundo... perdóname por pensar que nuestros hijos podrían ser un estorbo en tu vida.

—¡Nunca, lo oyes! Tú y nuestros hijos son la fortuna más grande que tengo y que cuidaré con mi vida.

—Eres un hombre maravilloso —murmuró llena de amor.

—Y tú una mujer aguerrida que supo abrirse camino. La más terca cuando se trata de defender una posición, pero la más apasionada cuando se trata de demostrar amor —tomó su rostro con las manos—: Te necesito, Amanda...

demuéstrame cuánto me amas.

—¿Y los niños? —susurró mientras se dejaba desvestir por Raymundo.

—Ellos duermen... —respondió llevándola a la habitación—, y te prometo que no voy a hablar.

—Entonces, ¿qué vas a hacer? —dijo ella al tiempo que le quitaba la camisa.

—Recordarte que estoy de vuelta...

En medio de tropezones, cerraron la puerta de la habitación para envolverse en la locura de amarse. El deseo apremiaba en los dos, pero prefirieron ir despacio, torturándose con cada beso que les salía del alma.

La ropa quedó por el suelo mientras sus cuerpos se unían para recorrer el camino por donde tantas veces transitaron. Sus alientos se confundían, sus manos se encontraban mientras se acariciaban la piel.

Habían vuelto a reencontrarse dejando para siempre todo resentimiento.

Solo había amor, pasión y la enorme necesidad de ser felices.

Empezarían de nuevo, más fuertes que nunca, con la seguridad de sentirse amados. Ya nada los detendría de hacer realidad el sueño que guardaban en el corazón: fundirse en una sola alma más allá del tiempo, donde el amor dura para siempre y la felicidad no es una ilusión, sino una bella realidad que pinta una sonrisa y da brillo a la mirada.

Este libro, el segundo de la autora que publica Felou,

forma parte de la colección Círculo de Palabras.

Junio de 2015.

# Document Outline

- [Título de la página](#)
- [Página de derechos reservados](#)
- [Capítulo 1](#)
- [Capítulo 2](#)
- [Capítulo 3](#)
- [Capítulo 4](#)
- [Capítulo 5](#)
- [Capítulo 6](#)
- [Capítulo 7](#)
- [Capítulo 8](#)
- [Capítulo 9](#)
- [Capítulo 10](#)
- [Capítulo 11](#)
- [Capítulo 12](#)
- [Capítulo 13](#)
- [Epílogo](#)